

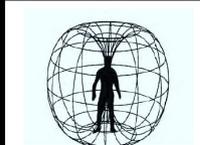
Gustavo Oliveros López



El último trago
3ra Edición



Barralibros



Editores

Gustavo Oliveros es licenciado en comunicación social, graduado en la Universidad Central de Venezuela en donde se desempeña como docente. Hizo una maestría en la Universidad de Louven La Neuve, en Bruselas, Bélgica, cuyo tema le permitió más tarde dictar varias conferencias sobre la “teoría del rumor” hoy en día muy bien relacionada con la llamada teoría de la conspiración y las Fake News.

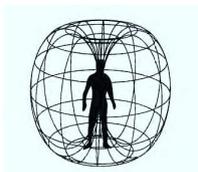


Ha escrito seis novelas publicadas por nuestro sello en donde, al igual que en esta, la tragedia y el humor se vinculan en una especie de intercambio de roles entre los personajes, casi todos extraídos de la vida real. Lo mismo sucede con su compilación de “Cuentos desalmados para armar” que le valió una mención de honor por la Fundación “En Plural” en el 2019.

Novelas publicadas: “El último trago”; “Amores a destiempo en tiempos de revolución”; “Rosa Mary se fugó con la lluvia”; “Mi adorada prostituta”; “24 horas frente al cadáver vacío”; “Cuentos desalmados para armar”; “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Tres de ellas, “El último trago”, “Mi adorada prostituta” y “La última novela del hombre invisible y su amor desesperado”. Fueron elogiadas por la crítica en Bogotá, Buenos Aires y Santiago de Chile.

“EL ÚLTIMO TRAGO”

Gustavo Oliveros



Barralibros.Editores

*Si el alcohol frotándolo en la piel mata todas las
bacterias*

beberlo nos hace inmortales

Anónimo de Facebook

*Para nuestra juventud que no conoció una historia imposible
de ser borrada*

A Jacqueline por toda su paciencia

A modo de árbol familiar

Furtado Azuaje Díaz, Zamudio Azuaje Díaz y Aquiles Azuaje Díaz, son hijos de Furtado Boniceto Axuaje Barraicua y de Filomena Díaz Requezen

Furtado Axuaje padre, Erasmo Axuaje y Jóvita Axuaje, son hijos de Furtado Erasmo Axuaje y de Úrsula Barraicua

Filomena Díaz, las mellizas Hortensia y Sebastiana, la tía Begoña, Benito, Erandio, Ortubia y Sergio Díaz, son los hijos de Homero Díaz y Confelia de la Santísima Trinidad Requezen

Germán Díaz, Marcelo y Mario Moreno Son hijos de Benito (Pichón) Díaz

Petra Juana Coutinhos, Luisa y Libertad, son hijas de Hortensia Díaz y Fernandito Coutinhos

María Barbarita, Yolanda Tongolele y Carla Gardeliana, son hijas de Sebastiana Díaz y Albertinho Coutinhos.

María Estílitia Castro Coutinhos, es hija de María Bárbara Coutinhos, Díaz y Juan Ramón Castro.

María Margarita y Asunta Díaz son hijas de Germán Díaz

“Invertí gran parte de mi fortuna en cervezas y mujeres, el resto lo malgasté.” Así rezaba el aviso publicitario de la “Birra Moretti”, en donde un anciano con grandes bigotes y sombrero Homburg, parecía guiñarle un ojo en cada encuentro frontal, a las puertas de su estudio. En este se deslizaba todas las tardes a la espera de que los dedos sobre el teclado hablaran por sí solos, apenas le llegara una idea piadosa, capaz de sacarlo de ese aislamiento, en el cual se encontraba desde hacía meses. Aquello que, en tiempos de las Remington, Marcos Marín denominaba el síndrome de la hoja en blanco. Una buena entrada era toda la exigencia a una imaginación desaprovechada con narraciones ajenas. La necesitaba con apremio pues el tiempo se le agotaba, la vida se le escapaba de las manos y no estaba dispuesto a partir a la otra con la rabieta de haber permanecido entre los amigos y conocidos como un hablador de pistoladas, crítico contumaz y resentido social porque, su verdadero nombre, nunca estaría en las vitrinas de las más prestigiosas librerías del país.

—Ya basta Marcos... Ya te lo he dicho, deja eso y trata de hacer algo útil con tu vida. Mientras tanto, yo cancelo las cuentas y si ciertamente tenemos ajustado el cinturón, aún no tocamos piso

Y de inmediato, ella, Rosalba, su mujer, comenzaba a narrar los pormenores de la mala racha de estos últimos años. Que si esto, que si aquello, que si lo otro, y así hasta agotados los consejos y los “te lo dije”. Muletilla sin pausa, intercalada en cada una de sus palabras. ¡¡Dios!! Como detestaba todo aquello. No era cuestión de suerte, sino más bien un desánimo, un rebelarse a

continuar con una carga insoportable y mal llevada. Ella, siempre bajo protesta, se encargaba de corregirle los textos en su tiempo libre con una mueca constante de desagrado. Lo hacía en sus momentos de descanso luego de dictar sus clases sobre literatura latinoamericana en la Escuela de Letras de la Universidad Central. Varios contratos como escritor fantasma se habían esfumado y lo último en su haber durante este tiempo, había sido una escueta biografía por encargo del propietario de un famoso restaurante vasco, cuyo local se mantuvo intacto durante medio siglo. Todo a pesar de los vertiginosos cambios de infraestructura provocados para sustituir las viejas construcciones de su alrededor, cercenándole así a la ciudad parte de su memoria histórica.

Desde entonces, su peregrinar por los bares de la parroquia corría por cuenta de Rosalba. Y gracias a la dote diaria proporcionada por ella, él lograba cancelar un par de tragos en el primer local, con precios moderados, en donde le dieran asilo, aunque éste careciera de los atributos a los que se había acostumbrado durante los meses dispuestos para escribir las memorias del viejo restaurador. Fue en uno de esos restaurantes pequeño y muy complacientes en donde lo encontró sentado a la barra, a la espera de un acontecimiento a punto de desarrollarse y el cual cambiaría sus vidas para siempre.

—Furtado Azuaje Díaz... —el hombre estiró la diestra y preguntó sin reparos— ¿por casualidad te gustan las corridas de toros? —Estaba pendiente del documental transmitido por la televisora española en donde se narraba la vida de Manolete. Su reloj de pulsera marcaba las 2 de la tarde.

–Para nada –respondió Marcos Marín, casi con repulsión. Y a pesar de la contundencia de la frase, agregada a su típico mal humor, el hombre ni siquiera frunció el ceño. Todo lo contrario, sonrió levemente dejando en la comisura de los labios un gesto de condescendencia ministerial, capaz de ablandar al más rudo de los mortales.

El episodio, sublime por lo demás, casi impulsa al escritor a pedir disculpas al viejo. Pero no tuvo tiempo, porque el personaje lo atajó en su intención, y le ofreció, con suma cortesía, el asiento colocado a su lado, como si se tratara de un viejo conocido. Así, iniciaron una conversación fraternal que terminó volviéndose cita semanal por varios meses.

–¿Y tú a qué te dedica? –fue la primera frase articulada luego de la decepción, al no poder hablar de tauromaquia. En la TV ya el documental alcanzaba su fase final.

–Escribo historias para los demás –dijo con chocancia Marcos Marín, quien, hasta ahora, a pesar del cruce de manos, no había mencionado su nombre.

–¿Y eso a qué se debe? ¿No tienes una buena historia personal, de interés para tus lectores? Todos los seres humanos tenemos alguna –soltó el viejo–. El problema es saber de buena tinta como escribirla.

Le sobaban, pero se negaba a enfrentar sus propios fantasmas. Cuando se atrevió a intentarlo no logró franquear las cinco primeras líneas. Le apasionaba más escuchar los cuentos de otros, historias que le permitían evadir su inevitable compromiso

con la vida. Así, con cada anécdota, su cerebro fabricaba escenas, tomas y secuencias. Imágenes al vuelo de su imaginación. Muchas de ellas llenas de coloridos. Otras, matizadas entre grises y negros, dependiendo si la depresión atacaba por sorpresa y en el momento menos esperado. Toda una película interminable, en donde la tragedia daba existencia a una serie de personajes parecidos, en gran medida, a sus conocidos de tabernas y tugurios. A menudo, desde la barra, prestaba atención a las conversaciones de los parroquianos congregados a su alrededor. Unas lo llenaban de interés; otras, las desechara de inmediato. Y así, en la medida en que aumentaba su nivel de alcohol en la sangre podía leer las palabras en un suspiro, leer las frases cortas y las oraciones en párrafos interminables, rebelarse ante los signos de puntuación. Al final, alcanzaba un desenlace patentado en una obra a punto de desvanecerse en el vacío, junto al retorno a casa. Un guion que se le escurría de las manos, tal cual los trozos de hielo en su ya usual trago de ron Santa Teresa.

–Tengo unas cuantas, pero me gusta escribir las ajenas... Las mías se niegan a develar sus secretos –respondió, mientras observaba al hombre alzar la mano para llamar al cantinero.

–Yo quería ser escritor, sabes, pero Dios no me concedió ese talento –dijo el anciano, y extrajo de un vetusto maletín de cuero curtido, sin agarraderas, unos desgastados papeles, a punto de volatilizarse entre sus dedos, escritos con una pluma Pelikan de confección alemana, perteneciente a su padre, la cual, según expreso a ciencia cierta, fue testigo hasta 1938 de la Guerra Civil Española. Eso dijo y Marcos no le creyó.

–Podría usted convertir esto escritos en algo de valor – apuntó para de inmediato sacarlos en concertina, uno a uno, desplegándolos de a poco y con sumo cuidado, sobre aquella barra ancestral, con olor a roble nuevo, forzada a recobrar su lozanía perdida a fuerza de lija y barniz.

–Si bien se me negó el don de la escritura, el destino me recompensó con la gracia del pincel. Mis manos, hasta ahora, sólo han sido útiles para el lienzo. Verá, desde adolescente me he dedicado a las técnicas gráficas, a la diagramación de revistas, afiches y esas cosas. Luego me vino lo de la pintura y eso me trajo algo de fama y también algo de dinero. ...

Marcos sonrió de manera condescendiente (no conocía lo de la fama) y sugirió el pago en efectivo, acorde con su criterio de cancelar capítulo por capítulo. De ser así, él estaría bien dispuesto a llevar a cabo este nuevo encargo, siempre y cuando...

–Usted pueda sacrificar algo de su tiempo –expresó en tono comedido.

–Por el costo no se preocupe, amigo mío, y en cuanto al tiempo, no me hace falta recortarlo, ahora lo vivo a plenitud. Aunque le advierto que el cuento es largo y siento la necesidad de acompañarlo con unos cuantos tragos...Ellos son mi mejor incentivo para soltar la lengua, aunque imagino se habrá dado cuenta de lo extrovertido que suelo ser.

–En cuanto a eso no tengo ningún problema –respondió Marcos, no sin cierta ironía, pues tenía la plena seguridad de que ese encuentro no se volvería a repetir.

Por experiencia propia estaba al corriente de las alucinaciones que se producen emanadas de las bebidas alcohólicas. Lo importante, en el momento, era sacarle un trago más al personaje, pues su mesada estaba a punto de agotarse y el del estribo no le caería mal. Así culminó la velada hasta el día siguiente, cuando de nuevo se tropezaron en el mismo bar, sin haberlo acordado. ¿Casualidad? se preguntó Marcos Marín.

En su segundo encuentro, ya algo más relajados, el viejo, dedicó parte de su tiempo a comentar el origen de sus apellidos. El Azuaje le había llegado desde Guipúzcoa, en un trasatlántico atestado de emigrantes, quienes desesperados huían de la guerra civil española. El Díaz, por otra parte, era el de su madre y provenía de la capital de la república, en tiempos del General Juan Vicente Gómez. Interrumpió el diálogo para demandar un par de tragos con el fin de darle ánimo a la conversa. Luego continuó y le confesó sin ningún reparo, que en su genética también debía existir una dosis de un tal García, pues en la familia se sospechaba de la abuela, Confelia de la Santísima Trinidad Requezen, quien, al parecer, en su pasada madurez, había consumado cierto acto de infidelidad con el susodicho, originando un conflicto de paternidad con el último de sus ocho descendientes.

—Para el abuelo, Homero Díaz Zurita, aquello fue una duda o una certeza que lo hostigó por muchos años... —señaló el viejo, refiriéndose al hecho—... Pues se le hacía difícil aceptar que un aliado de toda una vida, el tal Eudoro García de la Peña, le hubiese

jugado una felonía como esa en sus largas ausencias del hogar por motivos laborales –ya le contaría más adelante con lujo de detalles.

La historia apenas comenzaba y ya Marcos Marín había olfateado algo bueno de todo aquel preámbulo, sin el agregado de las bebidas gratuitas. Esto era diferente a sus otros relatos escritos por encomienda y bien valía la pena tomarlo en cuenta. Dos tragos más llegaron por cuenta del anciano y, entonces, luego de saludar amablemente a uno de los meseros, volvió al redil para contar como aquellos tres apellidos habían sido los fundadores de un barrio perteneciente a la parroquia Santa Rosalía, en tiempos de los presidentes López Contreras y Medina Angarita. Un lugar de donde había surgido todo un liderazgo que daría los primeros pasos en la conformación de la democracia venezolana. Dicho lo anterior, el hombre hizo un corto silencio. Buscaba ordenar fragmentos en los laberintos intrincados de su memoria y fue el recuerdo de su padre lo que abrió aquellos surcos para dar inicio a su relato. Entonces, indicó que ambos eran beneficiarios del mismo nombre: Furtado Boniceto Axuaje, con la única diferencia, apartando el apellido materno, que a él y a sus hermanos, en el registro civil le habían cambiado la “X” por la Z de una sola pincelada, sin tachones ni enmendaduras. Lo recordaba pasado de años, con la piel seca de bacalao y el rostro siempre enrojecido por poseer una piel endeble a los rayos solares del caribe. La cabellera siempre en desorden, remachada por una tonsura romana, a punto de invadir el resto de su inteligencia. Tras los lentes ovalados con montura al aire, propios para su rostro, una mirada triste lo acompañó durante toda su existencia. Ojos sólo vivaces y resplandecientes cuando se topaban con los de Filomena Díaz

Requezen, de quien se enamoraría una tarde de borrasca, a punto de anochecer, cuando al deambular por los alrededores del barrio, él le habló en francés y ella respondió sin inmutarse

–Bonsoir Mademoiselle.

–Bonsoir Monsieur

–Ese era mi padre, un Don Fulgencio sin infancia. Joven sólo en viejas fotografías sepias de cuando estudiaba en Madrid, antes de la guerra civil.

El padre, a su llegada, se había sumado al clan bullicioso protagonizado por los García y los Díaz, con sus parrandas de fin de semana, casi convertidas en fiestas patronales. Reuniones llenas de júbilo, disfrutadas alguna vez en su Guipúzcoa natal, como la “Semana Grande” de San Sebastián en pleno verano o la Tamborrada durante los inviernos. La miseria en el viejo continente, luego de la monstruosa guerra civil y la persecución del gobierno contra los republicanos, lo había llevado a emigrar hacia un lugar más benigno, lleno de esperanza, con música y bailes en cada esquina, que le permitía recordar los mejores años de su vida, antes de desatarse el caos fratricida protagonizado por el “Generalísimo” Francisco Franco. Así, la España de la aflicción quedaba atrás. Un Estado que había fragmentado la vida de sus connacionales en dos facciones.

–Al pisar tierra, él no realizó la hazaña precedida por

Colón, de arrodillarse ante ella y besarla con veneración por un nuevo amanecer, aunque ganas no le faltaron.

Marco sonrió con aquella ocurrencia y lo dejó proseguir sin interrumpirlo, anotando ideas al voleo en una pequeña libreta forrada en cuero, regalo de Rosalba en el diciembre pasado: “Toma, para que anotes esas locuras que se te ocurren a diario y que, luego de tres tragos, las olvidas”, le había dicho en esa ocasión en tono sarcástico, punzante, hiriente. Modalidad esta que había cultivado desde que el apetito sexual había desaparecido de sus rutinas. A pesar de tener una grabadora de bolsillo, heredada de sus tiempos como periodista, Marcos no la usaba pues, para él, esos aparatos inhibían la espontaneidad de los entrevistados.

—Solamente el miedo al ridículo lo hizo retroceder ante tal ofrenda... —el viejo asomó una sonrisa, agregando—...Y no fue necesario ningún acto de condescendencia, pues, con los brazos abiertos, él y cientos de emigrantes eran acogidos por los nacionales, a quienes les encantaba un bochinche, y no se perdían un espectáculo de esta magnitud como si se tratara de dar la bienvenida a un Carlos Gardel.

Entusiasmado y mojando sus labios con el licor, entre confidencias le contó que, llegados en oleadas por diversas razones no siempre afines, los inmigrantes se incorporaban al mundo de la construcción y al de la agricultura, así como al comercio, abriendo el camino a una modernidad hasta ese momento apagada por el atraso político, producto de los más de treinta años de dictadura del General Juan Vicente Gómez.

—Saltaban del trasatlántico con una mano adelante y otra

atrás... –le comentó con nostalgia– ... Terminaban hospedados, algunos en las muchas pensiones cercanas al litoral, y otros, los más audaces, en las barriadas de una Caracas recién convertida en capital, espléndida en áreas verdes, con grandes espacios para construir sus viviendas, bajo un clima propicio para sentar cabeza. Hombres y mujeres laboriosos, así como desesperados, buscando la tan anhelada paz inexistente en el viejo continente.

Si bien en el país la política de inmigración se había iniciado con el General, José Antonio Páez en 1831, a la llegada de Furtado Boniceto eran miles los europeos instalados en busca de una mejor calidad de vida. Ello obligó al presidente Eleazar López Contreras, para finales de los años treinta, a crear por Decreto el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización. De tal modo que, a Furtado padre, le tocaría llegar en el momento preciso para olvidar el trago amargo padecido en aquella España devastada por la guerra civil.

Eudoro García fue el primero en pisar tierra Santarosaliana para 1935. Meses más tarde, otros tantos le harían compañía. Se trataba de una familia vasta y crecida, pero con muy mala racha. Pequeños de estatura y débiles para soportar los embates de la naturaleza, debido a una desnutrición hereditaria producto de la pobreza extrema en la provincia, muy pocos lograron superar endemias como la sífilis o la malaria. Males que unidos a la tifoidea y a la peste bubónica arrasaban con las poblaciones rurales. La pandemia los tomaba desprevenidos sin darles oportunidad para arrepentirse de sus pecados ante el sacerdote de turno, quien, cubierto en trapos y fingiendo escuchar el ruego de los moribundos, les daba la extremaunción desde una distancia

prudencial, aconsejada por los galenos para evitar el contagio que lo habría condenado a morir con la venia de Dios, en una celda inhóspita de los escasos monasterios existentes para aquellos momentos. En el caso de los García, los pocos que lograron alcanzar la capital, no pudieron enrolarse en los proyectos de infraestructura que buscaban modernizar la Caracas rural. Habían arrastrado consigo la peste y, a los pocos años de su asentamiento en la barriada, estaban cambiando de domicilio hacia el Cementerio General del Sur.

El país, en aquella época, era esencialmente agrícola, un territorio inmenso de casi 917 mil kilómetros cuadrados, lo habían regionalizado, pero estaba, aun así, totalmente incomunicado por falta de carreteras y vías de acceso. Contaba con menos de cuatro millones de habitantes y dependía para su subsistencia de los grandes latifundios. Las guerras civiles habían hecho de las suyas y un caudillo, el General Juan Vicente Gómez, tomaba las riendas del país manejándolo como si fuese su hacienda personal. Por ello, una Caracas disminuida en cuanto a su productividad, no era apetecible para las migraciones internas. Sin embargo, llegar a un lugar tan limitado en su patrimonio no fue un obstáculo para Eudoro García, a quien, una singular intuición para la sobrevivencia, le indicó que tales circunstancias serían pasajeras y podrían superarse en unos pocos años pues la próstata del General había crecido a tal extremo que le era imposible tan siquiera juntar sus rodillas y ya se le avizoraba una partida sin regreso al mundo de los muertos. De tal modo que, seguramente, el país cambiaría con el ímpetu de un volcán. De esta manera, bajo el lema de ¡¡¡¡Viva la caña, la prostitución y el hurto!!!! Eudoro entraba,

colmado de esperanzas, a una ciudad bendecida por Dios. La frase, adulterada por su imaginación, la había tomado de una novela de Rafael Muñoz titulada: “Vámonos con Pancho Villa”, texto que había devorado con suma avidez, durante su travesía de quince años desde el centro del país hasta la capital de la República. Se había identificado con ella en cada uno de sus pasajes, pues el licor, del cual se vanagloriaba por ser un excelente catador, era el mismo ingerido por sus ancestros, apenas colocaban un pie fuera del chinchorro, en las mañanas lluviosas de la provincia invernal. Tiempo en que el pantano se apoderaba de la indivisible comarca, se lo tragaba todo, y las mulas y bueyes se hundían mugiendo desesperadamente en la ciénaga junto con las carretas cargadas de mercancía. Acontecimiento que obligaba a los campesinos a sacrificarlas a tiro de escopeta para no escuchar su sufrimiento. Al licor lo llamaban “lava gallos” y se trataba del célebre aguardiente San Tomé, un menjurje colonial bautizado por los españoles como “agua para matar al diablo”, el cual hacía honor a su nombre por sus consecuencias, nada benevolentes, cuando las bebidas menguaban la inteligencia, trababan las lenguas y dificultaban los movimientos de los más veteranos. A varios miembros de la familia, la cirrosis les había pasado factura, excepto al abuelo Anastasio Palomino García, rechoncho él, ecléctico por demás, y a quien, por imprudencia senil, una mala pasada lo terminó convirtiendo en el primer caso de fallecimiento por combustión espontánea, del cual se tuviese noticia en los anales de la medicina forense de la Venezuela republicana.

El evento, según contaron los pobladores, se originó por una ventosidad mal calculada frente a la lámpara de kerosene, con

la que el abuelo alumbraba sus largas y perfumadas noches de insomnio. Todo debido a su insociable costumbre de soltar las flatulencias a diestra y siniestra, sin pudor alguno, bajo el lema de que, ante un gas en puertas, no hay decoro posible, y si de escoger se trataba, era preferible quedarse sin amigos a perder una tripa. Cuando los vecinos encontraron la silueta chamuscada sobre un colchón intacto, con apenas unos leves trazos de hollín, huyeron despavoridos persignándose al grito de “Ave María Purísima, sin pecado original concebido”. La oración se repetía por los caserío y el miedo los tomaba de improviso. Era algo nunca visto en el caserío. Un hecho insólito solamente posible bajo intervención demoníaca, que no dejaba dudas en los creyentes acerca de la llegada de El Silbón, ese espíritu maligno a quien la leyenda describía como un jovenzuelo de buen aspecto y muy acaudalado, cuya perversidad había sido asesinar a sus progenitores sin ninguna compasión ante las súplicas y los rezos con los que ambos intentaron ablandar su alma despiadada. Tal crimen lo condenaba a vagar eternamente alrededor de las vecindades en busca de un perdón negado de antemano por aquellos que, segados por la ira y ante el atroz crimen, lo habían sacado a empellones de la prefectura para tomar la justicia por sus propias manos. Durante la algarabía lo mallugaron a garrotazos y, una vez satisfecha la inquina con los respectivos arrepentimientos de quienes habían alentado el linchamiento, pensando que había fallecido tal cual el apóstol Santiago, sepultaron su cuerpo junto al de sus progenitores, sin percatarse de que el joven sólo había sufrido un ataque de catalepsia. Una versión de la leyenda narra una situación espantosa con gritos lejanos y rasgaduras de madera, la cual permaneció por días –dicen– sin ubicación comprobada, por más

que los residentes buscaban por los alrededores especulando que se trataba de algún animal herido y en penurias. Una semana después, luego de una inundación de seis días producto de un aguacero inclemente, se descubrió que en uno de los ataúdes salidos a flote entre los centenares que bailoteaban de un lado al otro a la deriva, era el del chico apaleado. En su interior se revelaron las terribles marcas dejadas en el jabillo, en donde la sangre coagulada mostraba cuán grande había sido su desesperación al verse a tres metros bajo tierra. A pesar de los rezos y novenarios que se hicieron en busca del perdón de aquella alma perturbada, así como de sus justicieros, este ser rondaba el mundo de los vivos en busca de venganza, arrastrando a sus víctimas al purgatorio bajo los más terribles sufrimientos. En esta ocasión, le había tocado el poblado de Anastacio Palomino García.

Lo de “Silbón” le venía, según los creyentes, por las notas musicales do, re, mi, fa, sol, la, si, do, surgidas de sus labios en las noches tenebrosas, mientras se encontraba al acecho de sus víctimas. Cuando su silbido se percibía en la lejanía, el peligro era inminente; pero si se trataba de todo lo contrario, las almas inocentes podían desenvolverse con tranquilidad, pues la amenaza se encontraba lejos de su alcance. Apartado de las patrañas, ya que no creía en nada parecido debido a su costumbre de lidiar con cuanto difunto pasaba por su negocio, esa misma tarde, cuando ya los funcionarios habían acordonado el lugar del “crimen”, el médico forense, Calixto Mercacho Galindo, “honorífico catedrático y estudioso de la conservación de los cuerpos embalsamados”, (tal cual lo denominara el prefecto municipal) explicaba frente al colchón, cuya silueta no dejaba dudas acerca del

achicharramiento, que...

–La muerte, señores, ha sido por causa de una ingesta nada usual de garbanzos y tripas, con un agregado de Cocuy de penca, secundado por una posible ventosidad cercana a una fuente de luz artificial. El viejo debe haber cenado con un mondongo, manjar este conocido por los españoles como callos a la madrileña... –y agregó– ... al menos eso es lo más lógico. En fin, no habiéndose percibido el olor típico de azufre dejado por El Silbón y sí un fuerte vaho a caña clara en toda la habitación, debo...

No había terminado su diagnóstico, cuando alguien del público lo interrumpió con una pregunta que origino risotadas aún bajo el pesar de la tragedia.

– ¿Y a quien le damos entonces cristiana sepultura, doctor?

–Será al colchón –dijo, sin inmutarse, Calixto Mercacho.

De esa manera, se ahorrraba uno de sus sarcófagos para niños, pues siendo propietario de la única funeraria del poblado, odiaba a los difuntos con medidas menores al 1.50 de estatura, ya que terminaban cancelando la mitad de lo previsto para un adulto y le dejaban una vacante difícil de reponer, con un inventario anual que lucía escaso ante tanta pandemia

Al día siguiente, luego del velatorio en donde hubo comida y bebida a granel más no cadáver, los amigos y familiares optaron por seguir el consejo del galeno y, una vez realizada la liturgia, colocaron una lápida cuya esquila sostenía: “Aquí durmió a placer Don Anastacio Palomino García de la Yerbera, quien desataba la

ira de sus contertulios en las partidas de dominó y las sonrisas de los chicos ante los estruendosos y floridos olores que lo acompañaron en su honorable vida. “Fos y paz a sus restos”. Calixto se quedaba, por primera vez en la historia de los muertos del pueblo, sin cobrar un céntimo por honorarios profesionales. Lo intentó ante el prefecto y este le respondió con la misma lógica usada en su diagnóstico.

–El muerto ni siquiera huele a formol

El trueque, en la época juvenil de Eudoro García, era el sustento diario de los comerciantes cuando cruzaban el pandemónium fronterizo. Lo hacían en carretas arrastrados por mulas, llevando razas de ganado, susceptibles de ser intercambiados por diversas mercancías a lo largo de cientos de kilómetros a sol templado. Este mercadeo dejaba buenas ganancias a los trashumantes y generaba un auge repentino de la profesión más vieja del mundo. Algo nunca visto en la provincia. Debido a esto, la mejor diversión para los pueblerinos se encontraba en los burdeles al descampado de esas carreteras polvorientas, en donde las puticas, con sus poncheras de peltre y sus totumas de aguas amarillentas, competían por unas pocas monedas, con las pollinas que los jóvenes acicalaban para su satisfacción personal. Con las chicas el riesgo era grande, porque las enfermedades venéreas causaban estragos en la población. Y, ante esto, el “lava gallos” en el cual sumergían la polla, con sus más de 45 grados de alcohol, no era garantía ante la plaga propagada por los filibusteros de

oficio. Por ello, los más jóvenes, atendiendo a las advertencias de los más veteranos, preferían a las cuadrúpedas, que daban placer gratuito y les ahorraban las llagas malolientes de la gonorrea en su período más sanguinario.

La tercera de sus sentencias, dedicada al hurto, lo impulsó a abandonar la provincia sin mucho tiempo para las despedidas. Se enamoró como un Romeo de “Lolita”, la burra más cotizada de la pradera, perteneciente a uno de los más acaudalados hacendados de la región y, para mitigar los celos que lo carcomían al observar la manera vulgar en que los otros chicos gozaban de ella a lo grande y en filas interminables, tomó la decisión de secuestrarla una tarde sublime de orgía milagrosa, ocultándola por los pantanos de la llamada Sierra Dorada, un lugar inhóspito a varios kilómetros del poblado más cercano, en donde alguna vez en la historia brilló el oro buscado tan ansiosamente por los conquistadores llegados del otro continente. Allí, difícilmente podía llegar la jauría juvenil con sus pasiones a flor de piel, ansias desbordadas cuando la flama del sexo ardía entre las piernas y la lujuria se desbordaba a torrente por las arterias.

La furia del terrateniente, al enterarse del plagio, no se hizo esperar. Pues la Lola, como la llamaba vulgarmente, era su favorita en el acarreo de los quintales de café, comercializados con los mercaderes de paso. Cuando la habladuría llegó a sus oídos, tomó el viejo mosquetón de la consola, lo armó con dos cartuchos de perdigones con pólvora macerada y, luego de hacerse escoltar por cinco de sus peones, expresó con cierto resquemor:

—Cuando te encuentre Eudorito García, te vas a quedar sin el

orificio máspreciado de tu cuerpo.

Contrariamente a los García, los Díaz eran de una longevidad envidiable y muy pocos lograban morir antes de los 70 años en pleno uso de sus facultades. La mayoría se disgregó por todo el territorio y se contaba que incluso habían tomado Suramérica por asalto: sus huellas se encontraban por doquier desde Colombia al Ecuador y desde allí hasta el Perú. Pasaron por Brasil y continuaron a Bolivia para, finalmente, anclar en Chile. Así, habrían llegado hasta los rincones más insólitos de este país, como los pueblos de Salsipuedes, Entrepierñas, Los Rastrojos, Puerto Seco y El Sobrante. Quizás, según las malas lenguas, es posible que hubiesen alcanzado la Patagonia. Los nacidos en la parroquia resultaron ser los escogidos por el joven Furtado Azuaje, para, sin ninguna técnica narrativa, llenar de vida familiar sus cuadernillos artesanales. Hojas marchitas que desplegabam con ponderación sobre la barra, en cada encuentro con Marcos Marín. Probablemente lo hacía con la misma técnica utilizada en sus lienzos, una pincelada de color que caía sobre la superficie de madera cobriza, al igual que el vino en barricas de roble verde, como pistilos de flores silvestres movidas por la borrasca.

—Son historias... —le confesó al escritor, en cierto momento, cuando el licor comenzaba a despejarle la frontera de las penumbras, distantes en el tiempo—. . . Narraciones acumuladas como cartas de amor, que fui guardando en un cofrecillo antiguo de madera. El pobre aguantó unos cincuenta años hasta la llegada

de las polillas y tuve a bien desecharlo, extrayendo las notas con sumo cuidado para evitar un desorden inevitable de páginas...Pero todo se confundió.

En los desplegados aclaraba: *...Los Díaz llegaron a la barriada, inaugurada por los García, desde la ciudad de Maracay, un territorio en brasas, situado en la región central del país, a orillas de la cordillera de la costa y capital del estado Aragua. Su domicilio se ubicaba en una zona cercana a la Maestranza Cesar Girón, monumento este construido bajo un rico estilo europeo por el arquitecto Carlos Raúl Villanueva, el cual se inspiraba en la Plaza de Toros, de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla. El nombre le vino con el pasar de los años en honor al destacado torero venezolano, quien había nacido el mismo año en que dicha plaza fue inaugurada y dispuesta para contener el grito de “ooo-leeee” de unas siete mil personas. A un costado de la misma, en medio de una callejuela enrevesada del municipio Francisco Linares Alcántara, los Díaz poseían una modesta peña taurina denominada: “La tasca de los 40”.*

—El local aún sobrevive llenos de carteles desgastados en sus cuatro paredes llenas de historia... —le aclara Furtado, a Marcos Marín, ante una consulta que éste le hace al respecto—... Pero con los años se convirtió en una “vende y paga”, una mazmorra en donde los más pobres apuestan a las carreras de caballos, esperando duplicar lo poco ganado en toda una jornada de trabajo diario.

Bajo el título: “De donde llegamos y por qué”, escribía en otra de sus páginas: *“Nuestro apellido arribó a la ya capital de Venezuela a inicios del mandato del presidente Eleazar López Contreras. Durante ese quinquenio, luego de la muerte de Gómez, el gobierno contrató a un grupo de arquitectos franceses para llevar a cabo el Plan Rotival, el cual consistía en darle forma a la futura expansión de la ciudad con el fin de adaptarla a las grandes metrópolis del mundo. Para este momento, ya parte de la familia se había asentado en la barriada, intentando incursionar en cualquier actividad mercantilista, bien remunerada, capaz de ascenderlos en la escala social, aunque aún recibían una buena mesada del bodegón taurino administrado por el abuelo Homero Díaz. No conformes, muchos de ellos formaron tienda aparte, aprovechando la oferta de trabajo del Ministerio de Obras Públicas, el cual solicitaba cientos de trabajadores para ejecutar reformas en diversas ciudades del territorio nacional. Así, se enrolaron sin pensarlo dos veces, y se diseminaron por todo el país.*

“Para los historiadores...—sentencia textualmente en un párrafo aparte el autor de los cuadernillos—... es bien conocido que a comienzos de la década de 1940, el presidente Isaías Medina Angarita ordenó el arranque de la construcción de la Ciudad Universitaria de Caracas. Es durante estos inicios de la democracia cuando comienza el éxodo de campesinos a la ciudad, en busca de una mejor forma de vida, compitiendo a la vez con un gran número de inmigrantes europeos, dispuestos a dejar atrás la miseria y hambruna, producto de la postguerra.

Más adelante y saltando algunas hojas dispersas, Marcos

Marín ojeaba: “...Mi padre me había comentado en cierto momento, para saciar mi curiosidad acerca de su llegada a Venezuela, que diez años luego del quinquenio de Isaías Medina Angarita y bajo el gobierno de Germán Suárez Flamerich, se retomaba el contrato con Maurice Rotival. La idea, montada sobre una base teórica mucho más moderna para la coyuntura del momento, superaba todas las expectativas anteriores y tenía, como objetivo primordial, la construcción de grandes avenidas y monumentales autopistas. Todo esto para hacer de Caracas un centro de atracción urbano, capaz de competir con las grandes ciudades del mundo. De esta manera, se cocinaba el propio caldo de cultivo para la afluencia, no sólo de los nacionales, sino de todos los inmigrantes llegados desde la vieja y erosionada Europa, hasta estas tierras lejanas, en busca de un ambiente más sano y propicio para recomenzar una nueva vida.”

Con aquellas tertulias semanales, viajando entre siglos a través de la imaginación de Furtado Azuaje, ambos hombres iban desnudando el pasado de una familia en donde tanto las hembras como los varones se destacaban, con ímpetu desbordado, en distintas actividades. Así, Marcos Marín descubría a la tía Begoña, una fanática del boxeo desde adolescente, y quien a sus 45 años se batía a trompadas con el prójimo, sin importarle estatura ni peso.

—Gozó de cuatro maridos y a todos los despachó por su falta de hombría. No tuvo descendencia porque al parecer ninguno

de ellos merecía ser favorecido con un fruto de su vientre.

Marcos asomó una sonrisa ante la frase final del viejo.

–La tía Ortubia, a sus 44 primaveras –continuó– era poseedora de unas manos maravillosas para la artesanía y, desde muy pequeña, elaboraba collares, pulseras y sarcillos, convirtiendo las piedras más vulgares y ordinarias en cuarzos y espinelas.

Contaba el viejo, mientras se empinaba cada trago de su whisky favorito como si fuese el último, que las piezas de la tía siempre estaban expuestas tras las vidrieras de las pocas tiendas existentes en el Centro Simón Bolívar, así como en pequeñas joyerías del edificio La Francia. “Era el arte de una santa”, afirmaba, “consagrada desde las profundidades de la tierra”.

–Las mellizas Hortensia y Sebastiana eran de lo más tradicionales y costumbristas; ambas habían nacido con el don de la repostería impregnada en su piel –puntualizaba mientras los recuerdos parecían inundar su desgastada memoria.

–De las manos de aquellas dos mujeres surgían los pasteles más apetecibles de toda la barriada, cuando de cumpleaños o festividades de cualquier tipo se trataba.

Con respecto a los varones, para el anciano y a su manera, cada uno de ellos había sido un héroe en aquellos tiempos de dictaduras y golpes de Estado. Benito Díaz, Erandio, y Sergio, sus tíos, eran de un arrojo impresionante. Del primero admiraba cómo, a los cuarenta años, todavía quería imponer la justicia en el barrio, a fuerza de pistola y sin enemigos en el frente.

—Los vecinos lo identificaba como miembro de las bandas armadas del recién fundado Movimiento de Izquierda Revolucionario. Cosa incierta, pero que el tío Benito, no se preocupaba en desmentir. Así, bajo la fama inexistente de guerrillero urbano, no había mal viviente capaz de desafiarlo y, en más de una ocasión, era requerido desde otras barriadas cercanas para imponer el orden, cuando las pandillas, incipientes aún, pretendían hacer de las suyas.

Al parecer, el arrojo de Benito Díaz, junto a su fama de justiciero, traspasaba las fronteras y lo más gracioso de todo: “jamás supo cómo se disparaba una pistola”. El comentario lo acompañó Furtado con una risotada de lágrimas contagiosas, que Marcos no pudo evadir. Esto le dio pie para exponer un par de historias contadas por un ex guerrillero de los años sesenta, con quien había compartido momentos parecidos a los de aquel instante.

—Se llamaba Miguel Padilla...el ex guerrillero, —aclaró el poeta—... quien quería escribir un anecdotario el que titularía: “Crea fama y vive de los pendejos”.

En el caso de Benito Díaz, bastaba con su presencia maciza como la de un titán de la lucha libre. Tal cual un patiquín de plaza, rondaba por todos los callejones del barrio. La poblada lo saludaba al verlo pasar de largo, con un sempiterno tabaco elaborado a mano entre la comisura de sus labios con la candela para adentro. Todos se preguntaban cómo soportaba aquel tizón sin quejarse mientras se le achicharraba el paladar. De allí los comentarios de su estrecha relación con las ánimas del purgatorio y su

disponibilidad, como materia, para recibir espíritus de las 21 cortes existentes en el imaginario popular, todas bajo el mando de la Reina María Lionza, cuya trinidad divina formada por el negro Felipe y el indio Guaicaipuro, era conocida como “Las Tres Potencias”.

–En cuanto al tío Erandio, te diré Marquito... –así comenzó a nombrarlo para siempre con el diminutivo, cuando descubrió que lo superaba con creces en experiencia para tomarse esa libertad– ...que una vez graduado de bachiller en humanidades, decidió, sin ninguna duda, entrar en el seminario y, como era muy aventajado en latín y filosofía, terminó siendo, a sus 41 años de edad, el párroco de Ciudad Tablita, un barrio recién creado para los sesenta, el cual colindaba con la vieja Cárcel Modelo y el cuartel Rafael Urdaneta, al oeste de la ciudad.

–Erandio, fue el primero en impulsar en las barriadas de Caracas los torneos de ajedrez, en los inicios de la década de los setenta. Fue la gran época del enfrentamiento entre Bobby Fischer y Boris Spassky. ...–precisó Furtado sacando de sus cavilaciones a Marcos– Paralelo a esta afición le dio por el fútbol, aprovechando que Radio Caracas Televisión transmitía por primera vez en vivo y en directo el mundial desde México. Era muy conocido en la Federación Venezolana de Fútbol y, recién llegado de Europa, formó parte del patronato al lado del Capitán Tulio Salgado Ayala, entre otros no menos conocidos, como Ildemaro Ramos Rivas y Pedro Cabello Gibb...

Buscó otros nombres tronando los dedos, pero le fue imposible. La memoria le jugaba una de las suyas, y entonces optó por dejar el cuento hasta ahí. Sólo agregó:

–Estuvo en el mundial de Méjico como invitado especial de la FIFA –sin darse un respiro y entusiasmado más de lo habitual, habló sin parar del tercero de los primos, el cual se había dedicado de lleno a las corridas de toros.

–Nadie en la familia, al principio, entendió este repentino achaque del tío Sergio, cuya estatura no superaba el metro cincuenta... Un tamaño anormal para enfrentarse a una bestia que ni Teseo en la llanura de Maratón. Pero, quizás, tal arrojo tenía como propósito ganarse la admiración de los suyos, para sacarse de encima la sospecha de haber sido el polvo perdido de Eudoro García dentro de la intimidad de la abuela Confelia de la Santísima Trinidad.

–Según el médico de la familia –le aclaró a Marcos levantando el dedo índice a la altura de la frente en señal de certeza– ya se había dado por descartado que la abuela pudiese tener otro hijo a sus cuarenta y cinco años. La sospecha de infidelidad se basaba en el tamaño y peso de la criatura en la medida en que se fue desarrollando. Se veía como el enano de la estirpe y era debilucho desde muchacho. A diferencia de sus hermanos, hasta los siete años sufrió todas las enfermedades y endemias de la época. Ya adolescente, en la familia se preguntaban cómo había logrado sobrevivir. Y la explicación para algunos fue muy sencilla. El muchacho había nacido enmantillado.

–¿Sabías que el Axuaje proviene del vasco Asúa? –Le

interrogó con las palabras distorsionadas por el alcohol— Se inició en Génova de donde emigró a las islas Canarias. Allí se castellanizó como Azuage, con “g” y no con la “j”. El apellido probablemente arribó a la isla en el siglo XVI. Hasta allí, huyendo de la peste negra, fueron a parar el Conde de Amoreto y su esposa Blanca Rapallo Soaggi. Este Rapallo se castellanizaría para transformarse en Azuaje.

Fueron las últimas palabras, dichas por Furtado antes de su salida del local para dirigirse a la primera estación del Metro. Marcos se bajaría unas tres paradas más adelante. Ambos hombres sabían de la inseguridad reinante y esto no les permitía caminar ciertas avenidas a placer, como en los años de su juventud. Al llegar a casa, Marcos recordó un texto recientemente leído para saciar su curiosidad, respecto al apellido del cual tanto se vanagloriaba su entrevistado. La versión, entre otras muchas no menos interesantes, ubicaba a los Axuajes o “Asua”, como una de las casas más antiguas e importantes del señorío de Vizcaya. Esto, según la obra titulada: “Origen de 300 apellidos castellanos y vascongados”, del Doctor Luis de Salazar, ex presidente de la Diputación de Vizcaya y representante de la gran casa de su apellido. El material lo había encontrado en una página web, en la cual señalaba el letrado:

... “Efectivamente: en los Reyes de Asturias León y Navarra, estaba el origen de este linaje proveniente del Doctor García, llamado el Tuerto de Basurto, quien fuera uno de los tres nietos del Conde Don Vela de Ayala y nieto a su vez del Rey Sancho de Navarra. En fin, este Señor de Basurto por vía de su madre doña María de Salcedo, resultó ser nieto del Conde Don Rubio de

Asturias (que a su vez lo era del Rey Alfonso y de León, y del Infante Ordoño el Ciego, quien era hijo del Rey de Asturias, Fruela II). Era también descendiente del linaje de Asúa, por línea de un tal Furtado Sánchez de Zamudio Susunaga, quien resultara ser abuelo de Juan Sánchez de Asúa, Conde de Gaviria, nieto del Rey García de Navarra y abuelo de Furtado Sánchez de Zamudio.”

Tomando estas referencias y frente al computador, Marcos decidió comparar, a fuerza de blogs y páginas web, las vetustas anotaciones colocadas en sus manos por Furtado Azuaje, para convertirlas en lo que el escritor pensaba sería una buena historia. A Marcos le sonó curioso que García, Azuaje o Asúa, así como el apellido Díaz por casualidad o designio, terminaran unidos en familia, luego de once siglos. Tres apellidos que hacían historia mucho antes del descubrimiento de América y que, así, de pronto, en pleno siglo XX se reencontraran para ponerle en bandeja de plata una fábula tan inverosímil como su existencia misma al pasar de los tiempos. La idea lo alentaba más cada día. Escribió entonces: *...en el año de 1362, según crónica de Lope García de Salazar, moría Rodrigo de Asúa, en la pelea entre Asúa y Basurtos con los de Uristas. Cuatro décadas más tarde, se mandaba a hacer la primera pesquisa (que luego repitieron los Reyes Católicos) para averiguar quiénes eran los caballeros patronos de las menos de 24 iglesias diviseras existentes en Vizcaya. De ellas, Diego de Asúa y un deudo de la Casa de Susunaga, resultaron ser patronos y diviseros de la de San Juan de Sondica, por la cual cobraban 13.000 maravedíes. Un tal Aquiles de Asúa, resultó ser divisero de la de San Pedro de Luxua, y cobraba también 13.000*

maravedíes y, un tercero llamado Juan de Asúa, era divisero de la de San Pedro Deustua. Este último cobraba dos tercios producto de la renta y estaba casado con una hija de Gómez González de Butrón. La iglesia de Santa María de Erandio, fue también de este linaje, hasta serle cedida a Gómez González de Butrón en 20.000 maravedíes, perdiendo así su alcurnia”.

Luego de resumir unos tres siglos de Asúa, buscando entender los párrafos leídos, Marcos logró razonar que la rama o tronco principal de la ralea había perdido el apellido al casarse la única hija de Don Diego de Asúa (Señor de la torre de su nombre en el Valle de Asúa) con Don Juan de Barraicua. Es decir, que para 1800, los Asúa, dejaban de ser Asúa para convertirse en Barraicua. Hasta ahí, Marcos dejó todo un enredo de documentos y sin poder descifrar ninguno de ellos, optó por copiar textualmente el resto de los enunciados, para ver si Furtado, con su sapiencia infinita en la llamada geneantropía, podía darle luces al respecto.

“... el hijo del recién nombrado Don Juan de Barraicua, que al igual se le designaba como Don Juan y se diferenciaba del padre, gracias al segundo nombre, que era Bautista de Barraicua, y al segundo apellido, que era Asúa, con el agregado de que también era Caballero de Calatrava y Capitán de Caballos Corazas, quedaría por mayorazgo de la casa, la cual se fue extinguiendo, dando paso a la rama de Zarátamo. Linaje que pasó a vivir a la Casa-Torre de su nombre, en el barrio de Asúa, localidad, que hasta hoy en día, conserva esa misma

denominación. El apellido continuó vigente gracias al único varón, hijo de Don Diego de Asúa, quien no tuvo descendencia. Sin embargo, a petición de su madre, doña María de Don José de Asúa Echeverría, quien litigó ejecutoria de hidalguía en 1818, alegando la quema de los papeles demostrativos de su origen y nobleza, se logró que se le guardase la respectiva consideración. En el litigio, intervinieron las tres provincias, dejándose custodia de la ejecutoria en el Archivo de Guernica. Allí se le declaraba descendiente legítimo de los nobles solares y casas de sus antepasados y apellidos, notorios en el Señorío y demás provincias”.

Pero la única respuesta, muy acertada del viejo, fue la de extraer de la novela ese párrafo inentendible, el cual le había fulminado las neuronas al tratar de buscarle alguna coherencia a sus antepasados, sólo para darle más volumen a la historia.

Dijo haber cumplido recientemente los 68 años, afirmación para Marcos difícil de creer, dada a esa figura desgastada y a un andar de segundos interminables, bajo unos ojos hundidos, de perro triste cuya mirada parecía estar anclada en un pasado lejano y misterioso. Su delgadez particular le hizo pensar que debía alimentarse con alpiste, tal cual la pareja de canarios enjaulados en el balcón de su apartamento, comprados como ofrenda de amor eterno para Rosalba. La voz apagada, debido a los pólipos en su garganta, no lograba proyectarse a más de cincuenta centímetros de distancia, cuando la algarabía del almuerzo llenaba los locales

de parroquianos, ejecutivos y trabajadores a destajo. Momentos aquellos bastante inútiles para llevar a cabo una conversación coherente pues, el viejo decía una cosa y él escuchaba otra. En esas ocasiones, la oratoria enmudecía y entonces los gestos sustituían a las palabras. Por ello, Marcos se había convertido en un experto en kinésica y se dedicaba a estudiar cada uno de ellos, cada actitud en aquel hombre, cuando entre trago y trago, leía, con la severidad de un corrector de pruebas, las páginas entregadas para su aprobación. Páginas escritas por un Marcos Marín, egresado con honores de la prestigiosa Universidad Central de Venezuela, y escritor fantasma. Garabatos redactados con cierta prisa, para contar otra historia ajena, distinta a su vida, matizada con invenciones traídas por los cabellos. Observándolo, buscaba aprender de cada aspaviento del hombre remarcado en su semblante, puesto en evidencia en cada movimiento de cabeza, bien afirmando o negando, y en cada silencio...largo o corto, dependiendo de cada párrafo. Trataba de interpretar todo lo que acontecía en su ser, una vez leída y repasada línea tras línea, frase tras frase, oración por oración. Una primera entrega... o una segunda... parrafadas de una vida que desde el primer cuento le habían impresionado. Así, un guiño en su rostro podía interpretarse como un disgusto o alegría; una risa con sus dientes amarillentos, señal de una dosis enorme de nicotina taladrándole los pulmones, reafirmaba su satisfacción con alguna de las entradas sometidas a su consideración. Unos pliegues surcando la frente representaban cierto desacuerdo con algunas frases escritas carentes de credibilidad y exageradas a su entender. Una postura sobre la barra como el pensador de Roda, sirviendo de apoyo a la quijada, develaban una condición de rechazo. Acción que se combinaba

con una seriedad de epitafio, en un rostro silencioso y taciturno, como si se hubiera muerto de repente, ahí, en plena barra. Un par de aplausos en algunos casos eran concluyentes, pero humillaba a los mesoneros que pensaban que les estaba pidiendo servicio, pero sólo significaba que lo escrito iba por buen camino.

“En plena guerra civil española... –leía Marcos Marín– ...mi padre y sus dos hermanos se encontraban ocultos en el campanario de la iglesia del pueblo de Guernica. Junto a ellos, mi abuelo y mi abuela: Furtado Erasmo Axuaje y Ursula Barraicua rezaban al santo creador, a pesar de sus ideas comunistas (existían comunistas cristianos para la época) El terror se hacía sentir ante un bombardeo despiadado, durante los minutos interminables. La familia rogaba a Dios para que la metralla no llegara a tocar el recinto en donde se encontraban a buen resguardo. Desde la base del campanario se oía el zumbido de las bombas en el aire y el estruendo espantoso durante su caída, e imaginaban el celaje de muertes dejado por los aviones a su paso. Para ese momento mi padre contaba con la edad de Cristo y desde los 25, ya militaba en las filas republicanas, aupado por los abuelos, cuya cepa revolucionaría les venía desde que se levantaron las Hermandades de Álava, y hubo que acudir en auxilio del Duque de Nájera contra el Conde de Salvatierra, al cual vencieron en los campos de Durana, a finales del 1400”

En estas páginas amarillentas y casi ilegibles, no escribe que la maniobra se llamó zurechtweisen, cuyo significado en español es “castigo”. La “novedad”, la encuentra Marcos Marín en una vieja enciclopedia con la cual se tropezó por curiosidad, ante lo escrito por aquel adolescente. En el mismo texto se señalaba que esta barbarie fue uno de los más condenados ataques aéreos hecho por los alemanes en apoyo al franquismo y se había llevado a cabo el 26 de abril de 1937. Esta versión no coincidía con la edad del padre, cuando Marcos intentó hacer la respectiva comparación con la actual apariencia del hijo.

“El ataque –escribió el biógrafo– había sido realizado por la Legión Cóndor alemana y la Aviación Legionaria italiana, contra los combatientes republicanos, sublevados ante el régimen franquista”. En un aparte de su lectura se hacían estimaciones acerca de las víctimas, las cuales se calcularon en 1.645 muertos y 889 heridos, según cifras oficiales del gobierno vasco; aunque una nota a pie de página aclaraba que con el tiempo se consideró, luego de severas investigaciones, que este número estaba interesadamente abultado. Un párrafo más le llamó la atención al novelista y lo transcribió, tal cual, al computador: “Un año antes de esta masacre en julio de 1936 tras muchas indecisiones, Francisco Franco se había unido al intento de golpe de Estado liderado por el general José Sanjurjo Sacanell y el general Emilio Mola Vidal contra el gobierno de la Segunda República Española. El golpe fracasó y dio lugar a la guerra civil. Tras la muerte de Sanjurjo en un accidente aéreo pocos días después de la intentona y ayudado por el prestigio ganado con el rápido avance de sus

tropas y la toma del Alcázar de Toledo, Franco ve el camino libre para convertirse en líder indiscutible de los sublevados, y se auto-proclama jefe de Estado”.

En vista del apellido, mi padre, Furtado Boniceto viene a ser descendiente de los Asúa y, familiar cercano de Luis Jiménez de Asúa, quien presidiera la comisión parlamentaria encargada de elaborar la Constitución republicana de 1931. Y quien resultara ileso ante el atentado de la falange española a principios de 1936. Esta maniobra fascista fue la gota derramada en el vaso para que mi padre, quien hasta la fecha se había mantenido alejado de la violencia, se convirtiera en un activista de los más aguerridos en la defensa del republicanismo. Antes de tomar las armas, su interés estaba más bien cifrado en la pintura. Era un ferviente admirador de Picasso y de todos los surrealistas de la época como Joan Miró, Maruja Mallo, Gregorio Prieto, José Moreno Villa, Benjamín Palencia y José Caballero. Era fiel lector de la obra de García Lorca y admirador de Luis Buñuel. A este último lo conoció en Madrid, cuando mi padre iniciaba sus estudios universitarios, los cuales jamás pudo terminar. Fue Buñuel quien lo involucraría más tarde en las actividades del “cine-club de la Residencia Estudiantil”. Mi padre era un joven poeta poseedor de un corazón lleno de pasiones a punto de estallido.

La relación con Buñuel le permitió entablar amistad con personajes unos años mayores que él, entre los que se encontraban

Salvador Dalí, Rafael Alberti, Pepín Bello y Juan Ramón Jiménez. Le gustaba participar en todas las tertulias ultraístas que se realizaban en el Café Colonial de Madrid, presididas por Rafael Cansinos Assens, todos los sábados, así como las que se llevaban a cabo en el Café Pombo, un local a unos metros de distancia del Colonial, dirigidas por Ramón Gómez de la Serna.

“Para la fecha del bombardeo en Guernica, ya mi padre había sido destacado al “frente norte”. Allí, el abuelo, Furtado Erasmo, también hacía las veces de líder republicano, pues desde adolescente le había llamado la atención el mundo de la política. A sus pocos más de medio siglo, lucía duro y tenaz, por lo que no fue una sorpresa ver a su primogénito enlistarse en las armas, luego de pasearse por el mundo de la intelectualidad española liberal, terminando en el grupo de camaradas que dirigía, incluso antes de iniciarse el conflicto armado. Fue allí, en medio del terror ante la muerte, unido este sentimiento a la impotencia, y frente al Cristo Redentor, incólume frente al bombardeo, cuando mi padre decidió su destino: dejar el país antes de terminar fusilado como el poeta de Granada. O peor aún, yacer en una tumba sin nombre, como habían acabado muchos de sus camaradas y familiares. Mi abuelo le dio la bendición y mi abuela le concedió la gracia de abandonarlos con la promesa de que, apenas se asentara, velara por la vida de sus dos hermanos menores. Pasarían nueve meses antes de que, con un pasaporte falso, lograra montarse en el trasatlántico que lo soltaría en el puerto de La Guaira. Erasmo y Jóvita Axuaje siguieron combatiendo al régimen clandestinamente hasta ser rescatados por mi padre unos años más tarde. Los abuelos murieron de

mengua una vez terminada la guerra, con el corazón destrozado ante el triunfo de Franco. Ursula Barraicua falleció debido a una neumonía que no le dio chance a despedirse, unos meses después de la partida de mi padre hacia otros derrotados. Y el abuelo Furtado, una vez finalizadas las exequias fúnebres y vestido con el mismo atuendo con el que la acompañó hasta su última morada, se anidó en su sofá favorito y, con el dedo gordo del pie, apretó el gatillo del máuser cuyo cañón se había colocado en perfecta posición debajo de la mandíbula”.

En párrafos interminables, el joven Azuaje narraba en su diario que las cartas, recibidas por su padre, desde el viejo continente, daban cuenta del horror del cual eran objetos sus camaradas de armas, cuando eran capturados por las fuerzas franquistas: se les enviaba como castigo a combatir al frente ruso como fuerza de apoyo a las Wehrmacht. Debido a esto, muchos desaparecieron en acción en La “Operación Barbarroja”, nombre clave dado por Hitler al plan de invasión de la Unión Soviética. La misma se convirtió en el teatro de operaciones más grande de la guerra y escenario de las batallas más brutales del conflicto europeo. No obstante, la llegada del invierno ruso acabó con los planes alemanes de terminar la invasión. Durante este lapso, el ejército rojo contrató y anuló las esperanzas atesoradas por el Führer de ganar la batalla de Moscú. La Operación acabó el 5 de diciembre de 1941, con la retirada del ejército alemán y con la deserción de cientos de republicanos españoles, quienes, sumados

a las fuerzas rusas, traicionaban a los alemanes en sus propias trincheras, asesinándolos a quemarropa mientras gritaban ¡Viva la República y me cago en Dios, hijos de la gran puta!

Eudoro no sólo fue el primero de los García en llegar a la ciudad. Había salido huyendo de una amenaza que le habría resquebrajado el orgullo, de haberse consumado. Durante unos quince años recorrió el país como gitano errante, realizando trabajos de peón en cada localidad en donde mejor lo agarrara la noche. Anduvo del timbo al tambo hasta darse por enterado que Maracay dejaba de ser la capital de la república y Caracas abría sus puertas como Sultana del Ávila, para darle la bienvenida a cuanto inmigrante estuviese dispuesto a conquistarla. La idea de la nueva capital lo sedujo y tal como lo venía haciendo desde su apresurada huida, tomó sus mochilas y, sin ponerle mucho seso a la decisión, partió por aquellos caminos polvorientos, ahora sí, con rumbo fijo. La metrópolis, para aquel diciembre de su llegada en 1935, a diferencia de la llanura desértica con sus calorones, le congelaba los huesos hasta los tuétanos. La urbe con sus exiguas viviendas lucía con la sobriedad y moderación de la cual los miembros de la familia carecían, en vista de su apego a las bebidas espirituosas. Los espacios llenos de verdor, muy diferentes a las estepas y mesetas de la sabana, en donde no se vislumbraba un árbol a kilómetros de distancia, le parecían gigantescos para sus pocos habitantes. La villa era como un regalo cargado de pureza y armonía seductora. No en balde comenzaron a llamarla *El Valle*

de los techos rojos. Caracas era un pequeño emporio con apenas 136 mil habitantes, menos uno, pues ya se aseguraba la trascendencia a un plano superior del Generalísimo Juan Vicente Gómez, según sus lisonjeros...Y a la quinta paila del infierno, según sus detractores.

En medio de un silencio sepulcral, las calles se llenaban de sombras para intercambiar puntos de vista acerca de la llegada del Silbón, espanto que conduciría al General Gómez al purgatorio, bajo los más horripilantes tormentos. De esta manera recibía su merecido. Un castigo mucho peor a los aplicados en la aterradora cárcel de la Rotunda, a los presos de conciencia, durante su pavoroso reinado.

Aquella Caracas del Eudoro García, recién llegado de la provincia, y del Generalísimo agonizante, todavía era una pequeña comarca agrícola, en cuyo centro comenzaba a desarrollarse el comercio y se iniciaba la construcción de nuevas edificaciones de tamaño bajo y techos de tejas artesanales. Todo esto aunado al alto índice de corrupción, pobreza, malnutrición y enfermedades que azotaban a la República. Gómez había logrado introducir durante las tres primeras décadas algunas escasas obras de infraestructura para ir despojando a la futura capital de la percepción de aldea pueblerina e inalterable. Bajo esta excusa, se hizo dueño de una inmensa fortuna, evaluada en 115 millones de bolívares. Los herederos no lograron disfrutar por mucho tiempo de ese dinero pues, a un año de su muerte y por decisión confiscatoria del Congreso, todos sus bienes pasaron en su totalidad al patrimonio nacional. Aunque su acta de defunción señala que murió el 17 de diciembre de 1935, con el tiempo se descubrió que su deceso ocu-

rrió al día siguiente, pero los aduladores de oficio adelantaron la fecha para hacerla coincidir con la fecha de muerte del libertador Simón Bolívar. Para colmo, al parecer, también le inventaron una fecha de nacimiento compatible con la del padre de la patria: 24 de julio.

Eudoro también fue el último en morir de toda una generación de García. Sus ojos vieron nacer la barriada desde el primer rancho, alzado con latones de cinc y cartón piedra, hasta los más sofisticados, levantados a fuerza de bahareque y caña amarga. En uno de estos convivió con Lourdes Herrera, una chica rescatada en las riberas del Guaire. Hermosa como una virgen, pero con la muerte decretada en la sangre, lo que no impidió que le diera dos hijos. De vivir un tiempo en las alturas se vio obligado a descender a la parte más baja de la parroquia pues los pulmones de su mujer sucumbían ante la enfermedad y esto le permitió ser testigo presencial, y trabajador a destajo, en la construcción del cine Alameda. Una hermosura arquitectónica para la época, diseñada con paredes de arcilla y piso de granito. Todo un símbolo para San Agustín del Sur. En él se proyectaron, para regocijo de los pobladores, los grandes filmes del cine mejicano de los años cuarenta. Aquella sala de ensueños siempre permanecía engalanada mostrando sus cortinas de terciopelo y sus decenas de butacas acolchadas y pomposas en el salón inferior llamado patio. En su piso superior y para los menos adinerados, se encontraba disponible el balcón, cuyas sillas plegables de madera causaban

un estruendo con efecto dominó, cuando el público se levantaba apresurado por salir, antes de aparecer la palabra “FIN” en la pantalla.

–Esto es el paraíso.

Fue la frase exteriorizada con gran orgullo por Eudoro García, en plena inauguración del teatro entre bombos y platillos. En él se exponían decenas de fotografías en sepia y tonos de grises, mostrando los inicios de la barriada. Ya no se trataba del viejo caserío. La barriada, de pronto, se había convertido en una de las principales zonas de la capital. Y si bien el cerro estaba bañado de plata con sus techos de zinc, ya los García, junto a los Díaz, habían descendido a unas viviendas, más de clase media, ubicadas a lo largo de la calle principal, con techos de tejas antiguas paralelas al río Guaire, el cual dividía a la parroquia en dos grandes mitades: la norte y la sur.

–Se lo llevó el diablo –aclaraba Homero Díaz al Romeo adolescente de la Sierra Dorada, refiriéndose al General Gómez cuando, echados ambos en sus respectivas mecedoras y, en plena madurez, hacían un recuento de un pasado cercano entre sorbetes de anís el Mono. Ambos bebían clandestinamente para evitar el reproche familiar, pues ya el médico de cabecera les había alertado: “Si huelen la caña, se mueren”. Pero pasarían décadas antes de cumplirse la profecía.

Los Díaz habían llegado desde la ciudad de Maracay, simultáneamente con los García, pero sólo se encontraron cuando el cerro fue creciendo en población y la vegetación tomó las casas de sopetón, integrándolas, no sin el recato de quien descubre la presencia de un vecino ausente en su existencia. Barriadas independientes, enlazadas por un apellido santo y nombres diversos, bajo una identidad propia y bien definida: La Charneca, Puente Hierro, La Yerbera...

—¿Cuántos secretos se habrá llevado a la tumba? —se preguntaba Eudoro García.

—¿Tú tendrás los tuyos? —agregó Homero Díaz abriendo la fortaleza del silencio para dar paso a la intriga que ambos hombres mantenían desde sus primeros encuentros etílicos.

—Por supuesto —respondió Eudoro García, con el pensamiento clavado en la Sierra Dorada.

—Y ciertamente que los tenía, pero hizo mutis ante su contertulio —aclara Furtado, cuando Marcos le comenta esta parte leída de sus viejos cuadernillos—... Siempre le había avergonzado aquel acto de amor de su adolescencia. El abuelo, Homero, también poseía los suyos, pero los dos mantenían sus secretos bien guardados, a pesar de sus largos coloquios vespertinos cuando ninguno soltaba prenda ante la impertinencia del otro. Vainas de viejos ociosos.

Con la muerte de Gómez se inició un proceso hacia la modernidad urbana del país, que se consolidó entre los años cincuenta bajo otra dictadura, luego de un ensayo democrático de poca duración. Los militares habían gobernado durante siglo y medio y no iba a ser fácil su regreso a los cuarteles. Sin embargo, aquel tanteo permitió a los venezolanos ir entendiendo de a poco, en una especie de avance y retroceso, el significado de la palabra libertad. Aunque apenas, medio siglo después, despertara la barbarie para regresarnos a los santiamentes de un pasado borrascoso. Una vez desaparecido el dictador, los políticos y urbanistas teorizaban acerca del qué hacer con la ciudad, cuya ranchería se multiplicaba sin ningún control. Mientras esto sucedía, los habitantes de la incipiente barriada competían con los Díaz en descendencia, arrejuntándose en matrimonio con los jóvenes llegados a la parroquia desde la costa de Miranda y del oriente del país; desde los llanos centrales e incluso desde las planicies andinas. Las mujeres Díaz lo hicieron con emigrantes europeos. Esta mezcla creó tal enredijo de prole que dio origen a negros y mulatos con ojos verdes y azules, así como a hijos de blancos castizos con la piel tan oscura como el petróleo. Ante esto, los infundios sobre infidelidades entre los pobladores no se hicieron esperar y los cuernos en las cabezas de los hombres se notaban a leguas de distancia. Para la época, las mujeres parían entre los 15 y los 18 años y esto no asombraba a nadie. Los hombres por su parte, apenas saliendo de la adolescencia, buscaban arrejuntarse con alguna vecina de la barriada dispuesta a tamaño sacrificio, con el fin de evadir el servicio militar.

—Yo trato de recordar las cosas buenas. Las malas, las dejo

sepultadas en el baúl de los recuerdos –dijo Eudoro García, interrumpiendo el silencio sacro, muy frecuente entre los dos hombres, cuando uno de ellos intentaba hurgar en las intimidades del otro.

En la barriada apenas se le habían conocido dos hijos a Eudoro García, aunque los chismes vecinales coincidían en que “por fuera” había tenido más de una veintena, toda regada desde las llanuras del centro hasta la incipiente capital. Por ello, se había ganado el sobrenombre de “El Gato” pues, para echar un polvo y luego salir huyendo, con las respectivas consecuencias, era todo un felino. Se contaba que no respetaba mujeres casadas ni menores de edad, viudas, gordas o delgadas, así como agraciadas y deslucidas. Con estas últimas era todo un galán y siempre mantuvo delante de su compinche, Homero Díaz, que quien se acostaba con feas, la vida le depara cosas bonitas. Sin embargo, la mujer con la cual compartió varios años de su vida, siendo de una belleza sobrenatural, falleció despellejándose de forma brutal debido al paludismo, enfermedad que, para la época, tampoco respetaba bellezas ni fealdades. Ya se encontraba bastante enferma cuando parió el segundo de los hijos, el cual también murió a temprana edad, al heredar el mal de la madre. El mayor, siempre culpó al padre por aquella tragedia y en cuanto pudo huyó del barrio, y ni Eudoro ni los amigos, ni los conocidos tuvieron alguna información de su destino. Sólo desapareció, se esfumó y de él apenas se supo una vez que Eudoro pasó a mejor vida. Una presunción que dejó una duda jamás aclarada. Esto siempre le afectó, pero nunca pasó por su imaginación que la vida le depararía una vejez llena de soledad, apenas sobrellevada por los asiduos visitantes del barrio, con quienes compartía los tragos diarios en

aquellas desvencijadas paredes que guardaban decenas de recuerdos. Quizá habría sido esa misma soledad la que lo llevó a fraternizar con la familia Díaz, al extremo de correrse la voz en el barrio de que algo sospechoso ocurría entre él y la abuela Confelia de la Santísima Trinidad.

Aquella última frase de Eudoro acerca de sepultar las cosas malas en el baúl de los recuerdos, le movería el piso a Homero Díaz. La imagen de Juanita Cruz Almeida, se le apareció de pronto haciendo una verónica delante de la clientela en la “Tasca de los 40”. Sus padres orgullosos aplaudiendo: ella, la única mujer en una peña de hombres. ¡¡Mujer!!, sí, porque, a su corta edad, estaba completa, hecha y derecha, brillando en toda su plenitud. Juanita Cruz había nacido en Madrid, luego de los tres primeros quinquenios del siglo veinte, y sus progenitores llegaron a Venezuela cuando apenas ella pronunciaba sus primeras palabras y los colmaba de felicidad con sus travesuras.

–De cómo se apareció toda la familia de Juanita Cruz Almeida aquella tarde en la peña de los 40, resultó ser todo un sortilegio, una especie de milagro, algo que se encontraba fuera de serie –cuenta Furtado recordando algunos de los párrafos, que a bien le había entregado a Marcos Marín para su revisión.

–El abuelo... –prosiguió luego de una pausa permitida para saludar a varios parroquianos que entraban al bar con el ímpetu de quien ha permanecido horas en un desierto–... Ya se encargaba de administrar la tasca familiar iniciada por el bisabuelo Homero, quien, por supuesto, la había heredado del tatarabuelo, quien también se llamaba Homero... En fin, mi estimado poeta,

aquel encuentro fue la mejor demostración, de la existencia del amor a primera vista.

“El abuelo Homero no perdió tiempo en preñar a la abuela Confelia de la Santísima Trinidad, apenas contrajeron matrimonio. De esa alianza nacieron cinco hembras y tres varones. Mi madre sería la séptima y como un milagro, diecisiete años después nacería en Caracas mi tío Sergio. En su juventud, Confelia auxiliaba al abuelo en la taberna de los 40 cuando disponía de tiempo libre, mientras los chicos revoloteaban por toda la cocina y se embadurnaban con la harina de trigo en la trastienda, jugando al carnaval. Cuando Juanita traspasó las puertas con la chaquetilla de purísima y oro mandada a confeccionar por su padre, un apasionado admirador de Manolete, Homero sintió el mundo hundirse a sus pies.”

Contaba el padre de Juanita, según versión de Furtado Azuaje hijo, que desde niña le gustó relacionarse con el mundo de los toros, pues lo llevaba en la sangre. Con los años estoqueó su primer becerro en junio de 1932 en la ciudad de León, cuando la familia viajó a España en unas largas vacaciones. A su regreso a Maracay, la Maestranza se convirtió en su vida diaria. Tres años más tarde, Juanita debutaría con picadores en Granada y se perfilaría como toda una “mataora” en la Plaza de toros de Las Ventas, con reses de la ganadería de la viuda de Manuel García Aleas Carrasco, en un cartel integrado por “El Niño de la Estrella”, Miguel Cirujeda y con el no menos célebre y afamado Félix Alma-

gro. Homero, todo un enamorado de aquel portento de mujer, a quien los visitantes de la taberna de los 40 señalaban como “marimachita”, se mantenía bien informado de sus proezas gracias a los padres quienes durante años continuaron visitando el local.

Era claro que nada de esto, ni una sola palabra, se le habría ocurrido mencionar en sus conversas vespertinas con Eudoro García, sobre todo cuando tocaban el tema de la llegada de Furtado Boniceto Axuaje desde la España franquista. Al “gallego” (para el barrio todo el que hablaba con “z” era gallego) los Díaz le habían alquilado un pequeño local en donde había funcionado una vieja imprenta, cuyos propietarios terminaron siendo presos políticos del General Gómez. La misma estaba habitada por espíritus en pena, pues en las noches, oscuras y llenas de silencios, se oían llantos, cadenas arrastrándose por el piso y gritos ahogados como aullidos de perros en la lejanía, inquietando el sueño de los vecinos. La imprenta se encontraba ubicada en el llamado pasaje seis de San Agustín. Un lugar que dejaría una huella aberrante en la historia política del país.

“Una vez finalizada la guerra civil y debido al reglamento taurino franquista en donde se prohibía a las mujeres realizar este oficio, Juanita Cruz surca el Atlántico y hace un paseillo en la capital de México para continuar sus actuaciones en distintos países del continente. Su última corrida la realiza en Bogotá en 1947. Durante todo este tiempo los enamorados se encuentran en cada visita que la mataora hace a sus padres en Maracay. Son momentos de suma felicidad albergados en el corazón del abuelo Homero, cual estocada certera a un semental de Lidia”, lee Marcos Marín

La historia posterior cuenta que Juanita, a lo largo de su trayectoria profesional, llegó a realizar alrededor de 700 corridas y tuvo como compañero de terna a Manolete. Se caracterizaba por usar en las corridas traje de luces y falda, en vez de la tradicional taleguilla por lo cual fue muy criticada por sus compañeros toreros. Falleció en Madrid a causa de una antigua lesión de corazón, el 18 de mayo de 1981.

—Para el abuelo Homero, Juanita no murió de un infarto como lo apreció la junta médica. Ella murió de mal de amores y eso se notaba en las cartas recibidas por el abuelo en ciertas ocasiones.

“La expresión del viejo, reclinado a la barra, era la de un poeta enamorado y en su rostro se notaba que la nostalgia no era debido al licor, sino a algo más intenso, muy bien oculto en su corazón”. Escribió Marcos un párrafo al llegar a casa, para continuar señalando...

...Eran cartas llenas de lágrimas y deseos reprimidos... Su marido y apoderado, Rafael García Antón, escribió a su muerte un libro biográfico llamado “Juanita Cruz, su odisea”, en donde para nada aparece un párrafo contando parte de su vida en la ciudad de Maracay. Tampoco menciona una línea de sus amores de tasca con Homero Díaz. El libro tuvo un tiraje de mil ejemplares costeados por el marido y por misterio divino, uno de los ejemplares llegó a las manos del abuelo, quien no dejó de leerlo a diario hasta cumplidos los 88 años, realizándose así, bastante tarde, la profecía del médico de cabecera. El abuelo partió con la tranquilidad en su rostro y una sonrisa picarona en los labios.

Confelia, mi abuela, sin conocer el propósito de aquella lectura diaria, colocó en sus manos el volumen algo desgastado y dijo: “amaba a los toros más que a mí”. El marido moriría apenas transcurrido siete meses luego de la partida del amor de su vida. La abuela lo seguiría más tarde.

A diario, Marcos leía, con sumo entusiasmo, aquellas palabras flotando como notas musicales sobre unos pliegos sobrantes de papel contable parecidos a un pentagrama. El padre los había doblado a la perfección llevándolos a pequeños formatos de bolsillo, para que su último heredero se distrajera garabateando en ellos, mientras él, teñido hasta la médula de tinta cerrera, tomaba un descanso. Era una manera de librarse del hijo por momentos, luego de partirse el lomo imprimiendo toda clase de avisos, facturas y panfletos en donde los árabes promocionaban su mercadería a bajos costos. A fin de ahorrar tiempo y materia prima, aprovechaba el pliego completo del papel estándar para sacarle el máximo provecho. Conseguía compaginar mediante el doblaje, 128 páginas y al no engraparlas, mandaba la numeración al traste y el desorden era tan complicado que para un neófito en estas lides, como Marcos Marín, no era sencillo hacer coincidir el final de un párrafo con el inicio del otro. Esto lo mortificaba excesivamente y lo obligaba a saltarse largos trozos de historia en beneficio de su poca paciencia. El manoseo y el paso del tiempo también habían hecho mella en la escritura, pero a pesar de tal inconveniente, no podía negar su apego a aquellos textos, con los

cuales se había encariñado un extraño día de farra. Notas a destajo. Sorprendentes. Nada convencionales, llenas de anécdotas y curiosos acontecimientos, algo desordenadas ellas, en donde con el transcurrir del tiempo y en busca de adaptación, se le fue haciendo imposible conciliar su propia realidad con la ficción.

La experiencia infantil con respecto a la escritura, se le alargó al joven Azuaje hasta su adolescencia, pero, más tarde, abandonó las letras para seguir los pasos del padre. Con la adultez, ganó fama y cierta fortuna, así como una vida placentera para los años setenta, gracias a sus diseños gráficos. Recibió muchas manifestaciones de elogios y premios nacionales e internacionales. Luego de dictar cátedra en la Escuela de Artes Cristóbal Rojas, de Caracas, dio un paso gigantesco que lo condujo a Cataluña, donde se destacó como uno de los más cotizados artistas en pintura ingenua. Más tarde, pasaría un tiempo en la ciudad de las luces, consagrándose gracias al mecenazgo del artista plástico Asdrúbal Colmenares.

Bajo las notas musicales de los cuadernillos, Marcos Marín descubre una odisea fantástica de tres apellidos que se mantuvo por más de dos décadas. En el caso de los García, una vez pasado Eudoro a mejor vida, la única herencia de su linaje pudo haber sido el tío Sergio. En la otra estirpe, la mayoría de los descendientes, se destacaron en disciplinas como la música, las artes plásticas, el ballet, el teatro y la farándula; amén de algunas otras de índole deportiva como el boxeo, la tauromaquia y la

inventiva para las infusiones espirituosas. Todos eran íntegros en su quehacer cotidiano y se crecían ante la adversidad con un temple que los vecinos siempre envidiarían. En su investigación paralela, a las conversaciones con Furtado, Marcos buscaba espacio para indagar acerca del apellido Díaz y en una de esas encontró que el mismo significaba “Hijo de Diago”. Al consultar con su entrevistado, en uno de los tantos arrabales donde a diario se reunían, el viejo lo remitió a un párrafo perdido de su primer cuadernillo, en donde señalaba que la letra “e” en catalán se pronuncia como la letra “a” en castellano, por lo cual, el nombre Diago venía a ser el resultado del cambio fonético a través del tiempo del nombre Tiago, el cual, a su vez, provenía de Santiago. Siguiendo así la trayectoria, Santiago era consecuencia del latín Sanctus Iagus, una contracción de Iacobus, o “Jacobo, de donde surge la denominación San Jacob, ascensión esta que encarnaba el concepto de “hombre sostenido por el talón”. En fin, al parecer, este Díaz tenía sus orígenes en los reinos de Castilla y León. Y para rendir homenaje al mismo, apuntaba Furtado, *“algunos de sus parientes debían transitar, al menos una vez al año, el “Camino de Santiago” desde su lugar más recóndito”*

–Te diré, Marquito, a riesgo de exagerar, que este apellido proviene de siglos atrás.

–No lo dudo, sin embargo, no todos los Díaz deben provenir de la misma rama.

–Pues sí... –dijo el viejo en tono rimbombante–... Uno de los personajes históricos más antiguos y destacados del apellido Díaz, fue El Cid Rodrigo Díaz, el Campeador, caballero castellano

y Príncipe de Valencia entre el 1094 y 1099.

Ante la ocurrencia, el escritor suelta la risa, pues aquella afirmación le sonó a cierta echonería del viejo. Episodio nada notorio hasta ahora, desde los encuentros consuetudinarios de barra.

–No te rías.... hablo en serio –protestó Furtado dándose pompa, buscando ocultar una risita burlona en la comisura de los labios, acción reveladora de su fábrica de ilusiones, colmada de cuentos tan inverosímiles como los de sus cuadernillos escritos con una pluma Pelikan nacida en 1938.

–Noooo, por favor como me voy yo a burlar de tamaño testimonio.

–Te diré pues que no menos famosos son: Bartolomeu Díaz, personaje del siglo XV, quien fuera el primer europeo conocido en navegar alrededor del cabo oeste africano.

–Uff, palabras mayores –riposta Marcos, incrédulo ante la sapiencia del viejo. ¿De dónde habrá sacado toda esa fábula?

–Le sigue Alonso Díaz Moreno, quién fundara la ciudad de Valencia en 1532. Este español fue uno de los más poderosos y ricos conquistadores del nuevo mundo. Y te culmino con Porfirio Díaz.

–¿Sabes quién es ese, ¿no? –y se responde así mismo:

–El Presidente de México en nueve ocasiones, para envidia de muchos en Latinoamérica, prácticamente desde 1887

hasta 1911. Y agregó tajante como para culminar la retahíla de Díaz.

—De no haber mandado los escritos al traste para dedicarme a la pintura, aún me quedarían muchos Díaz por mencionar, como el exitoso director técnico del River Plate: Ramón Díaz y el bicampeón de Fórmula Uno, Fernando Alonso Díaz.

—Además no sé si has oído de un escritor dominicano de nombre Junot Díaz...—agregó chasqueando los dedos—...Premio Pulitzer. Ese también debe ser de la familia.

Una risotada que no pudo impedir al ver la cara de Marcos, estupefacto y sin palabras, lo delató de inmediato, y para disimular, levantó la copa vacía, ya no para brindar, sino para exigir del camarero la cuenta y el trago de la casa. Así, jugando con las palabras mientras espera la réplica del bar tender, se tomó unos segundos para aclararle a su interlocutor, bajo el furor del Etiqueta Negra que, según datos recopilados del Instituto Nacional de Estadísticas de España, el Díaz era el catorceavo apellido más común. Y de Acuerdo a los datos del Servicio de Registro Civil e Identificación de Chile, se perfilaba como el cuarto más regado en todo su territorio.

—En cuanto a Venezuela se refiere, basta consultar las páginas amarillas de la guía telefónica para descubrir un cartapacio de Díaz, capaces de superar las hojas marchitas del Nuevo Testamento —agregó para concluir la velada.

Entre los varones, Sergio, el torero, sobresalió ante Benito Díaz en el imaginario popular, gracias a su arrojo y valentía en Castilla de la Mancha. En todas las barriadas cercanas al Nuevo Circo de Caracas, los cuentos se repetían y crecían en volumen al ser trasladados por los vientos alisios a los lugares más intrincados. Los comentaristas afirmaban que el torero había cortado veinte orejas, serruchado cuarenta cuernos y ocho patas, así como cercenado de un tajo de espada unos quince rabos en esa tarde gloriosa. El corrillo exageraba cada vez más la faena, llegando incluso a decirse que el matador se había comido en el almuerzo hasta tres docenas de bolas de toro de una sola sentada, a pesar de su minúsculo tamaño, antes de salir al ruedo. Al parecer, las bestias huían al verlo en su traje de luces y soltaban la orina apenas se pronunciaba su nombre en los retablos. Nadie conocía la debilidad del “mataó”, quien solamente lograba ver a medias por el ojo derecho y puras sombras por el izquierdo. Para completar sus desventajas, sufría de fotofobia, por lo cual casi siempre se encandilaba cuando el sol pegaba de frente al traje de luces. El mal, según especulaciones de Furtado, probablemente era herencia de los García, por aquella genealogía de enfermos y cortos de piernas. Aunque por el lado de los Díaz, si acaso estos tuvieron alguna liga con los Asúa a mediados del 1.300, también era posible un salto “bien atrás” con el tal “Tuerto de Basurto”, tesis capaz de redimir el supuesto amancebamiento de la abuela Confelia de la Santísima Trinidad. Era claro que la teoría de la infidelidad cobraba más fuerza con este siglo XX, pues, desde pequeños, los García sufrían enfermedades de los ojos como: los orzuelos, la

conjuntivitis y otras más extrañas, pero dañinas, según los cuentos que Eudoro narraba en las tardes de citas étlicas. Las mismas, les causaba invidencia durante la madurez y, milagrosamente, sin ninguna explicación médica, los llevaba a leer perfectamente sin lentes ni mirillas ya en sus postrimerías. Eso, si acaso alguno lograba superar los ataques virales padecidos desde la infancia. En esto, él era el mejor ejemplo. Afortunadamente para el tío Sergio, este trastorno era desconocido por los sementales que hubo de enfrentar en toda su carrera. Suerte de “mataó” y desdicha para las bestias, pues, si bien Dios las hubiese dotado de inteligencia, seguramente lo habrían embestido por su lado más ciego, y lo habrían mandado con más de un agujero a las puertas del mismísimo San Pedro, sin haber hecho el camino de Santiago. En esa última corrida digna del libro Guinness, el mataó quedó tan abatido que de milagro pudo recorrer el coso y cuando intentó saludar con la montera, apenas la pudo sostener alzada en sus brazos. Su hazaña gloriosa es recordada con vehemencia por los amantes de la disciplina. Incluso, quienes han viajado a la madre patria señalan que, por los lados de Villafranca, en la ciudad de Madrid, existe una taberna llamada Casa Sierra, sede social de la Peña Taurina Sergio Díaz. Allí se recibe a los visitantes en sus dos pequeños comedores decorados con motivos taurinos y las mesas y sillas de madera conservan ese sabor antiguo de la vieja época.

—Según me contaba mi padre, al tío Sergio desde adolescente le dio por torear con los perros callejeros del barrio, usando como capote unos viejos trapos robados a mi abuela Confelia de la Santísima —retomaba así Furtado, el cuento de la víspera. Historia que se había quedado suspendida luego de una

discusión sin sentido con el cantinero, porque éste se negaba a darle dos veces el trago de la casa.

—Ponme ese trago ahí, muerto de hambre y cóbrate de una vez —le había gritado desde el extremo de la barra al bar tender, para acto seguido continuar con una serie de insultos en donde el ¡¡Tú no sabes quién soy yo!!, una frase despótica usada por quienes se consideran mejores que los demás, formó parte del espectáculo. Al final, y gracias a la mediación de Marcos Marín, se salvaron por muy poco de ser echados a patadas del local. Con la consabida vergüenza y el ratón moral de haber puesto la gran torta.

Superado el impase de un fin de semana menguado, Marcos, en su estudio, se encontró con uno de los tantos folletines del insigne bebedor de Etiqueta. Apenas le dio una ojeada, no dudó en colocarlo de inmediato en la estructura de la novela: *“Así anduvo un tiempo el tío Sergio por los pasajes de San Agustín y, desde Puente Hierro hasta la Yerbera, nadie supo en qué momento se atrevió a entrar al Nuevo Circo de Caracas para ver torear a César Girón, quien se presentaba por primera vez en esta maestranza un primero de octubre de 1950”*. Allí el insigne torero tuvo su primera gran actuación en novillada criolla al matar seis ejemplares del mismo encierro. A partir del éxito de esa corrida, César Girón se convierte en su gran ídolo.

“el tío Sergio, aún sin bellos en sus partes íntimas, emocionado ante aquel varón, se une al paseo que, en hombros, la fanaticada le hace al rejoneador por las calles de la ciudad. Penetra junto con las hordas a las redacciones de los diarios más

importantes de la época, así como a los estudios de la Broadcasting Caracas, en los pasillos de Radio Continente y de Radio Rumbos. Toda la urbanización de El Silencio se congestiona hasta las esquinas de las Palmas y Pajarito. A partir de ese suceso, nadie pudo quitarle de la mente a Sergio Díaz el deseo de estar en medio de la arena, con un traje deslumbrante, Turquesa y oro, frente a un semental que no ladrara”.

Reunidos de nuevo, varias semanas después de permanecer en aislamiento, los dos hombres celebraron el encuentro en un local bastante alejado del otrora, en donde estuvieran a punto de perder la compostura, o, mejor dicho, de salir apaleados por abuso de confianza. Allí retomaron la conversación sobre el tío torero y Furtado le contó a Marcos que, un experto en tauromaquia de nombre Casagüito Álvarez, se percató inmediatamente de la vocación del chico.

—Se la pasaba merodeando por el coso pendiente de cuándo se anunciaban las corridas en aquellos domingos magistrales. Álvarez le notó el porte, la prestancia, sus movimientos y, a pesar de su estatura y también de su corta edad, lo tomó para él, lanzándolo al ruedo sin compasión alguna.

El viejo, narra la historia bajo la postura de un “Mataor”...—escribe Marcos Marín—...Y como si estuviese viajando por una maestranza refugiada en la maraña de su memoria juvenil, ejecuta una verónica sublime, excelsa, grandiosa, con sonidos de aplausos, trompetas y gritos de oleee torero. Tal cual estuviera danzando sobre un asentamiento de nubes. Luego hace un pase de chicuelina y finaliza su exhibición

haciendo una gaonera mientras deja caer la servilleta de tela a un lado de la barra, con la cual realizaba los pases y agrega...

–Después de varios encuentros en Caracas y unos once años más tarde, el tío Sergio, en el coso de Manzanares, haría una de las más grandiosas hazañas realizada por torero alguno en los anales de las corridas.

Hace una pausa larga con la mirada dirigida al cielo. Suspira en busca de algún recuerdo y lo suelta.

–Ahhh...Los toros eran de la ganadería de Carmen Ramírez y los testigos en aquel encuentro fueron Joaquín Bernadó y también Curro Montes. El padrino fue el Curro Girón, hermano del más grande torero nacido en Venezuela, en la propia tierra del abuelo Homero, y la fama le llegaría así, de improviso, al pequeño merodeador del Nuevo Circo de Caracas. Desde aquella corrida, el abuelo más nunca se sintió atormentado por culpa del polvo traidor de Eudoro García. Su incertidumbre desapareció en las brumas de un atardecer, en donde solamente se escuchaba el grito de un “Oleeeee torero”, que como un eco se repetía en sus oídos.

Mucha gente cercana no supo jamás, ni siquiera el joven Azuaje, pues no lo trata en sus cuadernillos, ni tampoco lo mencionó en las diarias conversaciones que tenía con Marcos Marín, que, para el momento de su encuentro con el “Mano Quemá”, (tal cual llamaban los fanáticos al gran mataor

venezolano en vista de un accidente durante su niñez), Sergio Díaz descubre el segundo apellido del torero: Cesar Girón Díaz. En ese preciso instante debe haber comprendido, por fin, de donde le venía el legado. Tal sorpresa le aliviaba en gran medida su duda existencial, en contraste con la del padre, a quien más nunca le importó si su hijo llevaba en las arterias sangre de un tal García. Esta parte de la investigación ni por asomo Marcos Marín se la contó a Furtado Azuaje, pues daba por hecho que en uno de los capítulos lo iba a sorprender con este anexo. Pensando en eso dijo.

–Ya se nos hace tarde....Como siempre –y de nuevo se repetía una escena ya conocida por el escritor.

–La cuenta y el trago invitado por la casa–dijo Furtado para dar por terminada la ronda.

De verse las caras una vez por semana, ambos hombres pasaron a la cotidianidad. Esto no perjudicaba para nada el trabajo narrativo de Marcos, quien había ya decidido usar los sábados y domingos para transcribir sus notas al computador. De modo que religiosamente cada lunes, le entregaba una recopilación al viejo y este la examinaba con la clarividencia de siempre. Era un águila para darse cuenta de los “anexos” del escritor. Luego venían las recomendaciones, las aclaratorias y las felicitaciones, cuando la historia le complacía.

–A beber, pues.

Era la palabra clave de su completo agrado. Y de nuevo otra historia...Otro cuento, o anécdota, original, o repetida. En cuanto a las primeras, Marcos ponía mucha atención tomando

frases y extendiéndose en algunos casos, pero siempre le otorgaba un alto porcentaje de confianza a su memoria. Había aprendido que no era bueno tomar muchas notas, pues esto no le permitía dar riendas sueltas a su imaginación. Gracias a ella, lograba el ambiente en donde hacía encajar las experiencias de los demás con anécdotas de su vida privada. Cuando de reiteraciones se trataba, Marcos hacía unos trazos ilegibles sobre el papel, dos o tres rayas, pero no dejaba de poner atención a los relatos, pues, por conocimiento propio, había descubierto en más de una ocasión que las historias redundantes solían ser tan originales como las de primera mano. Y siempre terminaban aportando una versión distinta, bajo un mismo escenario, con idénticos protagonistas.

“El apellido Díaz provino de España, pero a falta de antecedentes más lejanos me ha sido imposible ubicar nuestro árbol genealógico. Es por ello que esta historia se inicia con la llegada de mi padre, Furtado Boniceto Axuaje, y uno que otro acontecimiento anterior de la familia de mi madre: Filomena, cuyo apellido era Díaz. Furtado y Filo, como la llamaron desde siempre en las reuniones familiares, se enamoraron tan solo al verse. Mi padre le llevaba unos quince años de diferencia, pero eso no melló en nada su relación. Cuando en la barriada le echaron en cara el contraste, respondió con su ironía y humor característico: Díganle eso a Renoir quien se casó con Aline Charigot, a la que le llevaba veinte primaveras lejanas”.

Para esa época, cuenta Marín en sus notas, ya Furtado

padre vivía de imprimir tarjetas de bautizo, avisos publicitarios y panfletos de los jóvenes dirigentes del recién fundado partido Acción Democrática. Los chicos imprimían cientos de folletos dedicados a cuestionar el gobierno del presidente Isaías Medina Angarita. Había contraído matrimonio con Filo y la felicidad era doble, pues, junto a él, se encontraban Erasmo y Jóvita, sus hermanos que habían llegado, recientemente, de París. Habían abordado a tiempo uno de los “barcos de la Esperanza” anclados en Hamburgo, pues ya a los alemanes, una vez invadida Bélgica, se les allanaba el camino para llegar a la ciudad de las luces. Cosa que hicieron a través de las Ardenas antes del 14 de junio, cuando la Wehrmacht ocupa París, para, en ocho días más tarde, firmar el armisticio en Rethondes. Los enamorados se casaron de improviso en el Tribunal Tercero en lo civil ante el Juez Tito Abel Ramírez. Se habían acercado a la institución para preguntar sobre los horarios en que se efectuaban los matrimonios y la secretaria le respondió:

–Hoy es el último día, porque, a partir de mañana, ese acto será atribución de las jefaturas civiles –y así, sin proponérselo, ambos contrayentes se vieron las caras como si estuviesen frente a un espejo, en donde cada uno de ellos se reflejaba en el rostro del otro, buscando confirmar, sin palabras, aquella decisión que los uniría para toda la vida. Entonces, Furtado improvisó.

–Bueno pues, para luego es tarde. Será hoy.

Ese mismo día, Filo cumplía la mayoría de edad, estipulada en 18 años para las mujeres y en 21 para los hombres. Sin una vestimenta adecuada para la ocasión, ambos contrayentes

firmaron el acta y se juraron amor eterno. Furtado y Filo no perdieron tiempo en procrear y sus hijos nacieron en seguidilla, atendiendo a la sapiencia del marido para quien saltarse los semáforos era una condición sine qua non a sus aventajados treinta años. De esta manera aludía a los pocos existentes de corte manual que detenían el tráfico en la Caracas de mediados de siglo. El primero en ver luz verde fuera del útero fue Zamudio. Aquiles le siguió de inmediato al encenderse la luz amarilla una vez destetado el hermano, y Furtadito llegó de tercero, bajo luz roja de emergencia. Los dos primeros nacieron en la recién inaugurada maternidad Concepción Palacios, mientras que el último, al buscar salir del vientre materno antes de tiempo, tuvo que ser atendido con sumos cuidados por la partera de la barriada, a quien los habitantes llamaban “Édora, la encantada”, pues el término “bruja” les parecía grosero y descortés para con su abnegada labor. Quizás por ser sietemesino, Furtado terminó siendo el consentido de Furtado Boniceto, así como cronista familiar de la barriada y depositario de todos sus cuentos.

“Mi padre llegó a Venezuela en 1938 y, luego de un año de penurias se instaló en un local que le alquilaron los Díaz. Se trataba de una tipografía en la cual los anteriores propietarios habían dejado abandonada una vieja Heidelberg y una Minerva de principios de siglo. Ambas máquinas sólo necesitaron una buena aceitada para comenzar a funcionar como en sus mejores tiempos. Él y mi madre tenían en común su virginidad pues nunca

antes habían tenido una conquista, ya que ella había pasado la mayor parte de su adolescencia en el internado de Las Hermanas de San José de Tarbes, donde se cultivó en bellas artes. El colegio, junto a la educación primaria, impartía la enseñanza del francés como segunda lengua y otorgaba a las alumnas un diploma en esa jerga. Como nadie entendía el idioma en el grupo familiar, Filo, mi madre, se valía del mismo para expresarle sus sentimientos a mi padre. Cosa, realizada a la distancia, permitida para las señoritas de la época, siempre y cuando estuviesen custodiadas por la chaperona designada para el oficio.

–Je t'aime, Furtí

–Moi aussi, Filó

A mí padre, por su parte, le había tocado trabajar duro en su adolescencia para pagarse los estudios en Madrid y, ya mayorcito, la vida artística lo había enamorado como ninguna otra mujer. Se ufanaba ante el abuelo mediante cartas de sus relaciones con los grandes intelectuales de la época, quienes cuestionaban con palabras la dictadura de Primo de Rivera. Palabras santas en algunos casos o hirientes en otros, pero palabras al fin. Cada una de ellas criticando duramente el golpe de Estado. De todo se contaban él y el abuelo, en aquellos escritos que se intercambiaban desde 1923 hasta 1930, cuando se encontraron en su Guipúzcoa natal, a la dimisión del dictador. Juntos vivirían la dictablanda de Dámaso Berenguer y juntos apoyarían las elecciones de 1931. Luego mi padre regresaría a Madrid y ya no se volverían a ver hasta 1936 en penosas circunstancias.

El abuelo había seguido de cerca la guerra de Marruecos

desde que las tropas españolas ocuparon la zona norte en 1919. Aquello le pareció siempre un acto criminal injustificable y, por alguna razón desconocida, se alegró cuando en 1921, el líder rifeño Abd-el-Krim derrotó al ejército español en Annual. En sus misivas a mi padre, el abuelo le explicaba que, el “desastre de Annual”, motivó una comisión investigadora parlamentaria y la redacción de un informe llamado “Expediente Picasso”; el mismo fue elaborado por el héroe de la guerra africana Juan Picasso González. En él se explicaba la situación del ejército en Marruecos y las responsabilidades de la derrota. Una dura crítica al régimen político, que llegaba a oídos del rey Alfonso XIII. En el informe se culpaba a Dámaso Berenguer por aquella derrota.

Contaba mi padre que el humor y la ironía del abuelo, particularidad heredada por él con mayor agudeza, le llevaba a buscar similitudes con los apellidos de sus amigos y conocidos de bohemia. Aunque en esta oportunidad, la había pegado de cajón, pues en uno de esos encuentros poco frecuentes con Pablo Picasso, a quien le anteponían el Don como título de dignidad (y también por la gracia divina otorgada para el manejo de los pinceles), en ocasión de un congresillo de intelectuales en Barcelona, se le ocurrió preguntarle acerca de este militar, quien resultó ser el tío segundo del pintor. Esto llevó a mi padre a usar su humor negro y agregó: “Caramba Don Pablo, usar ese Picasso siendo Ruiz, ¿no le parece un acto oportunista ante la actual coyuntura? Evidente que dicho comentario le traería problemas. Y aunque el cambio, al parecer, no implicaba un rechazo al apellido paterno, sino más bien al deseo de distinguirse como personaje, a mi padre esto más bien siempre le pareció un

subterfugio de quienes buscan indulgencia con escapulario ajeno.

Ya estaban en la tercera ronda y el bar comenzaba a vaciarse para dejar apenas a unos pocos parroquianos quienes, o bien se habían tomado la tarde libre, o simplemente eran jubilados de alguna institución gubernamental. Era el momento esperado por ambos hombres para reiniciar la conversa, pues desde su llegada hasta aun pasadas las horas de los almuerzos, se hacía imposible cruzar palabras. Sin embargo, aprovechaban para ir calentando el buche a fuerza de tragos, mientras se deleitaban con la algarabía y el movimiento de clientes y mesoneros, cuyos platos y bandejas cabriolaban de un lado al otro del local para complacer los más inusuales pedidos: precisamente los inexistentes en el menú del día. Gambas, pulpo a la gallega, callos a la madrileña, cocido, sardinas asadas, chipirones... En el menú se hablaba de arepitas con nata, pabellón criollo, asado negro, polvorosa de pollo. Manjares nada atractivos para los parroquianos habituales.

—Entre todos los relatos de mi padre, hubo uno del cual nunca estuve muy seguro de ser verdadero —dijo el cuentista, beneficiándose del silencio ahora dueño del lugar, una vez pasada la marabunta.

Se trataba de una supuesta relación amorosa de su padre con una tal Marie-Thérèse Walter, quien pudo haber sido su primera conquista. Esto, de no haberse entrometido Don Pablo Picasso.

—Mi padre se la había presentado a principios de 1925 en la Estación de París Saint-Lazare y luego de eso no supo más de ella. Aquel tropiezo le causó una enorme tristeza hasta que le mencionaron la supuesta relación de Marie-Thérèse como “su modelo preferida” del artista en varios retratos de naturaleza monocromos. Hasta allí llegó el desconsuelo. Mi padre transformó su amor en odio, de una sola pincelada.

—Aquellos retratos eran parte del período curvilíneo de Picasso. En estos se combinaban las superficies sinuosas de cuerpos desnudos con líneas del cubismo decorativo —expresó Furtado, apelando a sus conocimientos en la materia, y, antes de que se convirtiese el encuentro matutino en una clase magistral entre los períodos Duquesa y Vallauris, Marcos sugirió dejar la tertulia para el día siguiente pues, en esta oportunidad, quería llegar temprano a casa para poner en orden algunas notas bastante adelantadas hasta el momento. Ante tal apremio, Furtado lo disculpó y exigiendo el trago de la casa, se dirigió al mesero. Luego, haciendo un gesto con el dedo gordo de la mano en alusión a su compañero, soltó

—Uno solo, que éste no va pal baile.

Llegando a casa, Marcos se dirigió directo a la cocina. Extrajo una cerveza del refrigerador y se la bebió casi sin aliento. Había caminado varias cuadras en medio de las colas infinitas de vehículos respirando monóxido de carbono y soportando el terrible

rugir de cientos de tubos de escape. En esta oportunidad no tomó el Metro y anduvo a pie las cinco cuadras que lo separaban de su edificio. Satisfecho, se sirvió la segunda, esta vez en una de las jarras previstas para los invitados y se dirigió al balcón, dejando por el camino zapatos, chaqueta y corbata, hasta quedar con la camisa desabotonada a la altura del ombligo. Desde allí contempló la ciudad con irritación. Quiso encender un cigarrillo, pero se negó a sucumbir a ese canto de sirenas. Hacía meses los había dejado y no pensaba caer en el vicio, aunque los mismos, siempre permanecían sobre la mesa del comedor, sometándolo a una prueba constante, e intentando quebrar su débil voluntad. Era un reto diario y en esta oportunidad, de nuevo, lograba vencer ese peligro latente, cautivante y tentador para un ser abierto a todos los vicios. La marihuana lo sedujo en la secundaria, los hongos alucinantes y el sexo, cursando sus estudios universitarios, y el alcohol, así como el cigarrillo, ejerciendo la profesión. Giró sobre sus talones, Rosalba aun no llegaba, y se dirigió al estudio. Frente a la puerta contempló su afiche y el hígado le exigió una dosis más de alcohol. Entonces regreso a la cocina, se sirvió un trago y, de vuelta al estudio, ordenó algunos folios de los cuadernillos y leyó:

“...Eran anécdotas compartidas a través de cartas manuscritas entre padre e hijo. Debido a ellas, mi padre aprendía cada vez más de los intrínquilis de la historia política contemporánea. Entre los tantos envíos recordaba algunos cuentos de las travesías del abuelo Furtado. En uno de ellos mencionaba al militar Miguel

Primo de Rivera, cuando sublevado, pareció apoyar el llamado sano regionalismo, tanto, que llegó a encargar, pocos días después del golpe de Estado a las diputaciones forales vascas, la redacción de un proyecto de Estatuto para ser presentado a finales de diciembre de 1923. Pero la Diputación Foral de Vizcaya, dominada por la Liga de Acción Monárquica, se opuso a la de Guipúzcoa y el mismo fue abandonado. Furtado Erasmo, para el momento militaba en la “Comunión Nacionalista Vasca”. Lo hacía desde la época de su fundación por Sabino Arana...

Saltándose unas frases ilegibles (ya le preguntaría a Furtado), continuó su labor de darle coherencia a los datos contenidos en aquellas páginas llenas de historia. Era viernes. El lunes lo sometería a su consideración.

...” El 13 de enero de 1924, Primo de Rivera decretaba la disolución de las diputaciones provinciales a excepción de las forales del País Vasco y de Navarra, como ya había hecho con los ayuntamientos tres meses antes. Los gobernadores, en su mayoría militares, quedaron encargados de nombrar a sus miembros entre los profesionales liberales, mayores contribuyentes y directivos de sociedades culturales, industriales y profesionales. Asimismo, las nuevas diputaciones debían informar de los problemas de funcionamiento que detectaran y proponer los remedios.

Dos grandes acontecimientos ocurrieron para 1925, según el abuelo. Uno fue el cambio del Directorio militar al civil que terminó siendo una especie de canto a la bandera, pues la Constitución permaneció suspendida. Y el otro, el segundo, fue el desembarco de Alhucemas, la acción militar española, ejecutada

el 8 de septiembre, que acabó con las intermitentes guerras de Marruecos”.

Luego de aquella charla en plena barra, en uno de los tantos arrabales que los cobijaba en horas meridianas, Marcos seguía pensando en las ocurrencias del viejo y las coincidencias con aquellos personajes de siglos que alegremente, sin ningún pudor, había mencionado como tradición familiar. ¿Sería cierto... o, el viejo, amante de la superchería cuando niño, se había inventado toda esa historia?... ¿Se le habría ocurrido antes, o ahora, en su momento de decadencia para llamar la atención? No, eso no era posible porque las referencias aparecían en los añejos cuadernillos, casi hechos trizas por la exposición al incesante manoseo.

–Estamos en el bar de tu tía... ¿No? ¿el Guernica?

–Era... Porque antes se llamó el Batasuna –respondió Furtado con conocimiento de causa–...El restaurante lo inició la tía Jóvita en sociedad con Edelmira Loureira, quien era natural de la Coruña. Ahora pertenece a la señora Mari Sáenz, su hija, y a su marido Eugenio, quienes empezaron a trabajar aquí desde adolescentes, y a quien mi tía finalmente les vendió el local en vista de su regreso a España, luego de más de cuarenta años sin tocar tierra nativa. Ni siquiera se le ocurrió con la muerte del Generalísimo...Ni con la llegada del socialismo de la mano de Felipe González. Para ella, Venezuela era más patria que la misma

España. El cáncer la tomo desprevenida y decidió que iba a ser enterrada en el cementerio en donde se encontraban los abuelos...

El Bar y Restaurant Guernica era el lugar preferido de Furtado cuando lo administraba la tía Jóvita Axuaje (conocida como la Maga cuando formaba parte del Maquis, una guerrilla que intentaba hacerle la vida imposible a Franco) y, luego de la venta, no pudo dejar de seguir yendo, y ocupando la misma butaca, y el mismo rincón, como un fantasma sumido en los recuerdos y las nostalgias. Marcos disfrutó del local por algunas cuantas semanas, hasta ese día, cuando el viejo le propuso.

–Huyamos hacia “El Moderno” que aquí...

Marcos no lo contradijo y, chocando vasos, brindaron por el pase a un suburbio más barato.

–Usted paga y yo lo sigo –dijo Marcos, en tono obediente.

Según Furtado Azuaje, la tía Begoña pudo haber sido excelente en el ring, si para la época, el boxeo no hubiese sido un deporte exclusivamente para hombres

–Fue ella quien le enseñó al tío Benito a utilizar la diestra como defensa letal. Tres ganchos de izquierda –decía– y luego un contundente derechazo al mentón derrumba de inmediato a cuanto rival se atreviese a desafiarlo. La tía tuvo como ídolo al boxeador venezolano José Luis García, quien, si bien no era el hijo desaparecido de Eudoro, podía ser entonces uno de los tantos que se quedaron en la larga travesía que hizo desde el centro del país hasta la capital, esto antes de establecerse en la barriada. Era una

teoría que a los parroquianos se les metió en la cabeza pues, a diferencia de los muchos otros García, este lucía fuerte y resistente como una mole. Gracias a esa capacidad llegó tan lejos, aupado por la tía Begoña.

—Desde que lo observó haciendo finta con su sombra, en las mañanas de un agosto perdido en mí memoria, —comentó Furtado— se le puso que entrenándolo podía llegar a ser campeón en el rin.

—Begoña, según me contaba mi padre —agrega el retratista— era una ferviente fanática del boxeo y viendo al joven García entrenar en solitario, muy bueno para las peleas callejeras, lo adoptó como a un hijo, obligándolo a trabajar muy duro hasta hacerle entender su vocación como deportista en una disciplina nada envidiable. Luego, cuando apenas se hizo mayor de edad, lo mandó directo al Instituto Nacional de Deportes y allí se curtió con otros aventajados pugilistas.

Contaba Furtado que una de las tantas anécdotas de la tía Begoña tuvo lugar en el Nuevo Circo de Caracas cuando, por primera vez, se atrevió a colarse entre la multitud para contemplar el espectáculo, a doce asaltos, entre Sonny León y el panaquireño Juan Díaz quienes competían por el campeonato nacional de peso pluma. Al parecer, Begoña se desplazaba por la recién inaugurada avenida Lecuna, cuando divisó el cartel a lo lejos en donde se anunciaba la pelea para ese sábado. El apellido Díaz, le saltó a la vista y se dijo para sí misma: “Ya sabía yo que esta gracia mía no era de gratis”.

Al penetrar a la gradería no dudó en apostar a favor del

apellido. El chico probablemente era miembro de los Díaz enrolados en el plan patrocinado por el Ministerio de Obras Públicas. Ese del cual ella tuvo conciencia cuando el abuelo Homero estuvo a punto de disgregar a la familia en momentos de hambruna, lo que suponía irse lejos, por esas carreteras de tierras baldías, a construir un nuevo país carente en todo su territorio de infraestructuras. Según las crónicas deportivas del momento, ya los dos contendientes se habían enfrentado en un par de ocasiones. En ambas, Sonny León había logrado imponerse por decisión, cosa que, al parecer de los críticos, había sido un latrocinio de los jueces. En esa tercera ocasión, Díaz pierde la pelea por ko en el séptimo asalto, luego de haber caído en dos oportunidades en el sexto. Una vez tomada la decisión, Sonny León enarbola el trofeo como campeón nacional de peso pluma. Esto enfureció a Begoña, quien, a la salida del redondel, se desquitó la rabieta con un espectador, algo pasado de tragos, que osó faltarle el respeto llamándola marimacha. El ko fue fulminante y cuando en la barriada se enteraron de su atrevimiento, comenzaron a llamarla “Begoña la tira coñazos”.

Luis García, su pupilo, terminó como peso pesado e incluso le hizo perder el invicto a Ken Norton, el 2 de julio de 1970 en los Ángeles. Lo dejó largo a largo en la lona, luego de un contundente rechazazo al mentón. En una crónica de un diario caraqueño, el experto en estas lides, don Simón Piña, escribió: *“Fue campeón del mundo, aunque a medias, y cerró su actuación en la disciplina con marca de 42 victorias y apenas siete reveses... En el enfrentamiento con Ken Norton, nuestro criollo, Luis García, se “fajó” desde la campanada inicial. Cambió golpes sin*

dar un paso atrás, y terminó por demoler al hasta entonces jamás vencido por la vía del nocaut técnico, en el asalto número ocho”.

La tía Begoña moriría de pesar en la década de los ochenta, impactada por una tragedia familiar ocurrida en el río Orinoco, ese tentáculo gigantesco de agua que surca el Amazonas, en donde murieron algunos de sus familiares cercanos, quienes eran miembros de un afamado grupo musical en rebeldía nacido en la barriada. En vida, para ella, García siempre sería su campeón mundial y siempre comentaría las habilidades de aquel muchacho de la calle que deambulaba haciendo “sombra”, por los callejones de aquella barriada copada de Díaz, García y Azuaje.

“En cuanto a la tía Ortubia... –narra el joven Azuaje en su desplegable cuadernillo—. La pasión por las piedras le vino luego de un derrumbe de lodo y escombros que se llevó parte de la casa donde habitaba. Permaneció enterrada por horas, apenas respirando a través de un poste de luz, colocado en forma horizontal, entre la trinchera y el mundo exterior. Era una niña de apenas tres años, cuando fue sorprendida por la avalancha, mientras chapoteaba dentro de una bañera de peltre, al compás del aguacero que caía en forma copiosa, como si el mundo se fuera a acabar para siempre. A los gritos de mi abuela, acudieron los vecinos y entre todos cavaron en su búsqueda, aunque ya la daban por muerta. Fueron horas de angustia hasta la llegada de los socorristas, quienes con apremio tomaron la jefatura del rescate. El trabajo de escavar la tierra debía hacerse con sumo cuidado, sin usar maquinaria pesada, para evitar desguazar a la pequeña. Durante todo ese tiempo sólo se oía el chasquido de las palas, soltando chispas de candela al chocar con las rocas de

cuarzo citrino. Así, como los lamentos de los familiares y amigos compungidos por la tragedia. Entonces, sucedió el milagro. En medio de los murmullos, un vecino creyó escuchar un sonido metálico a lo lejos. El ruido se colaba a través del tubo desplomado. Era como si alguien lo golpeará al otro extremo con algún objeto contundente. El utensilio resultó ser un par de sólidas piedras que la niña bien tuvo en su haber. Inmediatamente se dio la voz de alerta y los socorristas, siguiendo la dirección del poste con sus enredijos de cables eléctricos, ubicaron en lapsos de minutos a la pequeña con apenas un par de raspones en sus rodillitas. ¡¡¡Milagro!!! ¡¡¡Milagro!! Gritaron los asistentes. ¡¡¡Alabado sea Dios!!! Desde ese momento, Ortubia quedó unguida por la bendición divina, inmaculada y venerada por todos los presentes en el portento, el prodigio de la resurrección de una virgen. El corrillo de la beata se perpetuó por muchos años mientras el barrio fue creciendo desmedidamente, multiplicándose en casas y rancheríos improvisados. Las invasiones iban y venían hasta que arrasaron con los almendrones, los eucaliptos y los pinos majestuosos que monopolizaban toda la serranía. Sólo el monumento de la beata se mantuvo intacto, inmune a la rapiña. Para Ortubia, aquella sentencia la constriñó a ser pura de hombres mientras la naturaleza se desvanecía y a morir en la castidad, cual doncella rutilante”.

—Hoy en día la siguen venerando en la barriada...—exclama sonriente y en tono de burla Furtado—...Forma parte de la “Corte malandra” Y no es que yo crea en brujas, pero de que vuelan, vuelan.

Las mellizas Díaz contrajeron matrimonio con dos hermanos que eran hijos de portugueses y provenían de la isla de Madeira. Apenas instalados no perdieron oportunidad para montar la primera panadería de la barriada. La llamaron “El Trigal de Madeira”, no faltaba más. Y, por supuesto, tanto Hortensia como Sebastiana utilizaron sus dotes especiales para combinar azúcares y harinas, creando soberbios pasteles decorados con frutas tropicales, que hacían de las delicias de chicos y grandes. La fama las alcanzó unos años después al inventar los famosos golfeados con papelón, combinados con queso de mano. Al no patentar el producto, algún timador de oficio debe haberles robado la receta, y con el tiempo pasaron a llamarse, nadie jamás supo el por qué, “los famosos golfeados de Los Teques”, en alusión a la capital del Estado Miranda. El panecillo también se vendía en forma idéntica en otras regiones y poblados, como el Junquito o el Hatillo. Unos años más tarde, se siguió ofreciendo incluso en el Amazonas, bajo el mismo lema.

De los varones, solamente Benito Díaz logró procrear tres vástagos, luego de preñar en circunstancias no muy claras, a Gimena Saldivia. Una bestia de mujer proveniente de la costa mirandina, quien era poseedora de una sandunga de tambores, capaz de volver locos a los solteros más empedernidos de la barriada. La negra acaparaba las miradas de todos los chicos del sector, gracias a su exuberancia y a esa manera de hablar con la

“L” en sustitución de la “R” y a rechazar la “S” en cada una de sus palabras. “Eta cosa no me guta pa naaa” decía cuando le ofrecían los menjurjes preparados en las fiestas de fines de semana para celebrar cualquier cosa inventada por los Díaz, los García, o los Azuaje... “Pero se deja coláaaa”. Benito Díaz había conquistado a la negrita sandunguera de un soplo y de allí en adelante le nació el apodo de “Pichón”, del cual no se pudo deshacer hasta el día de su entierro.

—Tuvieron tres hijos y Germán, el primero de mis primos, nació con una tipología diferente a los otros dos. Esto llevó al curita del barrio, en pleno bautizo, a hacer un comentario nada agradable para Pichón quien aguanto la ira de puro milagro.

—Este niño no guarda parecido con nadie.

Así, a punto de que, le fueran voladas las muelas a puñetazos, el clérigo aclaró que no siempre el color de la piel de los hijos ni su físico, concordaba con el de los padres. Y esto era debido a las llamadas cuatro generaciones principales, que conformaban la “mixture” venezolana.

—¿Entonces? —exigió Pichón la explicación pertinente, pensando en la imbecilidad del beato y en el desacierto de su hermano Erandio al haber dejado a este padre como sustituto en la parroquia.

—Pues...—acotó el curita—...A todas luces de la genética hereditaria; los hijos entre europeo e india, tienen como destino salir mestizo, esto significa una herencia de dos cuartos de cada progenitor.

La aclaratoria la hizo buscando en español las palabras precisas para evitar malos entendidos. Había llegado hacía poco de la Baja Sajonia, luego de cursar estudios en una diócesis siciliana. La curia le había asignado la parroquia, gracias a sus estudios acerca de “La Santuzza de Palermo”, pues su tesis, mientras estuvo en el seminario, había sido alabada por el obispado en vista de que, habiendo dejado sus pestañas en la biblioteca del Vaticano, el joven seminarista lograba anular de modo inequívoco, todo intento científico de negar los restos de la Santa; osamenta encontrada en una oscura gruta a las afueras de la ciudad italiana por un humilde braconiere, unos cuatro siglos y medio después de su desaparición. Debido al currículum y a los humos subidos del sacerdote, la Curia, para evitar que cayera en pecado venial, decidió confinarlo al otro lado del continente y aquí de inmediato, luego del telegrama respectivo, se le asignó el barrio de Marín.

—De la mezcla entre europeo y mestiza —continuó el prelado— salen cuarterones y esto conlleva a una cuarta parte de india. Pero si el europeo y la cuarterona se ligan, darán entonces una herencia ochavona.

Con una modestia fingida y una falsa humildad a flor de piel buscando ganarse a la concurrencia, intentó conciliarse con la familia pidiendo disculpas porque aún no manejaba muy bien el idioma. Y entonces agregó:

—Si la simbiosis del blanco se produce con una ochavona, la generación será puchuela y la descendencia será complacida con una piel tan blanca como la pureza misma.

Dicho esto, salió raudo y veloz hacia el callejón más

cercano, sin aclarar la genética de los “Tente en pie” y los “Salto atrás”, pues no estaba muy seguro de llegar a salvo si al tal Pichón se le ocurría hacer una analogía entre los colores de la piel y la mentada raza superior, muy en boga para aquellos tiempos en el continente europeo.

—Esto no se lo esperaba el tío Pichón...—aclaró Furtado— ... Y no hubo forma ni manera de ocultarlo. Pero ciertamente, con los años, en toda la barriada se tejió el rumor de que esa negra sandunguera, le montaba los cuernos durante el día, mientras él despachaba en el mercado desde tempranas horas de la mañana.

Las hijas de las morochas Hortensia y Sebastiana habían salido morenas, tirando a negritas, con las mechas alambradas y, en este caso, sí se cumplió una de las versiones expuestas por el curita alemán de la parroquia. Sin embargo, los hermanos procedentes de Madeira, no tuvieron ninguna duda respecto a su descendencia. En contraste con sus hermanas, los varones Sergio y Erandio Díaz no procrearon y la razón era evidente. El primero dedicó toda su vida a enfrentarse a sementales cerriles e indómitos, montaraces e indomables en los cosos de Venezuela, Méjico, Guayaquil y España.

—Un torero no podía darse el lujo de enamorarse ante el riesgo de morir y dejar a la familia en desolación —era una de las tantas afirmaciones reiteradas de Furtado Azuaje, cuando hablaba sobre el tema— ...Le ocurrió al Morenito de Valencia, quien pereció de una cornada en la plaza de Guayaquil. Lo mismo le sucedió al Carnicerito de Méjico, en plena arena de Villavicencio.

—Tú no habías nacido aún, Marquito, y... como no conoces

nada al respecto, entre tantas calamidades padecidas por esos hombres de temple y nervios cojonudos, los que adoramos este arte recordamos siempre el caso de Manolete, cuyo deceso se produjo a consecuencia de una cornada en pleno pecho, por un toro “islero de la ganadería de Miura, en la plaza de Linares en Jaenz. La profunda herida ocasionada por la bestia al entrar al ruedo, lo convirtió en un mito en la España de la posguerra. Te lo iba comentar en aquella oportunidad, cuando te vi entrar al bar, pero ante tu mal humor, me hice el polaco.

Marcos recordó aquel instante y le confesó su vergüenza por la espantosa respuesta que le había dado.

—Mira toda la historia que me hubiera perdido, si usted no hubiese sido tan amable —se excusaba Marcos, juntando las palmas de las manos sobre su pecho.

Curioso sonaba el caso de Erandio Díaz, pues la castidad jamás le disminuyó el deseo entre las piernas, y ni la sotana que usaba en la iglesia los domingos de misa le impidió ciertas conquistas camufladas. Afortunadamente nunca se supo de alguna hembra preñada entre sus tantos escarceos, aventurillas a la romana durante su estadía en la Santa Sede. Desde muy joven, Erandito siempre fue un completo Don Juan. Con sólo una mirada, sin contar su especial donaire como pico de plata insigne, lograba que a las chicas de la barriada se les bajaran las medias e incluso otras prendas íntimas sin mucho esfuerzo, cuando se pavoneaba con humildad disimulada por las cuerdas del vecindario. Prendas que terminaban ocultas en los bolsillos de su gabardina, llenando de vergüenza a la abuela Confelia, quien con

toda discreción las lanzaba a los baldes de basura envueltas en papel periódico. Una vez integrado al seminario, las mujeres no lo podían creer. Tremendo desperdicio, cómo era posible. De dónde habrá sacado aquella idea. Un cuerpo tan varonil ahora oculto debajo de una sotana. Opiniones diversas surgían en medio de la algarabía, del escándalo. Como seminarista no había perdido aún la costumbre y solía deshacerse del alzacuello, cada fin de semana, para galantearse ante las chicas mientras deambulaban por los alrededores de la urbanización El Conde. Una vez avanzado en sus estudios clericales, abrazó el celibato y si alguna vez repitió sus escarceos juveniles, nada de eso llegó a oídas de la barriada.

En aquel período del gobierno de Isaías Medina Angarita... –Escribía Marcos Marín–...Quienes no andaban metidos en política la pasaban “ex corde” o a “ex toto corde inpraesenti”, tal cual afirmaba el cura Erandio Díaz en su homilía de los domingos. Los patiquines de esquina, a las primeras sombras de la tarde, se paseaban a diario por las plazas públicas bajo una postura solemne y aristocrática, como dandis en figoneo descarado ante el coqueteo de las mozas. Los fines de semana lo dedicaban a las salas de teatro para deleitarse con lo mejor del cine mejicano en su “época de oro”. Por ello, no era de extrañar que la barriada se llenara de “extranjeros”, pues se acababa de inaugurar el cine Alameda, y el blanco y negro copaba la gran pantalla con actores de la calidad de Pedro Armendáriz y Dolores del Río.

Como la oportunidad la pintaban calva, todas las vírgenes de la parroquia lucían sus mejores galas. La idea era ligar con alguno de esos jóvenes patiquines del lado norte que les permitiera salir de abajo y ascender en la escala social, con sólo atravesar el río Guaire de una ribera a la otra.

El cine Alameda era el gran centro de inclusión social en San Agustín independientemente de si los espectadores pagaban su estadía en la parte superior o en el recinto inferior. La excusa habitual, de quienes terminaban en el balcón, era la del agotamiento de la boletería en la parte baja. Y no sin razón, pues los más pobres intentaban llegar un poco tarde a la función para entrar una vez iniciado los cortos, con el fin de pasar desapercibidos ante los visitantes más acaudalados. Los filmes más destacados en la cartelera eran aquellos protagonizados por Pedro Infante y Jorge Negrete. Las salas se llenaban hasta más no poder y el público se peleaba por agarrar los mejores puestos. Con el rodaje de “Nosotros los pobres”, fue tal el motín que se requirió la intervención de la fuerza policial para apaciguar los ánimos. La cinta se exhibió por espacio de un mes, con el fin de darle oportunidad a todo el público a llorar junto a Pedro Infante en su papel de un hombre de pueblo, cuyo hijo enfermizo lo obliga a mendigar, haciendo de payaso en la vía pública para poder comprarle los remedios requeridos para su enfermedad. Negrete, por su parte, era el galán de las féminas y en “Los tres alegres compadres” ellas, las chicas de la barriada, se identificaban con el personaje de “Diana”, interpretado por la actriz mejicana Rebeca Iturbide, mujer de garra que luego de llevar a cabo un robo en los Estados Unidos, cruzaba la frontera hacia México para encontrarse

en la provincia de Magdalena con Juan, Pancho y Baldomero; tres vivianes muy parecidos a los venezolanos, quienes, fingiendo no conocerse, estafaban a sus rivales jugando a las cartas. Era todo un clásico en donde los celos entre amigos coincidían a plenitud con los chicos de la barriada

Por supuesto, en este ambiente, ninguno de los Díaz desaprovechaba la oportunidad para codearse con un público distinto, fanáticos llegados desde las barriadas más insólitas, persuadidos por la cartelera cinematográfica. El cine era un centro de inclusión en donde coincidían todas las clases sociales, unidos o divididos por los precios y por los horarios establecidos en sus cinco funciones diarias; vermú, matiné, vespertina, inter y noche. El mejor ejemplo de integración, lo protagonizó Mario Moreno, Cantinflas, con sus películas llenas de humor y su típica manera de hablar, unas veces para atrás y otras para adelante, frases y oraciones que dejaban en ascuas a todos los espectadores. A las funciones asistían tanto los “acomodados” como los “desacomodados”, los cristianos y los evangélicos, los demócratas y los comunistas; quienes no perdían oportunidad para lanzar sus teorías acerca del proletariado y la lucha de clases. También los Díaz a secas, los Azuaje- Díaz y los Azuaje a secas; los García a secas, y los Díaz- Saldivia, así como los Coutinhos Díaz y los Coutinhos a secas.

En la pantalla grande, en opinión de los expertos cinéfilos, no sucedía lo mismo con Adalberto Martínez apodado el “Resortes” y con Antonio Espino, cuyo sobrenombre popular era “Clavillazo”. Tampoco con Viruta y Capulina, personajes destinados más bien a un público sencillo, más campechano e

ingenuo. En el intermedio de estos dos bandos estaba Germán Valdez, quien actuando en el papel de “Tintán”, se distinguió al lado de su carnal, Marcelo Chávez, y de Fanny Kaufman, la llamada flaca Vitola. Con sus presentaciones prácticamente acapararon todas las salas de cine de la pequeña Caracas.

Una de las cintas que dio origen a la polémica por su contenido social fue “El rey del barrio”, una divertida parodia del melodrama mejicano bajo el mismo ambiente “arrabalero” de “Nosotros los pobres”, pero en versión humorística. En este filme, el humilde ferrocarrilero, Tintán, evoluciona en diversos personajes que van desde un pintor francés, pasando por un mafioso de Chicago, hasta un bailaror de flamenco y profesor italiano de canto, sin descolocar al personaje del contexto de un barrio típico de la ciudad Mejicana.

Revisando párrafos para engrosar la novela y rebuscando material en las bibliotecas sobre el auge de Germán Valdez en el cine mejicano, Marcos Marín encuentra una vieja reseña en un periódico de la época, y no duda en utilizarla en su ensayo: *“Poseedor de una gran inventiva y de un excelente sentido del ritmo cinematográfico, Tintán se perfila desde su debut, como una alternativa fresca y moderna en el panorama de la comedia cinematográfica mexicana. Alejado del didactismo Cantinflérico, a partir de su consolidación como estrella, Tintán ha logrado convertirse en poco tiempo, en la perfecta antítesis del “cómico de la gabardina”.*

La influencia del cine mejicano tocó a los Díaz, como a ninguna otra familia de la barriada. El primer hijo de Pichón se

llamó Germán en honor a Tintán. Al segundo le puso Marcelo y, al tercero, lo registró como Mario Moreno, en ofrenda a Cantinflas, creándole un problemón al muchacho en la escuelita primaria, porque nadie entendía, ni las mismas maestras, que el “Moreno” era parte de un nombre completo y no un apellido paterno.

Las morochas vivían peleándose por los apelativos pues coincidían en simpatía con los mismos actores mejicanos. Por ello, a la llegada de sus primeras hijas, las cuales abrían los ojos al mundo cada doce meses con diferencia de horas, se armó una competencia sin parangón alguno en el seno familiar. Hortensia, acabando de parir, tomó la delantera por minutos dejando a Sebastiana en la estacada, y registró a su primera hija con el nombre de Petra Juana. De esta manera homenajeara a Pedro Infante. La hermana, muerta de la rabia, se desquitó nombrando a la suya María, ya que acababa de ver a María Félix en “Doña Bárbara”, la célebre novela de Rómulo Gallegos llevada a la pantalla grande. En los meses subsiguientes, mientras la pequeña iba creciendo, dedicaba horas mortificando a su morocha, en una especie de juego candoroso e infantil, con la canción “María Bonita” de Agustín Lara, el glorioso “flaco de oro”. Aquella travesura de las morochas se había iniciado durante sus embarazos, cuando ambas mujeres no se perdían una función vespertina en el cine Alameda. La revancha le llegó a Hortensia con su segunda hija, a quien le puso Luisa, pues, según su versión, si hubiese sido varón le habría puesto Luis, por Luis Aguilar, luego de ver su actuación en “Sota, caballo y Rey”. Ante tal provocación, Sebastiana optó por el nombre de Yolanda, ya que su segunda niña, desde el quinto mes de gestación, no cesaba de mover las caderas dentro de su vientre.

Cadencia rumbera que haría famosa a la Tongolele, aquel portento de mujer, quien, en blanco y negro, competía en la pantalla grande con Oilda López, menos famosa, pero más veterana en estas lides por la sangre cubana que circulaba por sus venas. Mira tú. Con la tercera, ambas no tuvieron muchos contratiempos y Hortensia decidió bautizarla como Libertad, luego de ver a la Lamarque junto a Agustín Irusta en la primera y única película argentina que se exhibió en el Alameda, titulada Eclipse de sol, la cual estuvo dirigida por Luis Saslavsky sobre el guion de Homero Manzi. Quedó cautivada con su voz de gorrión y su figura señorial. Sebastiana, por su lado, para moverle el piso a la hermana, se fue directo a la jefatura y al estampar su firma en el libro de partidas de nacimiento, llamó a la suya Carla Gardelina en homenaje a Carlos Gardel. Y así, entre los “Besos brujos” escrita por Alfredo Malerba, interpretado maravillosamente por Libertad Lamarque y “El día que me quieras” de Alfredo Le Pera, vocalizada por el glorioso “Morocho del Abasto”, ambas se careaban a diario, como si estuvieran disputándose algún amor en una pelea de gallos, tal cual como ocurría con los filmes rancheros del cine mejicano.

“El Alameda en esa década, se convirtió en uno de los locales de recreación más importante de la capital. Fueron varios los actores mejicanos que se lucieron en su tablado puesto que, paralelo a las películas, también funcionaba como anfiteatro. En el imaginario popular nunca se supo si ciertamente en su interior se presentaron en persona los actores Jorge Negrete, Pedro Infante, Celia Cruz, Julián Soler y el Rey del Yoyo, entre otras personalidades; incluso se cuenta que la bailarina Oilda López se quedó en Venezuela luego de una gira magistral que la llevó a

contraer matrimonio con un prestigioso empresario amante del hipismo. Todo eso no de extrañar pues, una vez regado un rumor por generaciones, este suele convertirse en una verdad absoluta. La duda persistirá mientras los personajes antediluvianos de la barriada posean recuerdos ambiguos al respecto. Sin embargo, aun especulando acerca de aquellos acontecimientos –escribía Marcos Marín– no es infame tomarlos como verdaderos, si asumimos que la imaginación misma vive haciendo de las suyas, cuando la realidad se presenta colmada de ilusiones”.

La mención del cine Alameda le dio pie al novelista para indagar un poco más por cuenta propia la historia de la parroquia. Así se entera que de las 22 entidades caraqueñas, existentes entre 1936 y 1960 (hoy en día la Gran Caracas ocupa parte del Estado Miranda y las parroquias se han extendido a 32), doce de ellas se desarrollaron bajo nombres solemnemente religiosos. En el caso de San Agustín, la barriada de los García, los Díaz y los Azuaje, no podía ser de otra manera. Aquello resultó ser todo un misterio como el de la actuación en persona de los grandes actores del cine mejicano en el Alameda. Lo que sí quedaba claro, según documentos de la Diócesis de Santa Rosalía Inmaculada, venerada por ricos, pobres, inmundos y avaros... fue el ejecútese del decreto del presidente Eleazar López Contreras, emitido el 21 de diciembre de 1936 convirtiendo la comarca en parroquia. El fundamento de su existencia era la virgen de Palermo, a quien se le rendía culto por haber sido ella quien habría resguardado a los pobladores de contraer la peste negra que azotaba la Europa del 1624.

Mientras esto ocurría en la Venezuela rural, –garabatea Marín– La brigada voluntaria de camisas negras de Mussolini

combatía en España a favor de las tropas de Francisco Franco. Al principio del conflicto, las fuerzas nacionalistas, mejor preparadas, se situaron en el protectorado español de Marruecos y en las islas Canarias. Los voluntarios ocupaban en un primer momento Pamplona, Zaragoza, Oviedo, Salamanca, Ávila, Segovia y Cádiz. Precisamente en este grupo, se encontraba el soldado Giuseppe Lamotta, un joven partisano, hijo de un maggiordomo de terratenientes, de mala conducta, estafador y perverso. Un chico con mucho resentimiento hacia su propia clase social. En el campo donde trabajaba era el soplón de la familia Cappecci. Por esta condición lo elevaron de rango y lo nombraron caposquadra en la hacienda donde el olivo crecía hasta en las piedras. Las primeras operaciones estrictamente de combate en las que participaron los italianos fueron las de Mallorca en octubre de 1936. Hasta allí, siempre dejándose ver por los superiores, pero jamás por los de su mismo rango, fingiéndose muerto para no enfrentar al enemigo, llegó Giuseppe. Se le vio ascendido a jefe de comando en Cádiz, para luego desaparecer milagrosamente en la llamada batalla de Guadalajara. El comandante Roatta gritó “italianos a las baionetas” y la mayoría entendió ¡Italianos a las furgonetas! y fue un desastre para el Corpo Truppe Volontarie, dada la poca valentía de sus efectivos, que, desde ese momento, ya no participarían más en la dirección de acciones de esta envergadura, limitándose a apoyar al ejército nacionalista, a fuerza de telescopio, desde la lejanía. De Giuseppe, lo último conocido vino de un testimonio de un soldado italiano, quien creyó verlo cuando en Guadalajara huía despavorido en una motoneta Gilera de baja cilindrada. Desde entonces se le dio por caído en acción y si las fuerzas del eje

hubiesen ganado la guerra, probablemente lo habrían condecorado como héroe de la Italia fascista. En Venezuela adoptó el nombre de Gerardo Lamata y casualmente, como todas las casualidades de la vida, arribó al puerto de la Guaira en el mismo trasatlántico desde donde descendía una tarde de enero de 1938 Furtado Boniceto Axuaje. Ambos habían estado en Guadalajara. Furtado en la primera andanada entre el 8 y el 11 de marzo, y Giusseppe entre el 18 y el 23. Nunca se vieron las caras. Ni se las verían, tanto en la guerra, como en la paz, sin embargo, vivirían en paralelo parte de una misma historia

Acerca de Santa Rosalía de Palermo, Marcos encontró un hecho curioso que no quiso perder de vista. En el mismo se comentaba que... “A finales del siglo XIX, un pastor protestante y naturalista llamado William Buckland, visitando la cueva donde se resguardaban los restos de la Santa, logró identificarlos como pertenecientes a una cabra de monte. Las autoridades eclesiásticas locales, tras aquella injuria, intentaron desprestigiar a Buckland, alegando su rivalidad con la religión católica. En consecuencia y desde entonces, tomaron la decisión de conservar los restos de la beata en un cofre a salvo de las miradas de los peregrinos, a pesar de que un buen aval les había llegado bajo la firma de un joven seminarista alemán, que echaba por tierra la pretensión científica de Buckland. Sin embargo, esto no acalló la curiosidad de los científicos y cuarenta años más tarde, en 1984, la revista “Science”, publicó un artículo llamado “Rosalia was a goat”, en donde se confirmaba la suposición de Buckland”. Señalaba el escritor que para el adolescente Azuaje, –si bien era posible interpretar un extenso párrafo en su desplegable folletín– ...” el

nombre de la parroquia debió haber influido, en modo determinante, en la psiquis del tío Erandio, para convertirse en sacerdote. De un día para otro, comenzó a devorar con avidez los textos del San Agustín de Hipona. Parecía estar poseído. Y, así, tal cual le sucedió a Petrarca en el 1300, y a Descartes en el 600, el tío Erandio, en el siglo XX, fue impactado por dos de sus más grandes escritos: “La Ciudad de Dios” y “Confesiones”.

A Marcos Marín la historia le suena a esa confusión a la que se llega cuando se ha vivido mucho no sólo en términos de edad, sino en conocimientos. Es producto de quienes poseen considerables relaciones con gente experta en soltar la lengua. Y así, los relatos ajenos se convierten en propios, sobre todo si se están compartiendo tragos sin medida como, según él, lo hacía Furtado Azuaje desde tiempos remotos. Como escritor fantasma, también le había tocado ese proceso de compartir vivencias ajenas, lejanas en el tiempo. La reflexión abre el paso para retornar sus notas recientes y entonces escribe, de vuelta a los Azuaje: *“Furtado Boniceto padre, una vez instalados sus hermanos en Caracas, cumplía así con la promesa hecha a sus progenitores en pleno bombardeo de Guernica. Como miembro del directorio de la Asociación de Socorros Mutuos, para los exilados vascos, se le hizo más sencillo ubicarlos en sendos trabajos. Así, Jóvita entró de inmediato a manejar una concesión de comida española en la vieja casona donde funcionaba la institución, mientras Erasmo, por su parte, ingresaba como contratista en el Banco Obrero. Su*

primer trabajo fue en la demolición de todas las casas, bares y prostíbulos de bahareque, que se encontraban en el centro de la capital, para dar paso a la urbanización de El Silencio. En ello, Erasmo se afanó con toda su humanidad y, bajo la guía del arquitecto Carlos Raúl Villanueva y del escultor Francisco Narváez, se gana cierto prestigio entre los directivos del correspondiente instituto”.

Durante sus averiguaciones, el escritor se encontró con gran cantidad de datos históricos útiles para ubicar la novela en una línea temporal, con la finalidad de proporcionarle al lector una idea de la época de la cual le hablaba el viejo Furtado Azuaje hijo. Así, comprobó que las labores de construcción de El Silencio se iniciaron en enero de 1943, y finalizaron en agosto de 1945, con la inauguración por parte del presidente Isaías Medina Angarita. En el proyecto, Villanueva incluyó dos espacios para la recreación. La plaza Daniel Florencio O'Leary y la Plaza Francisco de Miranda; ambos lugares lucían gigantescos y llenaban de frescura los alrededores, causando un contraste propio al combinar sus aljibes de plantas coloridas y sus fuentes de agua, con las portentosas edificaciones de concreto de baja altura.

–Eso me lo contaba mi padre mostrándome unas fotos extraordinarias en blanco y negro –interrumpe el viejo la lectura iniciada por Marcos para su aprobación. Lo hace mientras emplaza al mesonero para que le sirva su ya tradicional trago de Etiqueta Negra y la ya habitual copa de ron Santa Teresa, para su insigne biógrafo.

–La construcción es la misma. No ha variado mucho,

excepto en su deterioro por la falta de mantenimiento y el descuido gubernamental... –agrega una vez que ha brindado y catado el trago con ese chasquido de lengua al cual ya Marcos estaba acostumbrado– ...Estaba formada por siete bloques de apartamentos multifamiliares. Seis de ellos con cuatro pisos. La parte baja estaba destinada para locales comerciales. El estilo era de corte colonial con portales arcados, rejas y molduras rodeados de jardines interiores.

–Toda una belleza arquitectónica. Nada comparable a lo de hoy...

Rosalba le reclama a Marcos sus borracheras diarias. “Ya ni comes”. Le dijo en cierta oportunidad. Le parece un insulto que los fines de semana no le dedique unos minutos para salir de paseo como lo hacían a menudo desde la mudanza al pequeño apartamento. Ellos no tienen hijos, se les hizo tarde para procrear. Todo lo dedicaron a la profesión; sin embargo, disfrutaban como dos adolescentes el placer del vivir el día a día, sin las mortificaciones típicas de la crianza. Así, lograron superar el vivir solos, algunas veces sin hacer el amor por meses, y otras haciéndolo desafortunadamente por días seguidos, en los lugares más insólitos del edificio, como las escaleras de servicio, el pasillo del estacionamiento, o alguno de los dos ascensores dispuestos para el pequeño condominio. Saboreaban el sexo sin llegar al límite. “Quedarse con las ganitas” era la condición secreta del toqueteo. Prohibido un orgasmo. Impedida una eyaculación. Todo lo demás

era válido, permitido, lícito. En su visión del mundo amoroso no existía más nadie: familias, amigos, conocidos, vecinos... A él le tocó trabajar duro durante las noches, porque tenía asignado el cierre del periódico, una vez ascendido de cargo. Ella, recién llegada de Chile, se dedicó a validar su título y a buscar empleo en varias universidades nacionales, para finalmente anclar en la Central de Venezuela. Así, adquirieron con el tiempo, y gracias a un crédito bancario que aún continuaban pagando, un modesto apartamento en esa barriada céntrica de Caracas. 80 metros cuadrados desde donde no se han movido en década y media. Ella siempre recordaba aquellos momentos a sus 25 años y Marcos a los treinta, cuando el banco les dio la buena pro y se instalaron en medio de un conjunto de paredes opacas, con apenas una colchoneta sobre un suelo cristalino de cerámica barata, adquirida apresuradamente, sobre la cual se lanzaron sudorosos, besándose en forma desesperada, como si el mundo estuviera a punto de ser devorado por un agujero negro. Una llama saturada de erotismo los calcinaba por dentro. Así, ella sentía una penetración memorable. Una mamada increíble en su intimidad para conseguir el éxtasis supremo, el cielo atrapado en sus manos mediante un alarido majestuoso y agotador. La vida era un goce total. Y el mundo parecía sonreírles siempre. Ahora, una mueca llenaba ese vacío que había dejado la desaparición de sus sonrisas.

—Ya te lo dije... —le había respondido él en una oportunidad—...Estoy escribiendo un novelón y por primera vez la firmo yo.

Ella dejó escapar uno de sus gestos... Ese ademán de manos, con el que lo decía todo.

“Si a persona alguna... –reza uno de los pliegos de Furtado caídos en manos de Marcos Marín–... se le hubiese ocurrido pasearse por varios días a finales de diciembre durante 1943 y 1946, por el pasaje seis de San Agustín, habría pensado que el tiempo se había detenido en las barrigas de las mujeres Díaz. Todos los herederos nacieron con horas de diferencia durante esos tres años seguidos. Por ello, en el caso de los Díaz-Saldivia, y de los Coutinhos-Díaz; celebrar los cumpleaños se convertía en una sempiterna parranda desde la celebración de las navidades, hasta la llegada de los Reyes Magos. Las mujeres Capricornio estarían guiadas por sus ambiciones en la búsqueda del éxito por todos los medios. En el amor, les encantaría ser amadas y cortejadas, pero siempre llevando el control; sabiéndose muy sensibles, sabrían hacer frente a sus sentimientos. De eso estaba segura la bruja Édora, quien leía las líneas de las manos y ayudaba en las necesidades espirituales, así como en los partos de las mujeres de la barriada.

En cuento a los varones, su sentimentalismo sería sinónimo de debilidad. Una personalidad a primera vista nada cautivadora. Sin embargo, al igual que el Dios Saturno, el capricorniano hará de tripas corazón para no permitir afectos que se interpongan entre él y su destino. Si hablamos de un líder con ambición y determinación, aquí tenemos al hombre Capricornio. Unos seres muy responsables que, incluso siendo muy jóvenes, parecerán mayores por su connotada seriedad. En cuanto al amor,

el hombre del cual hablamos buscará a su musa entre los más altos valores intelectuales. De esta manera se expresaba la adivinadora ante el nacimiento de Germán, el primogénito de Pichón y el tormento de su hombría ultrajada. Germán nacería un 22 de diciembre y al día siguiente, el 23 del mismo mes y año, la melliza Hortensia pariría a Petra Juana Coutinho Díaz, con horas de diferencia para que Sebastiana, concibiera, a fuerza de gritos incontrolables, a María Barbarita. Un año más tarde, el árbol de navidad de la negra Gimena se engalanaría con la foto de Marcelo Agustín, a las puertas de la maternidad. Allí se tropezaría con su prima, Yolanda Tongolele Coutinho Díaz, la cual venía echando aguas por las entrepiernas de su madre, quien sofocada recibía aleteos de ventisca provenientes del abanico español, robado al torero Sergio Díaz por Albertinho Coutinho. En un santiamén no menor de 24 horas, le tocaba a Fernandito Coutinho, llevar de emergencia, desde la panadería hasta la clínica Luis Razetti, a Hortensia de la Resurrección, donde afloraría al mundo a Luisa Antonia Coutinho Díaz mientras se atragantaba con una torta de chocolate para elevarse el azúcar, y quitar el desfallecimiento que le producían los partos. Tan pronto eran destetados los niños, cosa que sucedía a los seis meses para evitar la flacidez de los pezones, la incontinencia sexual de los maridos se desbocaba ante sus mujeres: ni el tío Benito, ni los portugueses eran afectos a las putas abundantes en los cuchitriles de las esquinas de Glorieta y Maderero, por los lados de la avenida Norte-Sur. Las consecuencias no se hicieron esperar y como si se hubiesen puesto de acuerdo, a los nueve meses todos salían encaramados en la camioneta utilizada para repartir el pan y la leche a domicilio del “El Trigo de Madeira, hacia la

maternidad Concepción Palacios, donde nacerían por diferencias de minutos, Libertad Lamarque Coutinho Díaz, Carla Gardeliana Coutinho Díaz y Mario Moreno Díaz Saldivia.

Los hijos de Furtado Boniceto, por su parte, verían el mundo en meses distintos; esto lo salvaba del maratón celebrado como olimpiadas, por los Díaz año tras año. Zamudio sería de signo Piscis, Aquiles estaría bajo protección de los cuernos del carnero y Furtado Boniceto quedaría gobernado por Venus. Todos se llevarían un año de diferencia y la única crítica que recibiría Filo de sus hermanas era su menosprecio con los grandes del cine mejicano. Tremenda insensatez aquella de llamar a su último hijo con ese nombre tan feo. Porque un Zamudio y un Aquiles eran pasables, pero...un Furtado...ni de vaina...

“La niñez de mis primos varones no fue precisamente de mucha alegría, dados los pesares y tropiezos. Desde pequeños compartían las horas entre la escuela y el trabajo. Ayudaban al tío Pichón con las ventas en el mercado de Quinta Crespo” –Leía Marcos, en una página extraviada que parecía ser la continuación de otra imposible de ubicar –A Germán, el mayor, le tocaban los días de mercado desde la madrugada hasta las 11 de la mañana, porque la escuela Experimental Venezuela, donde estudiaba, lo esperaba por las tardes. Marcelo y Mario Moreno, lo suplantaban en el horario de las tardes, más cómodas para trabajar puesto que el mercado cerraba y la mayoría de los comerciantes se dedicaban al mantenimiento de los locales, ordenar la mercancía y lavar los pasillos vueltos un asco, luego de la marabunta de clientes y proveedores.

Germán, en las mañanas, acarreaba los guacales de naranjas y los sacos de piñas, así como los racimos de cambures y las pesadas sandías, sobre una carrucha de madera, construida con rolineras desechadas de los automóviles. La misma también la utilizaba en los repartos a domicilio, con lo cual se deparaba unos cuantos centavos para mitigar, a medias, el sacrificio de levantarse tan temprano. De hecho, con ellos se daba algunos gustos en la cantina de la escuela, porque el tío Pichón, ni por caridad, le asignaba un sueldo por la faena. Igual el dinero le servía para tener bajo su dominio a varios guardaespaldas evitando así que los mayores, abusando de su superioridad física, intentaran atropellarlo cuando penetraba a los sanitarios para hacer sus necesidades. Y si bien no era dotado físicamente como su padre Pichón, le sobraba intelecto para rodearse con los más abominables delincuentes juveniles con instintos de superación que le permitieran sobrevivir en la “Experimental Venezuela”

Por ser el mayor, Germán debía trabajar más que sus hermanos. Era la tradición impuesta por sus padres y por toda la generación de Díaz desde la “Tasca de los 40”. Pero no sólo esa era la excusa, pues en la conciencia del tío pichón existía la sospecha de haber sido engañado por la negra Gimena Saldivia.

La idea le fue devanando los sesos desde el sermón del curita bávaro acerca de las cuatro generaciones principales de la mezcla venezolana. Y ciertamente, mientras Germán por un lado ganaba edad, por el otro perdía parecido con el padre. El infundio sobre los cuernos venía desde años atrás, cuando el joven político, Rómulo Betancourt, líder del recién creado partido Acción Democrática, dedicaba tiempo a su campaña por aquellos

rincones, cruzada que le depararía suficientes votos para representar a la parroquia como concejal desde el 1944 hasta 1945. Durante estos recorridos del joven político, la negra Gimena Saldivia, mostrando su figura despampanante, no perdía ocasión para insinuarse desde la platabanda del rancho en las tardes soleadas de San Agustín. De allí que el corrillo malsano de las matronas, fue pasando de una verdad a medias, a otra certificada con el parecido extraordinario del chico Díaz con el político. Su rostro, no muy agraciado, marcó la duda en el corazón de su padre, pues los Díaz, todos, eran muy agraciados en su físico, incluso, las negritas Coutinhos, con sus cabellos alambrados, causaban admiración por sus narices perfiladas y sus ojos aceitunados. Para Benito no solamente se trataba de conjeturas, pues las dudas se fueron despejando entrando el hijo en la adolescencia con la cara llena de salpullidos. Eso, ni de milagro era herencia del apellido.

Para Germancito, este drama le generaba mucha angustia y cierto resentimiento hacia la madre. Lo peor era enfrentarse a los compañeros de estudio quienes le endilgaban toda clase de sobrenombre, pues, de que era feo, no había ninguna duda. Con el tiempo, lo que se inició como una desgracia para él, terminó siendo una bendición: y, para los años sesenta, cuando Betancourt era presidente electo de Venezuela, fue recibido en Miraflores con honores. Así, con ese acto, el presidente reconocía haberse “acostado” con la negra Gimena Saldivia en más de una oportunidad. Y aun siendo difícil de creer, el presidente en su treintena, era un hombre con mucho atractivo, aunque los años del trajinar político, le hubieran arrancado más tarde, parte de esa beldad. En cambio, con Germán, resultó todo lo contrario. La be-

lleza le comenzó al llegar a la edad en que al padre biológico se le fue evaporando. Benito, así como toda la barriada, siempre sospechó, pero nadie se atrevía a hacer algún comentario al respecto. El secreto apenas se le descubrió a la familia, una vez fallecido el presidente en 1981, en la ciudad de New York.

—Esta sospecha del tío Pichón pudo haber sido el detonante de la animadversión contra el político, pues de haber sido un furibundo admirador y hasta militante de Acción Democrática, el tío Pichón pasó a ser el peor enemigo de todos los miembros del partido. Tanto que, la relación entre él y mi padre, estuvo truncada por muchos años y apenas pasaban de un saludo furtivo, cuando por casualidad se topaban en el camino hacia la barriada —contaba Furtado en medio de la bruma producto de la dosis de alcohol que poco a poco le iba minando la comprensión.

Con los años, Germán Díaz Saldivia repetiría la tradición de las mujeres Díaz, y en su matrimonio se gestarían dos hembras: María Margarita de la Concepción y Asunta de los Milagros Divinos del Corazón de Jesús, conocidas como Mary y Mila. La sangre de la negra Gimena Saldivia se impuso, pues las nietas nacieron con el don de la danza y los tambores en la sangre.

Teniendo un año como concejal por San Agustín y apenas a un mes de recién inaugurada la moderna urbanización El Silencio —reseñaba Marcos Marín en su egregio borrador— el país enmudece y, estupefacto, contempla un golpe de estado que coloca como presidente interino, hasta 1948, a Rómulo Betancourt. La insurrección se produjo debido a la negativa del gobierno de

Isaías Medina Angarita a legalizar las elecciones populares para la presidencia de la república. Se exigía el voto directo, secreto y universal.

—Gracias a la pequeña imprenta de mi padre, el tío Erasmo, lejos de perder el empleo en el Banco Obrero a propósito del Golpe, terminó siendo director de una de sus principales dependencias. Todo en vista de que el nuevo presidente interino resultaba ser amigo: “patria o muerte” del “caga tinta” español de San Agustín del Sur”.

—¡Caga tinta! —la expresión en el rostro de Marcos era de antología. Jamás habría imaginado una palabra tan despectiva para designar a los trabajadores de los talleres, con quienes siempre se encontraba para compartir tragos, a pesar de haber abandonado el periodismo desde hacía algún tiempo.

—¿Caga tinta? —volvió a preguntar.

—Sí, cagatinta —respondió Furtado— una manera soez para caracterizar a los impresores. Despreciativa, claro. Fea, sí; excluyente y clasista. Pero que con el tiempo se convertiría en un elogio, para tildar a los trabajadores de los talleres de la gran prensa.

La amistad entre Furtado Padre y el nuevo presidente de la Junta de Gobierno, se había iniciado unos años atrás. Para la época, eran varios los jóvenes que se apersonaban a la pequeña tipografía con la finalidad de imprimir los pequeños afiches semanales a ser distribuidos en distintas zonas de Caracas. En los despliegues, se criticaba a los gobiernos de López Contreras y de

Medina Angarita por ser, según ellos, una extensión de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Todo se realizaba bajo estrictas normas de clandestinidad pues, para el momento, el impresor, con su nacionalidad extranjera, podía ser deportado a España en donde, evidentemente, no iba a ser muy bien recibido y probablemente lo esperara un pelotón de fusilamiento, o peor aún, servir a las órdenes del ejército nazi en sus pretensiones de tomar Moscú. En sus momentos cumbres, ya en los años sesenta, cuando a Furtado padre le tocó desempeñarse como director de publicaciones de la Contraloría General de la República, por encargo del mismísimo presidente, le contaba a su vástago pródigo que Acción Democrática, en sus orígenes, era un partido de izquierda socialista, que abogaba por una sociedad plural con especial interés en las clases populares. De allí sus simpatías por esos jóvenes dispuestos a cambiar una sociedad amarrada a viejos esquemas dictatoriales. Las reuniones en la pequeña imprenta se hacían en horas nocturnas, aparentemente improvisadas, con la finalidad de evitar una rutina que despertara la atención de las autoridades. A estas asistían muy a menudo el mismo Rómulo Betancourt, el poeta Andrés Eloy Blanco, Luis Augusto Dubuc y los dirigentes: Tomas Pino, Juan Oropeza Riera, Gonzalo Barrios, Leonardo Ruiz Pineda, Jesús Ángel Paz Galarraga, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Raúl Leoni y Carlos “Chicho” Herrera entre otros líderes, no menos prestigiosos, obligados a turnarse periódicamente, en la tarea de llevar las ideas para el contenido de los panfletos. Aunque más tarde, ya para inicios del 44, llegaban con más sigilo para proporcionarle al “impresor”, los artículos incendiarios con los cuales rellenaban el tabloide de cuatro páginas en blanco y negro. Lo llamaron: “Llego L-Ahora” e intentaba imitar a la publicación

española de línea republicana del mismo nombre.

Para Furtado padre, aquella “gacetilla” había sido la precursora del diario El País, creado unos meses después por el mismísimo Rómulo Betancourt y el cual estuvo bajo la dirección de Valmore Rodríguez, uno de los paladines más sobresalientes que militaban en el partido blanco. Mientras la gacetilla cumplía con su cometido, Betancourt era electo concejal de la parroquia San Agustín en las elecciones municipales. De esta manera, el recién creado movimiento Acción Democrática derrotaba, en forma aplastante, al partido Democrático Venezolano (PDV), el cual, en alianza con la organización marxista denominada Unión Municipal, había lanzado para el cargo al historiador y posterior líder del partido comunista, Rodolfo Quintero. El partido de Betancourt se había fundado el 13 de septiembre de 1941 y el acto inaugural se celebró en el Nuevo Circo de Caracas. Ese día quedó grabado en la memoria de Furtado Boniceto: fue la primera vez en su vida, y no así la última, que entraría por la gran puerta del coso taurino. Arena en donde su cuñado, Sergio Díaz daría sus primeros pasos años más tarde, como “mataó”, al lado de los más grandes venezolanos de la tauromaquia.

La historia coloca como antecedente más lejano de Acción Democrática a la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI), constituida en Barranquilla, Colombia, a inicios de los años treinta. A este partido le siguió, el Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), el cual, al disolverse, dio paso al Partido Democrático Nacional (PDN). Diez años más tarde, luego del cónclave de Barranquillas, surgió AD. Lo hizo en torno a la candidatura presidencial del escritor Rómulo Gallegos. Con

Rómulo Gallegos, el partido adeco buscó romper la hegemonía de los “gochos”, impuesta desde la revolución liberar restauradora. Esto no sería posible por el control que tenían los andinos con su demoledora maquinaria en el Congreso Nacional. Por ello se elegiría a Isaías Medina Angarita como presidente de Venezuela., para dirigir los destinos del país durante el período 1941-1946. Fueron 120 votos gochos contra 13 obtenidos por Rómulo Gallegos. Medina tomó posesión del cargo el 5 de mayo y, a partir de esta fecha, la imprenta propiedad de Furtado Boniceto, se convirtió en la sede principal de Caracas para las reuniones clandestinas que conducirían, finalmente, al golpe militar del 18 de octubre de 1945.

Una vez consolidado el Golpe y asumiendo Betancourt el gobierno interino, éste se propone para diciembre de 1947 celebrar las elecciones presidenciales y parlamentarias. Las mismas se harían cumpliendo los requisitos establecidos de universalidad. Añadiendo especias a su sancocho novelesco, Marcos Marín escribe: *“Por supuesto que en esta fase el periódico, elaborado por Furtado Boniceto, viene a ser una pieza clave en la búsqueda de votos para los candidatos adecos. No ha podido verse con Betancourt, cara a cara, desde su elección como concejal, pero siempre mantiene contacto directo con muchos de los principales dirigentes del partido. Uno de ellos, y el más importante en la parroquia por su derroche de simpatía, resulta ser Leonardo Ruíz Pineda.*

Ruíz Pineda es un joven de 31 años y es nombrado Ministro de Comunicaciones. Se había formado como abogado de la república, pero el periodismo le viene en la sangre desde su época

universitaria cuando, en el seno de la Universidad Central de Venezuela, dirige un pasquín semanal llamado “La Voz del Estudiante”. Formó parte de la denominada generación “Tanque”: un grupo de jóvenes dispuestos permanentemente a participar en actos de calle y movilizaciones propagandísticas preparadas por el partido. En 1940, Ruiz Pineda había fundado en su estado natal el diario “Fronteras”, el cual le sirvió de plataforma para la acción política. Debido a su pasión por todo lo impreso, la amistad con Furtado es bastante estrecha y ambos comparten opiniones políticas en sus encuentros frecuentes. Es por esta circunstancia que, apenas asume el cargo como Ministro de Comunicaciones, le pide al impresor formar parte de su equipo ministerial teniendo en mente nombrarlo director de la Gaceta de Caracas. Sin embargo, Furtado rechaza el puesto apelando a su olfato de sobreviviente y, echando mano de su experiencia española, le advierte que el país aún está muy verde para lograr una estabilización en esta controversia política. Sin embargo, el nombramiento de Ruíz Pineda le permite colocar a su hermano, Erasmo Axuaje (quien ya se había hastiado de recorrer el país de un lado al otro inspeccionando obras en construcción) como director y locutor de noticias en la Radio Difusora Nacional de Venezuela. Para ese año, la emisora era trasladada desde el Teatro Nacional, a una nueva sede en el centro de Caracas, entre las esquinas de Llaguno y Cuartel Viejo. Con esto se intentaba ampliar su cobertura para usarla como un medio estratégico en la conservación del poder. Durante ese mismo año, la emisora es mudada a la urbanización Santa Eduvigis y, unos meses después, es transferida al Ministerio del Interior. No era difícil trasladarse de este a oeste en aquellos años. El tráfico era incipiente y los

pocos autobuses hacían su recorrido con mucha rapidez. Como narrador de noticias, Erasmo se distingue ante la audiencia. Le toca competir con los jóvenes: Víctor Saume, de la radio Ondas Populares, Pancho Pepe Croquer, de la “Broadcasting Caracas”, Francisco Amado Pernía, afamado locutor de Radio Centro y Amador Bendayan, artista y humorista, quien para el momento conducía una sección denominada “La Voz de Philco”, así como el famoso programa: “El Bachiller y Bartolo”. Quizás fue esa popularidad la que le permitió a Erasmo Axuaje sortear la “razzia” establecida por la dictadura, una vez derrocado Rómulo Gallegos, para convertirse, unos años después, en el locutor oficial de la Radio Nacional, el órgano oficial de la dictadura perejimenista.

Durante las elecciones de 1948, las tensiones políticas se habían agudizado. Se sentía el sonido de los sables. Betancourt, en tres años de gobierno transitorio, había logrado que el partido se impusiera, todo gracias a una maquinaria muy bien organizada. No existía un pueblo, por muy pocos habitantes que tuviese, en donde no existiera una sede del partido Acción Democrática. Gracias a esta estrategia política, el candidato del partido, el escritor Rómulo Gallegos, era elegido Presidente Constitucional para el período 1948-1953 con más del 80% de los votos, convirtiéndose en el primer mandatario presidencial del siglo XX electo en forma democrática.

La victoria fue también cómoda en cuanto a la integración del Congreso, de las Asambleas Legislativas y de los Concejos Municipales. El 15 de febrero de 1948 Rómulo Gallegos asume

la presidencia y, el 24 de noviembre del mismo año, el Alto Mando Militar, en nombre del ejército, asume el control de la República. Se instala entonces una junta militar presidida por el Ministro de Defensa de Gallegos, el teniente Carlos Delgado Chalbaud, y por el Mayor Marcos Pérez Jiménez y el Mayor Luis Felipe Llovera Páez. Este acontecimiento generaría un clima político de intrigas que se perpetuaría por una década. Apenas transcurridos dos años de instalada la Junta Militar, según narra la historia con todas sus verdades a medias, el presidente de la misma, el teniente Carlos Delgado Chalbaud es secuestrado y asesinado. Para mitigar los hechos, pues ya se citaba al Mayor Marcos Pérez Jiménez como el autor intelectual del trágico suceso, la Junta designa a Germán Suarez Flamerich, el 13 de noviembre de 1950, como presidente provisional de la República, evitando, de esta manera, una crisis política de cierta envergadura. Pérez Jiménez se queda con los crespos hechos, por el momento.

Por haber sido un alto dirigente partidista y funcionario gubernamental para el momento del golpe, Ruiz Pineda es privado de su libertad por un período cercano a los seis meses. Compartió cárcel con varios dirigentes de su partido y con dirigentes comunistas, teniendo que mantenerse al margen de toda actividad política durante ese tiempo. Mas tarde, una vez en libertad y al ser capturado por el gobierno militar el Doctor, Luis Augusto Dubuc, Secretario General del partido, Ruiz Pineda es elegido por los dirigentes para sustituirlo en el cargo y dedicarse a organizar la resistencia y las actividades clandestinas. En este escenario, se caracterizó por ser un activista a tiempo completo en las labores conspirativas, entrando en contacto con efectivos de las Fuerzas

Armadas dispuestos a actuar en contra del gobierno. Además, se inclinó a las denuncias de violaciones contra los derechos humanos por parte del régimen dictatorial. Esta labor se vio coronada con la publicación de “El Libro Negro de la Dictadura”, de cuya edición y confección se encargaría personalmente Furtado padre y el cual se imprimió bajo su entera tutela.

El 30 de noviembre de 1952, la Junta de Gobierno llamaría a elecciones para elegir una Asamblea Nacional Constituyente, pero, cuando los primeros números mostraron al partido Unión Republicana Democrática (URD) con mayoría de votos ante el partido oficialista, la Junta Provisional de Gobierno decidió desconocer los resultados y entregar en forma definitiva el gobierno a los militares. Acto seguido, la Junta nombra a Marcos Pérez Jiménez como Presidente Provisional de Venezuela. Más tarde, el 17 de abril de 1953, el Mayor, ahora ascendido a coronel, es proclamado Presidente Constitucional, para el período 1953-1958, por la Asamblea Constituyente quedando libre de gobernar al país en relativa calma por los siguientes años. Calma debida al endurecimiento de las condiciones para el ejercicio de labores políticas, complementada con un aumento de la represión y del número de presos hacinados en los cuarteles. Calma llena de torturas y de los condenados en Guasina, una de las tantas cárceles tenebrosas de la dictadura; prisión esta reabierta luego de haber sido utilizada, bajo el régimen de López Contreras, como campo de concentración para prisioneros nazi-fascistas, llegados de Europa. Ahora, la cárcel se maquillaba como “centro de bienvenida” para los inmigrantes ilegales llegados a nuestras costas; decenas de españoles republicanos entre ellos. En ella no

se clasificaba a los internos y todos los presos hacían vida en común; tanto los prisioneros políticos como los inmigrantes, los asesinos y ladrones, los fascistas, homosexuales y chulos. Aunque cada grupo por separado buscaba mantener su hegemonía. *“En el de los fascistas –escribe Marcos Marín– se encontraba un jovenzuelo, cuyo prestigio entre los europeos cobraba mucha fuerza debido a sus terribles historias acerca de la guerra civil española. Todos sin excepción le temían por su heroicidad en el combate cuerpo a cuerpo contra un enemigo armado hasta los dientes. Se llamaba Giuseppe Lamotta”.*

Ante el aberrante desplazamiento policial y las continuas redadas como herramientas favoritas del gobierno para mitigar las protestas y conspiraciones entre civiles y militares, los líderes políticos pasaban las de Caín buscando refugio en diversas conchas de la ciudad. En esto andaba Leonardo Ruiz Pineda cuando fue sorprendido al salir de la pequeña imprenta de Furtado Boniceto, en una noche tenebrosa que le costaría la vida.

–Tengo que enconcharme, viejo, porque las cosas no están como para andar por las calles sin tomar precauciones. Nos vemos mañana a la misma hora...

Y diciendo estas palabras, abrió la puerta para, luego de cerciorarse de que el callejón estaba vacío, salir caminando con rapidez hasta la avenida principal. El toque de queda estaba a punto de iniciarse y la concha apenas se encontraba a sólo dos cuerdas de distancia, tiempo suficiente para llegar moviéndose entre las sombras de los faroles. Furtado Boniceto lo siguió con la mirada hasta el cruce de esquinas; al cerrar el portón y a punto de

colar el café cuya agua hervía a borbotones, quedó paralizado ante el tiroteo. No durmió esa noche; no podía. Todo su pensamiento estaba puesto en su compañero de partido y, durante toda la vigilia, nadie le informó acerca de lo sucedido a escasamente unos cuantos metros del local. Con la prohibición era imposible asomarse a una ventana so riesgo de generar sospechas. Al siguiente día, el lápiz rojo de Vitelio Reyes no pudo suprimir el titular de primera plana de los diarios nacionales. Esa mañana del 22 de octubre de 1952 se leía a ocho columnas en El Nacional:

“Muerto en tiroteo con la policía el Doctor Leonardo Ruiz Pineda”

“Al parecer, según la cita del matutino –reseña Marín– una vez superadas las correcciones hechas por el censor, Ruiz Pineda había sido interceptado por miembros de la Seguridad Nacional, produciéndose un confuso incidente al creerse que formaba parte de una banda de ladrones prácticamente dueños de la zona”. Una verdadera barrabasada aquello pues, para poner en su lugar a los desadaptados, los vecinos de San Agustín siempre contaban con la fama y arrojo del célebre Pichón Díaz.

Según la misma página web...” La muerte del dirigente y las condiciones de la misma han sido motivo de discusión por muchos años, por estar relacionada a delaciones, espionajes y presuntas traiciones. De hecho, algunos han llegado a asegurar que su muerte se produjo por disparos provenientes de sus compañeros, sin que esta versión (difundida por el propio gobierno de Pérez Jiménez) haya podido comprobarse nunca. Después de su muerte, nada sería igual para su partido. Éste

perdía a uno de los líderes más comprometidos para el momento. Su asesinato levantó protestas de presos políticos y dirigentes de todas las tendencias opuestas al régimen, y fue motivo de desaliento en las filas de AD". Y si bien existían algunas vacilaciones acerca del asesinato del líder adeco, para Pichón Díaz quedaba tan claro como el agua, que detrás del hecho, estaba metida la mano de Rómulo Betancourt: "Quién más". Había sentenciado.

A diferencia de Furtado Boniceto, quien no tuvo chance de deleitarse ante el paisaje sublime que le ofrecía su nuevo refugio, Giuseppe Lamotta vio en el litoral central a su amada Sicilia. En su adolescencia, era un fanático admirador de la mafia y de todos aquellos nombres que surgían de la Cosa Nostra. Joe Bananas, como se le conocía a Joseph Bonanno, era uno de sus héroes más admirado. Este sentir lo compartía con su camarada y amigo Salvatore Munzano, un notorio bandolero que para 1936 escondía sus tropelías simulando ser independentista. Ambos hacían de las suyas con apoyo de la familia Cappecci, grandes terratenientes de los cereales y cítricos de la isla. Se separaron cuando Salvatore se dedicó a reorganizar la mafia, luego de la diáspora de 1925 y Giuseppe, por su parte, tomaba partido a favor de las hordas de camisas negras, alistándose en las tropas de voluntarios dispuestos a combatir en España. Si bien el Duce le había puesto el ojo a la Mafia desde 1922, por motivos estratégicos decidió esperar un par de años para asestarle el golpe

de gracia, que según sus aduladores merecían. Al principio, los líderes mafiosos pensaron que podían contar con el fascismo como aliado y aunque dentro de sus miembros existía la duda acerca de las pretensiones del Duce, el consenso estuvo dispuesto a darle un espaldarazo sin exigir ningún tipo de garantía. Una vez que Mussolini logra posesionarse en toda Italia, lanza el zarpazo mortal a los sicilianos y a tal efecto nombra como prefecto de Palermo (ciudad de la virgen que le diera el nombre a la parroquia Santa Rosalía, por Decreto de Eleazar López Contreras) a Cesare Primo Mori, su hombre de confianza, encargado de acabar con la organización criminal. Su primera acción fue publicar los nombres de los mafiosos más connotados, quienes fueron detenidos en menos de 48 horas. Luego vino la campaña propagandística con la cual logró que el pueblo les perdiera el miedo. Para ello, todo aquel que tenía relación con la organización era atado, apaleado y paseado por las calles de la ciudad. Los altos capos terminaron en el paredón y a los medianos se le expulsó del país. Así, entre 1925 y 1931 no quedaría un solo miembro en toda Sicilia. Giuseppe, para ese momento, junto a Salvatore, eran los azotes de los pequeños agricultores. Aliados con la familia Cappecci arrasaban con las tierras de los campesinos e imponían la justicia venenosa de los terratenientes, sin saber que sería la misma familia Cappecci la que conspiraría para desaparecerlos de su nómina mensual, pues ya no eran de utilidad, una vez que el Duce los había convertido en sus mejores aliados.

Para el amanecer de 1932, la mafia en Sicilia era historia. La mayoría de los mafiosos, entre ellos Lucky Luciano, Frank

Costello, Vito Genovese, y Carlo Gambino habían huido a Estados Unidos, sobre todo a Chicago. Se habían quedado huérfanos, sin el poderío que la organización les había concedido desde su creación por la década de 1860. Aquella fue la mayor victoria que el pueblo italiano había conseguido contra la Mafía. Sin embargo –según apreciarían los fascistas más tarde– Mussolini habría cometido un error garrafal al no combatirla en el extranjero, por lo que esta se reforzaría y terminaría apoyando a los aliados una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial.

En los prados de la Italia fascista, desde 1932 hasta 1950, Salvatore Munzano había conseguido reorganizar una parte de la organización delictiva. Mientras por un lado combatía a favor de los aliados, por el otro, no perdía ocasión para despojar de bienes preciados a los terratenientes en sus propias madrigueras, usurpando el mote de Il “Malfattore Pettiroso” o mejor dicho, el Robin Hood italiano. De esta manera, ganado y productos agrícolas iban a parar a las manos del pueblo siciliano; cientos de campesinos hambrientos debido a los desmanes de la guerra. Munzano jamás volvería a encontrarse con Giuseppe y moriría al ser traicionado por su compañero de armas, Gaspere Pisciotta, quien recibiendo órdenes de Lucky Luciano lo delataría ante los cuerpos policiales. Luciano había regresado a Italia en 1945, luego de hacer un trato con los americanos para invadir Sicilia. Llegaba con una nómina abultada debido a sus grandes negocios en las Vegas. Y con la idea de reconquistar el poder perdido en 1925.

A Giuseppe Lamotta, por su parte, ya en la Venezuela gobernada por López Contreras, le tocaría pasar una dura prueba

en la famosa cárcel de Guasina al ser pescado en el litoral central con un pasaporte falso de nacionalidad venezolana. Desde su llegada al país en 1938, había estado viviendo de un burdel que con acierto instaló en las inmediaciones de Catia La Mar, un lugar medio habitado para la época, cuya belleza no tenía comparación con alguna ciudad de Europa que él hubiese visitado. Durante la travesía en el gigantesco trasatlántico, no se desprendió ni por asomo de una botija de cuero en donde ocultaba todo un tesoro robado a los soldados caídos en acción: cadenas, relojes, sortijas, además de otras prendas de mayor valor sustraídas de las joyerías y tiendas de empeño tomadas por los italianos durante la invasión a España en 1936. El tesoro le sirvió como capital inicial para aglutinar a las chicas que ejercían el oficio en los muelles y alrededores del Puerto de la Guaira. Giuseppe intuyó, sin mucho esfuerzo, que “Puerto sin burdel no es puerto”, sobre todo cuando las travesías de los marinos eran de larga duración. En dos años, todo lo robado se convirtió en dólares y en uno que otro “Pachano” sobreviviente de la época de Antonio Guzmán Blanco. Su error para terminar preso en Guasina fue el mal trato que le daba a las meretrices, quienes creyeron inventar la palabra chulo con la cual lo designaban como proxeneta, cuando lo oyeron afirmar en cierta ocasión que él era un “ciullo de pecho” en la época dorada de Benito Mussolini, el Duce, a quien había dejado abandonado en la bellísima Italia. Denunciado por malviviente, fue detenido bajo la presidencia interina de Rómulo Betancourt y, al descubrirse su origen fascista, la orden fue encerrarlo en Guasina. Allí permanecería hasta 1952. Como delator, se ganó luego la indulgencia del régimen dictatorial...

Marcos había realizado toda una investigación para colocar en contexto sus escritos, y Furtado lo celebró con bombos y platillos. No se le habría ocurrido nada parecido para darle fortaleza y sustento a su historia familiar. Marcos le explicaría más tarde entre tragos que, con estos agregados a las anécdotas, la novela adquiriría una mayor veracidad. Frase fulminante para de un solo golpe hacerle rememorar sus mejores momentos en el periodismo nacional. Una vez seleccionados los acontecimientos merecedores de ser recordados por los futuros lectores, escribió regresando a la Venezuela de los años cincuenta: *Acorde con la Carta Magna, se debía llamar a las elecciones antes del 19 de abril de 1958, ya que los períodos presidenciales duraban cinco años. Para evitar enfrentarse en elecciones libres, a sabiendas del riesgo a perderlas, Pérez Jiménez prefirió convocar a un plebiscito. El mismo se llevó a cabo el 2 de diciembre de 1957 y sirvió para ratificar el mandato del ahora General hasta 1963. El margen de sufragios fue tan grosero y descarado, que no dejó ninguna duda de la estafa electoral. Ante tamaño dislate, en los primeros días de enero de 1958, un fallido golpe militar, encabezado por el coronel Hugo Trejo, intentó derrocarlo con un certero bombardeo al Palacio Presidencial; sin embargo, no sería sino hasta el 23 de ese mismo mes, cuando se pudo, finalmente, luego de una serie de paros y manifestaciones, defenestrar del poder al dictador, quien ostentaba cinco estrellas doradas en la solapa de su reluciente uniforme militar.*

La relación de Furtado Axuaje con Leonardo Ruíz Pineda duró hasta su asesinato. Con pesar, le tocó ser testigo de aquella tragedia acaecida en plena avenida principal de San Agustín del Sur, luego de abandonar la imprenta; una vez que esta se reactivaba, de nuevo, para emprenderla contra una dictadura impuesta al país, bajo las sombras de las armas. El joven periodista Manuel Felipe Sierra escribiría al respecto:

La cámara del reportero gráfico Francisco Edmundo “Gordo” Pérez, dejó para la historia la fotografía del cuerpo de un hombre atravesado en la avenida principal de San Agustín del Sur. La leyenda de la foto resumía el hecho con rigurosa precisión: “un solo proyectil segó la vida del doctor Leonardo Ruiz Pineda. La bala penetró en la región malar derecha y siguiendo una trayectoria ascendente, asomó cerca de la región parietal izquierda. El cuerpo quedó tendido en la calle, boca arriba, con los pies dirigidos hacia la acera, entre un gran charco de sangre”.

Al abogado se le había conocido como un hombre de nobles principios y orador insigne. En el cargo de ministro apenas duró seis meses, pues con el gobierno militar instaurado, la mayoría de los dirigentes de Acción Democrática se encontraban asilados en países cercanos. A él le había tocado dirigir el partido desde la clandestinidad a partir de 1949. Durante este tiempo, Ruiz Pineda usaba los seudónimos: “Alfredo Crespo”, “Haro” y “Alfonso Campos”, que Furtado Axuaje le había propuesto nombres adoptados por el mismo, cuando estaba enfrentado al gobierno de Francisco Franco. Su vida en España le había enseñado artimañas para sobrevivir en la clandestinidad. “La mejor de ellas –sostenía– era la de mezclarse con el pueblo en las

barriadas en donde ser soplón era pecado mortal”. Teniendo esto en cuenta, lo primero que hizo Leonardo fue visitar la imprenta y descubrir que la palabra escrita era la mejor arma para combatir a una dictadura.

—Todos estos acontecimientos —le aclaró Furtado a Marcos Marín, ante una duda— me los narraba mi padre, poco antes de la caída del General Marcos Pérez Jiménez, a quien nunca dejó de endilgarle el remoquete de “dictadorzuelo”, martillando la “Z” con furia, como si con ella golpeará la cabeza del mismísimo Francisco Franco. Esto, mientras colocaba las planchas para imprimir los pasquines clandestinos en contra de la tiranía.

—Entonces, yo tomaba notas apresuradas en mis cuadernillos para luego convertir las palabras en comics, tal cual los suplementos que en grupo intercambiábamos los domingos a las puertas del Alameda.

De esta manera, le revelaba el viejo a Marcos Marín un secreto con el cual, más adelante, recrearía toda una ficción alimentada con partes de su propia vida, concatenada como nunca con la vida del otro.

Con la dictadura son inauguradas grandes obras públicas y es recibida en Caracas la imagen de la Virgen de Coromoto, como la patrona de aquellas celebraciones, en donde el presidente hace gala de sus promesas. Las más resaltantes buscan promover la inversión de capitales extranjeros y abrir las puertas a la inmigración europea, actualizando y dándole más relieve a la vieja ins-

titución creada por Eleazar López Contreras. Esto último “*con el firme objetivo de mejorar el componente étnico de la nación venezolana, visión orientada a corregir desenfrenos y depravaciones de un pueblo atrasado. De esta manera –escribía Marcos Marín, escogiendo algunos párrafos de la proclama–siguiendo el Nuevo Ideal Nacional, se deberá forjar un espíritu para el trabajo capaz de coadyuvar a comprender nuestras reales funciones como ciudadanos, promoviendo la “extirpación” del rancherismo, el cual se considera uno de los principales males en el deterioro social, y patrocinando un plan para sustituirlo por residencias y súper bloques, que ayudarán a ideal*

cambiar el medio ambiente y la mentalidad del habitante de los ranchos”. Bajo esta premisa, el Congreso, aprobaría una nueva Constitución la cual suprimiría algunos derechos sociales establecidos en la carta magna de 1946, que, al parecer, sólo interesaban a los demócratas. El ciudadano común y silvestre, en largas filas, estaría más bien impaciente por rellenar las planillas del Banco Obrero para que le fuera asignado un apartamento en la futura urbanización “2 de diciembre”, antes de que sonara el cañonazo, al compás de las doce uvas por segundo y con fondo musical de la Billos Caracas Boys

Al igual que con las dictaduras de Somoza, de Perón, Castillo Armas, Trujillo, Rojas Pinilla y João Goulart, la venezolana estuvo apoyada por el gobierno de Estados Unidos. El norte veía en el mandatario, una pieza fundamental dentro del entramado mundial de la distribución petrolera, y también un aliado en la lucha contra la expansión del comunismo en Latinoamérica. Su tendencia fue derechista, conservadora, nacionalista y

militarista

A Marcos Marín, le llevó unos cuantos meses adaptarse a la idea de no usar sus libretas de anotaciones. Ya éstas no eran necesarias pues su imaginación viajaba con cada uno de los cuentos del viejo. Esto le permitía rellenar cada espacio vacío con sus particulares experiencias. Ahora, más que nunca, buscaba beneficios con la oratoria de Furtado en sus momentos de mayor lucidez, y le ponía un agregado de sus propios sueños, creando una mezcla, una fusión, entre sus personajes y los del narrador. La historia se había limitado a los Díaz y a los Azuaje, pues ya los García, habían quedado en el pasado, y apenas se hacía mención de ellos cuando, por una ocurrencia fortuita, aparecían entre bastidores. Con estos dos apellidos era suficiente para que Marcos fuese creando toda una ficción en la medida en que visitaban arrabal tras arrabal por todo el barrio español de La Candelaria, obligado por Furtado, por supuesto, quien en el trayecto iba hilando cuento tras cuento, con la sapiencia de un veterano de guerra en situación de retiro. Historias que eran más o menos interesantes, de acuerdo a su estado de ánimo. Situación cambiante de acuerdo a la cantidad de bebidas servidas en la barra, capaces de hacerlos alucinar como no lo hacía otra droga sintética de las que se vendían en el mercado nacional. Por ello, cuando, Marcos Marín sufría un lapsus por no tomar notas en su libreta, apoyado en su memoria, terminaba por cambiar nombres y situaciones a su antojo. Y así, su vida, mucho más corta que la de su narrador, se iba fundiendo en una crónica personal sobre la cual ya casi no aceptaba las críticas o las correcciones sugeridas por el viejo.

—Zamudio y Aquiles, también cursaron la primaria en la

escuela Experimental Venezuela. —dijo refiriéndose a los primos e hijos de su tío Pichón. Con la frase, sacaba a Marcos Marín de sus cavilaciones particulares; fantasías plagadas con recuerdos de su niñez, desluciendo la historia de un viejo alcohólico, fluctuantes entre una realidad física y una realidad virtual.

Flojos para la lectura y la escritura, Zamudio y Aquiles, lucían sin futuro en el mundo de los caracteres a plomo. De adolescentes no se perdían una parranda en el barrio y en la escuela; sólo eran buenos para organizar las fiestas de Carnaval y fin de año. En su sangre corría más la herencia de los Díaz que la de los Axuajes y en las fiestas eran como los reyes del mambo. Tocaban la guitarra y el cuatro como si fuesen una extensión de sus brazos, y gozaban de un oído excelente para la música. Tal era su habilidad con los instrumentos que apenas al observarlos, les sacaban tonada tras tonada, fuesen de cuerda, de viento o de cuero. Eran músicos de oído y, aunque jamás entendieron las notas de un pentagrama, podían acoplarse sin ningún esfuerzo a las improvisaciones cuando se armaba la guataca. El otro don del cual se ufanaban era el de saber, apenas probando una bebida, su grado de alcohol y su contenido. A eso jugaban en la licorería “El embrujo de la caña”, tapándose los ojos y adivinando cuánta Coca Cola poseía una Cubalibre o cuánto anís llevaba leche pasteurizada para convertirse en una “leche de burra”. Con los zumos de frutas, ambos hermanos competían para ver quién de los dos lograba crear el mejor coctel. Cual anfitriones, a menudo organizaban la elección de la reina del carnaval a quien le tocaba competir contra todas las otras reinas postuladas en las 22 parroquias de Caracas. Para ello, cada año, ambos hermanos se encargaban de llevar a

cabo una recolecta de dinero destinado a ser invertidos en la carroza, en el traje de la reina y en el de su rey Momo. Las candidatas surgían de todas las zonas de la parroquia y el jurado estaba integrado por un miembro de cada uno de los sectores, escogido por votación entre los habitantes. El día de la elección, las candidatas eran presentadas una a una y los partidos políticos manejaban sus influencias con respecto a las mismas con el fin de evitar su afinidad con el gobierno de Marcos Pérez Jiménez. Durante la escogencia se bailaba al son de los grupos musicales contratados por los organizadores y, en el descanso, se alternaba con los tocadiscos de última generación, puestos al servicio por los mismos vecinos, y los cuales tenían la opción para combinar los acetatos de 45 y 78 revoluciones. Poco tiempo después aparecería el long play con sus cinco canciones en cada una de sus caras para darle más sabor a las parrandas.

Tocando el tema en plena barra con los consecuentes tragos de Etiqueta Negra, Furtado recuerda que, en plena adolescencia, pudo ver a Susana Duijm encabezando el desfile de carnaval, un año después de haber conquistado el cetro como Miss Mundo 1955.

—Cuando alcanzaron la mayoría de edad, Zamudio y Aquiles eran expertos en la fabricación de bebidas artesanales, que vendían en cada fiesta que, sempiternamente continuaban organizando en el barrio. Así lograban ganarse una cantidad de dinero que les permitía darse la buena vida. Eso jamás lo hubieran logrado de seguir los pasos de papá. “No siempre las letras servían para salir de abajo, la caña, también ayudaba”, fue la expresión lanzada por mi padre en cierto momento en apoyo a mis hermanos.

Pasados de tragos, se interrumpían en cada frase. Una vez que estaban bien subidos de tono, Marcos recordó entre brumas una última expresión del viejo: “La vida no siempre nos conduce por el camino deseado por nuestros padres. Nos juega una mala pasada y nos conduce hacia caminos llenos de incertidumbre...” Despertó del letargo al escuchar su voz, siempre atenuada por los pólipos.

–Voy a pedir el trago de la casa

–Hablando sobre tragos te quiero contar... –exclamó Furtado, mientras levantaba la copa para brindar– que Zamudio y Aquiles se convirtieron en leyendas urbana con los años...

Marcos pensó que algo bueno venía con aquel cuento y cesó su intento por aclarar algunos párrafos del texto que tenía entre sus manos.

–Y debido a sus conocimientos en el arte de mezclar las bebidas, lograron elaborar una pócima denominada Guarapita. El brebaje causó sensación entre los habitantes de la barriada en las épocas de la Semana Santa. Para elaborar la guarapita, ellos mezclaban el aguardiente blanco San Tomé con jugo de parchita, lo endulzaban con papelón rayado y le agregaban una pizca de clavos de especias.

–Se tomaba a “pico de botella” y se dejaba colar con sus pavorosas consecuencias: las mujeres amanecían preñadas y los

hombres terminaban con más de una costilla rota en el puesto de socorros más cercana a la barriada.

Mientras pide un par de tragos en la barra, el viejo recuerda que los pocos centavos ganados por sus hermanos con sus proezas étlicas se les evaporaron en parrandas y matronas. El cuento retrotrajo a Marcos al afiche de la Birra Moretti, colocado a las puertas de su estudio: “Invertí gran parte de mi fortuna en cervezas y mujeres, el resto, lo malgasté”.

—Eran putómanos —sentencia con su humor característico— Zamudio tuvo un par de hijos, de los cuales no supo más al ser maleteado por la mujer. Y Aquiles, parecía tener una esposa en cada barriada. Al primero le encantaban las putas y conocía todos los burdeles de Caracas. Cuando las visitaba, las “chicas” le improvisaban el himno nacional.

La habilidad de los hermanos Azuajes les había servido para abrir un negocio en el oeste de la ciudad, que le pusieron como nombre El Canaima. Un rincón eternamente oloroso a mezcalina y a meaos rancios, pero que, sin embargo, se la pasaba repleto por malvivientes y parroquianos quienes compartían el espacio, hermanados por los vapores del alcohol.

—El local se encontraba en la calle Colombia de Catia. Yo les diseñé el cartel a fuerza de brocha gorda. Las puertas eran comiquísimas, batientes y hechas de romanillas, al estilo de los bares del oeste norteamericano.

Al parecer, el sitio era de lo más popular por permanecer abierto día y noche, de lunes a domingo y, según el viejo, no existía ba-

rriada en Caracas que no conociera el Amansa Guapo, la Hierba Luisa y la Leche'e Burra, así como otros menjurjes producto de la alquimia familiar.

—La fama los alcanzó a finales de los años setenta y para los ochenta ya habían montado otra sucursal.

Se trataba de un rancho destartalado, construido con bambú y planchas de cinc, ubicado a un costado de la carretera al sur oeste de la ciudad. Una comarca denominada el Junco. El lugar llamaba la atención de los turistas por el frío excesivo y su densa neblina. Nada se percibía a un metro de distancia y los vehículos avanzaban con la lentitud de un perezoso. Por lo tanto, recorrer una distancia de dos kilómetros, podía generar la misma tardanza que la de un caminante casuístico. Allí se instalaron los hermanitos Azuaje, alternándose el trabajo de viernes a domingos. En el terreno baldío armaron varias mesas con el mismo material, conquistando así a las familias a fuerza de cochino frito y chicharrones con yuca. La fiesta se animaba con una de las botellas de guarapita de 075 centilitros, diligenciada en forma gratuita por ser la única manera de regresarle el calor al cuerpo al subir a la parte más elevada de la ciudad. El peligro venía con el descenso, sobre todo si se era el conductor designado. En el local ubicado en la parte baja de la ciudad, a Aquiles, quien se desempeñaba durante el día, dejando el turno de la noche para Zamudio, la monserga popular le colocó el remoquete de “El médico asesino”. Apodo este que le duraría toda la vida hasta su reciente y trágica muerte acabando de cumplir los 70 años. Su fama se extendió por toda la ciudad y, con el tiempo, nadie recordaría el verdadero nombre del botiquín. Pero siempre hablarían de las famosas bebidas del “médico asesino”.

Al evocar aquella anécdota, Furtado confiesa:

—Allí las borracheras eran de antología... En la pared, frente al mostrador, había un cartel en donde se leía; “trago servido, trago pagado...” En cierta oportunidad, a mi hermano Aquiles le tocó servir uno de sus menjurjes a un cliente altanero quien, apenas mediando palabra, exigió un trago fuerte para hombres y no para “maricones enconchados”, refiriéndose a los clientes ubicados en amena charla en una de las esquinas del tugurio. Aquella expresión obligó a Aquiles a preparar de inmediato una dosis de “Amansa Guapo”, bebida muy usual en estas ocasiones: una mezcla de cocuy de penca con aguardiente blanco, combinado con raíces de *Aloysia citriodora*, conocida como cedrón o verbena de Indias, macerada con pasiflora y melisa, bajo un toque de azúcar y una cucharada de miel de abeja. La gracia le salió cara, y lo llevó a la asquerosa labor de limpiar, con varios detergentes el piso de cemento pulido, para despejar la huella gruesa junto al olor putrefacto dejado por el cliente, al no poder contener los esfínteres luego de brindar por un mundo sin maricones a todo gañote. Aún bajo efecto hipnótico de la bebida, nadie se atrevió a remedarlo porque a la distancia se le notaba el 38 cañón largo, colocado abiertamente en la cartuchera de cuero asegurada a la cintura, arma aquella solamente disponible para los funcionarios de la División General de Policía. La muy detestada y conocida Digepol.

Luego del comentario y previendo una huida temprana, Furtado prefirió abstenerse de exigir, tal cual su costumbre, el típico trago del estribo. Pagó la cuenta y ambos hombres se despidieron como lo hacían cada tarde, una vez terminada su

conversa rutinaria. En esta ocasión no caminaron juntos hasta la parada del Metro más cercana y Marcos supuso que su entrevistado iba directo a uno de sus tantos otros arrabales para sosegar esa adicción particular por aquel caminante inglés, con sombrero de copa, paltó de levita y bastón de paseo.

A Mario Moreno y a Marcelo Agustín, los otros dos hijos de Benito Díaz o Pichón, como era conocido en los bajos fondos, les dio desde pequeños por ser actores. No era de extrañar ese entusiasmo por la profesión, ya que admiraban al tío Erasmo Axuaje, quien como locutor ganaba fama y estatus a través de las ondas hertzianas. De igual manera, estaban muy influenciados por sus primos quienes desde adolescentes eran las estrellas en las fiestas de carnaval, celebradas con todo esplendor en la barriada. Una vez que culminó sus estudios de bachillerato en el liceo Andrés Bello, se matricularon en la Escuela Técnica Industrial de Los Chaguaramos en donde crearon un grupo de teatro revolucionario dedicado a presentar obras en las barriadas de Caracas. Habían dejado la adolescencia atrás, cuando más tarde los invitaron a ingresar al teatro de la Facultad de Arquitectura y, de allí, a la plantilla del Grupo Rajatablas, fue sólo un paso. Al inicio, Pichón alardeaba de sus muchachos, le enorgullecía su puesta en escena en las barriadas de Caracas, “concientizando” a los ciudadanos con sus montajes. De esta manera demostraban su repulsión al gobierno adeco y, por su puesto, a su líder, a quien odiaba desde la década de los cuarenta. Pero una vez que los chicos dejaron la

Técnica Industrial, para plegarse al teatro de la Escuela de Arquitectura, de la Universidad Central, comenzó a cuestionarlos, tildándolos de amanerados. Le molestaba que personificaran esos personajes propios de afeminados. Eso le pasaba por estar mezclándose con los riquitos, enfermos y drogadictos de esa Facultad. Ellos no perdían oportunidad para burlarse del padre a sus espaldas. Pichón al ver el afiche de la obra “Quien le teme a Virginia Woolf, colocado a las puertas de una de sus habitaciones, murmuró: “Esa tal Virginia es un bebe de pecho en comparación con Betancourt”.

Los muchachos no entendían cómo alguien adicto al “El Derecho de Nacer”, podía criticarlos tan duramente por estar dedicados a una actividad teatral, menos comprometida con una izquierda ortodoxa, de la cual se afirmaba que venía en caída libre. En opinión de Germán, ya sus hermanos estaban mayorcitos para seguir creyendo en pajaritos preñados, por lo que, aprovechando su militancia en Acción Democrática, les tendió una mano para sacarlos de ese abismo doctrinario en donde el padre los había sumergido. Siempre se habían llevado bien a pesar de encontrarse en trincheras diferentes. Si bien el padre ejercía cierta influencia en la decisión de ambos actores, Germán, con el tiempo, se había ganado todo su respeto. Ello, porque a sabiendas de los “desastres” cometidos cuando cursaban el bachillerato, jamás se le ocurrió cuestionarlos y, por el contrario, respetando sus posturas ideológicas, siempre los protegió con sus contactos, evitando así una visita de las que hacía con frecuencia la Dirección de Inteligencia Policial. En eso se parecía mucho a su tío Furtado. Mejor dicho, lo había aprendido cuando a este le tocó darle

protección a su hermano Erasmo. Reciprocidad que el hermano menor le devolvería en su respectivo momento.

Desde que empezó a tomar conciencia política cuando cursaba el bachillerato, hasta una vez matriculado en Derecho en la Universidad Central, German Adolfo tenía su debilidad por las izquierdas. Sin embargo, no le entusiasmaba mucho la postura ortodoxa del Partido Comunista y, más bien, se acercaba a la visión de país asumida por Acción Democrática. Probablemente, también había sido influenciado por su tío Furtado, sin desdeñar la sangre heredada del primer concejal, surgido del “San Agustín de sus tormentos” para 1944. Hacia inicios de los sesenta, le tocó vivir la división de AD, de la cual surgió el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. La ruptura no le llamó la atención, pero, unos siete años después, formó parte de otra nueva separación dirigida por el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa. El partido se denominó Movimiento Electoral del Pueblo. Desde ese instante, comenzó a caerle bien a Benito Antonio Díaz. Su padre que era todo un cornudo, también justiciero, parrandero y jugador.

A sus dos hermanos, Marcelo y Mario Moreno, les tocó desempeñar algunos papeles importantes en el teatro con obras de Ionesco, Cesar Rengifo y Bertolt Brecht. Del teatro de la Facultad de Arquitectura, dirigido por el joven dramaturgo Pablo Antillano, transitaban hacia el Teatro Universitario, en donde compartieron con el poeta Nicolás Curiel y, finalmente, anclaron en el Rajatablas, bajo la dirección del argentino Carlos Giménez. Criticándolos por haberse aburguesados, Pichón cambiaba de afectividad y, de esta manera, el otrora odiado, Germán Adolfo Díaz, se convertía en sujeto de sus devociones. No sucedía lo mismo con Marcelo y

Mario Moreno. De ellos se distanciaba por aquello de que “Caminaban como mariposones”.

Para ambos hijos, estos cambios repentinos de su padre, no les creaba ninguna contrariedad. Mucho menos animadversión por su persona. Todo lo contrario, se morían por molestarlo, a sabiendas de que era un cascarrabias sin remedio posible. Por ello, exageraban sus movimientos de afeminados, haciendo ademanes con sus manos y gritándose como locas, cuando éste llegaba a casa con sus respectivos tragos encima, dispuesto a encender el televisor para extasiarse con la actuación de Raúl Amundaray y Conchita Obach.

—Ese si es un tremendo actor —decía en cada interrupción publicitaria—. Nada maricón como ciertas personas —y luego, aperrechado en el sofá refunfuñando exclamaba— ¡Negra!, venga a sentarse conmigo...ya empieza El Derecho de Nacer.

La novela...—escribe Marcos Marín—...Fue llevada a la pantalla chica por la cadena RCTV, entre los años 1965 y 1967. Escrita por Félix B. Caignet, en su momento fue considerada como el primer gran éxito de la telenovela venezolana. La historia se iniciaba cuando una joven mujer acude a ver al doctor Alberto Limonta para que le practique un aborto, pero éste, para no consumir tal acto, empieza a contarle una historia de la cual fue protagonista y que recaía en la familia Del Junco, una de las más acaudaladas de Caracas. La ralea, integrada por Don Rafael, el estricto patriarca, su esposa Clemencia y sus dos hijas, María Elena y Matilde, viven una vida aburguesada y conservadora en una mansión fruto de la riqueza familiar.

En el drama, la hija mayor, María Elena, sostiene un romance con Alfredo Martínez, resultando embarazada, razón por la cual éste no pierde tiempo en abandonarla. Al enterarse Don Rafael acerca de la condición de su hija, reacciona con furia, y para evitar ser objeto de la vergüenza la aparta a una de sus propiedades alejada de la ciudad, junto con su nana María Dolores. Al nacer el niño, el viejo conservador da la orden a Bruno, el capataz, de deshacerse del recién nacido. Haciendo caso fiel a su amo, el joven se lleva lejos al bebé de María Elena, sin contar que, María Dolores aparecería sorpresivamente para impedir el infanticidio. Ambos deben tomar una decisión drástica la cual conlleva a María Dolores a escapar con el niño mientras Bruno mata a un animal, y presenta el machete ensangrentado a Don Rafael para demostrarle que cumplió con el cometido. De paso, el capataz le confiesa a María Elena el malvado plan de su padre, y de cómo María Dolores se llevó a su hijo para salvarlo. María Elena reacciona muy mal y culpa a su padre por no estar con su hijo. Pasa un tiempo y el matrimonio Del Junco celebra su aniversario de bodas, permitiendo un encuentro casual entre María Elena y Jorge Luis Armenteros, un hombre adinerado interesado en ella, a quien María Elena le confiesa su tormento; martirio que busca apaciguar entrando de religiosa a un convento. Mientras todo esto sucede, el hijo de María Elena llamado Albertico vive feliz al lado de María Dolores, quien lo reconoce con el apellido Limonta.

Por cosas del destino, Jorge Luis Armenteros conoce, al ya adolescente, Albertico y, por sus buenos valores inculcados por la vieja sirvienta, le financia sus estudios de medicina. Pasan los

años y María Elena vive muy triste por su hijo. En ese intermedio, Albertico se convierte en un importante médico. Años después llega de Estados Unidos la nieta de Don Rafael, llamada Isabel Cristina Del Junco, hija de Matilde, la hermana de María Elena. Esa noche debido a una tormenta, Don Rafael sufre un accidente automovilístico y es llevado al hospital donde Albertico se encuentra de guardia. La gravedad del viejo burgués es tal que el médico para salvarle la vida dona su sangre y por tan noble gesto, se convierte en su médico personal. De esta manera conoce a Isabel Cristina, de quien se enamora. Sin embargo, ese amor deberá pasar por varias dificultades antes de llegar a alcanzar una felicidad posiblemente negada por el destino y un pasado que los persigue a su pesar.

Benito Antonio Díaz no dejó de trabajar nunca en el mercado de Quinta Crespo y Germán Adolfo lo estuvo ayudando, mientras cursaba sus estudios de bachillerato en el liceo Andrés Bello. Sin saberlo, la sangre por parte del padre biológico lo llevó a ser uno de los dirigentes estudiantiles más jóvenes del momento y, para 1958, celebraba la caída de la dictadura perejimenista, junto a sus camaradas de Acción Democrática; partido en el cual comenzó a militar apenas tuvo un impalpable plumazo de conciencia política en medio de su adolescencia. Tal decisión encolerizó a Pichón, quien no podía creer que su primogénito asumiera esa ideología política y eso lo llevó a exacerbar más su reconcomio contra Rómulo Betancourt. Muy lejano, en su interior inconfesable, pensaba que de tal palo tal astilla. Y ese pensamiento lo enfurecía al extremo. El odio de Benito, desde 1943, por el líder político, lo llevaba hasta la iracundia, pero no soltaba prenda.

Nunca lo hizo; las sospechas se las guardó en lo más profundo de su hombría. Por su parte, Germán se enteraría de los escarceos de Betancourt con la negra Gimena Saldivia por boca de su tío Furtado muchos años después, siendo un líder connotado en la Facultad de Derecho. La admiración de Germán por el editor provenía desde que sus camaradas adecos lo pusieron en antecedentes, contándole la historia de aquella pequeña imprenta desde donde, a fuerza de palabras, habían logrado destronar a Isaías Medina Angarita del poder, evitando así el deseo de los gochos y su dinastía de gobernar el país *“in saecula saeculorum”*, como diría el cura Erandio en uno de los pocos escritos clandestinos que publicaba en *“Llego L-Ahora”*, bajo el seudónimo de “El Puyuta”. Durante aquellos tiempos remotos, los héroes de la barriada se dividían entre las familias originarias y los adecos advenedizos. San Agustín era un hervidero de ideas y Furtado Boniceto trataba de cuidarse de que los funcionarios policiales de civil no le pusieran el ojo a la tipografía de donde surgían miles de panfletos contra el gobierno.

En medio de tanto ajeteo político, nacía el último de sus hijos y lo hacía en forma prematura. Afortunadamente, el barrio siempre contó con su propia partera, Édora del Carmen Aponte García, quien no sólo ayudaba en estas faenas, sino que también leía el tabaco, las cartas, las palmas de las manos y hasta la orina, cuando no existían los laboratorios para detectar, mediante un cultivo, las infecciones del riñón. Contaban en el barrio, que cierto espíritu la poseía y le susurraba al oído el futuro de las crías, así como el tipo de bacteria contenida en la orina o en las heces, cuando de pacientes llegados a ella de todas las comarcas se

trataba. A la llegada del niño auguró con sabiduría de hechicera: “éste va a ser pintor...pero no de brocha gorda”. Con respecto a los enfermos que la visitaban a diario, la mística manejaba con criterio hipocrático el uso de la penicilina y, sin necesidad de r cipe, enviaba a sus pacientes al “Milagro Divino”, una céntrica botica eternamente dispuesta a despachar los pedidos, atendiendo siempre a la respectiva comisión del diez por ciento para la curandera, so riesgo de que esta cambiara su preferencia por la famosa Botica de Velázquez, (un local que era el predilecto del doctor José Gregorio Hernández, de quien se decía que era milagroso y se consideraba el Santo de los pobres), cuya especialidad eran las pócimas elaboradas con plantas silvestres, antídotos contra el mal de ojos, la culebrilla, la sarna, y el “corrimiento”.

El parto de Furtado hijo no fue tan difícil como se esperaba y aunque parecía un renacuajo, pues su peso estaba en el kilo y medio, llor  como un iracundo apenas le cortaron el cordón umbilical. Bast  un pellizquito compasivo y temeroso, dado por la partera, para que el chico superara al gran Caruso. La noticia llen  de júbilo a la familia y la celebración no se hizo esperar. Hasta la morada de los Azuaje Díaz se apersonó una delegación del partido para felicitar a Furtado padre, aunque algunas malas lenguas afirmaban que Betancourt le envi  un saludo desde la lejanía para evitar un roce desagradable con el tal Pichón, quien no cesaba de involucrarlo en cuanto disparate se le ocurría, a cuenta de los cuernos que recaían sobre él. Luego del parto, Filo quedó estéril y su recuperación fue lenta, por lo que le tocó a Furtado compartir las responsabilidades políticas con los ajetreos del hogar. Los tres chicos crecieron en un clima lleno de amor y

fraternidad conyugal. De Furtado jamás se supo acerca de la existencia de otra mujer, o de una visita furtiva a algunos de los tantos burdeles diseminados en la urbanización de El Silencio. Le bastaba Filo para mitigar sus calorones sexuales y daba gracias a Dios por haberlo liberado del miedo a embarazarla de nuevo.

Desde pequeño, el joven Azuaje vivía rondando la tipografía y jugaba con las piezas de plomo mientras, ayudado por el padre, las iba colocando en las galeras por orden alfabético. Así aprendió a leer y escribir más rápido que sus propios hermanos mayores. Prácticamente toda su infancia transcurrió entre la escuela y la tipografía. Ya para cuando alcanzó los doce años transportaba los panfletos contra Pérez Jiménez de un lado al otro, sugerido por los adecos, quienes buscaban tumbar al gobierno desde la clandestinidad. De Furtado padre nadie sospechaba porque, para sorpresa de toda la familia, Erasmo, su hermano, combatiente y acérrimo enemigo de Francisco Franco, era el locutor de radio designado por la Presidencia de la República. Y si bien a Furtado le toco darle con anterioridad la protección necesaria, ahora era el turno de Erasmo para cuidar de su hermano, sobre todo porque la policía política del régimen le ponía especial atención a todas las tipografías e imprentas del país, así como a los periódicos matutinos y vespertinos existentes. La censura en los diarios la ejercía Vitelio Reyes, un oscuro personaje a quien Pérez Jiménez le había encomendado la patriótica misión de que ningún medio de comunicación, incluyendo las imprenticas de poca monta, publicaran críticas contra el gobierno o contra su líder. El recelo era tan extremo que en las oficinas del Estado se

colocaban anuncios en donde podía leerse: “Aquí no se habla mal de mi General”. De modo que, tipógrafo, impresor, editor o grafitero que se le ocurriese una mínima crítica acerca del sistema dictatorial, corría el riesgo de una visita nocturna de los miembros de la Seguridad Nacional, en algunos casos dirigidos por Pedro Estrada; el mismísimo director del organismo del cual se contaban historias de torturas tan terribles, que se repetirían décadas después con otra policía política denominada Servicio Bolivariano de Inteligencia Militar.

Si bien el joven Azuaje no tenía idea del significado de la palabra dictadura, el padre estaba muy claro cuando observaba la nube negra que se posada sobre el país con Pérez Jiménez cabalgando en ella. Con esa preocupación, se iniciarían los cuentos de su agitada vida en tiempos de Primo de Rivera y luego del Generalísimo Francisco Franco, incidentes imposibles de olvidar, guardados, con candado y en estado de reposo, bajo un resquicio de su conciencia. Estas narraciones serían las bases que formarían una contradictoria cultura política del consentido sietemesino. Con la inocencia presente en el rostro y el quijotismo en el alma, el joven Azuaje recorrería todas las mañanas distintos puntos de la ciudad, dejando los paquetes de panfletos, cuyos destinos, luego de ser recogidos por algún militante de Acción Democrática, era el de ser lanzados desde las edificaciones más elevadas de las barriadas y urbanizaciones, para que, a la voluntad de los vientos, llegaran a manos de la ciudadanía con un llamado urgente: ¡Abajo la dictadura! ¡Elecciones YA! El pueblo unido jamás será vencido; Gracias a esta no distinción entre su actividad clandestina, y su vida cotidiana, contradicción que no lograba despejar, el chico

Azuaje no entendía ese desafuero contra el General Pérez Jiménez; más cuando los carnavales eran ¡de la puta madre! plenos de carrozas, disfraces, papelillos y serpentinatas para que la población los disfrutara a plenitud.

Esa contradicción política del sietemesino, no era compartida por sus dos hermanos, a quienes poco les interesaba el gobierno de turno, siempre y cuando ellos pudiesen montar sus chiringuitos con venta de licores y su templete con los músicos del barrio. Ambos, Zamudio y Aquiles, a su corta edad, tenían buen instinto para conocer el gusto de la poblada y, micrófono en mano, amenizaban a los invitados con sus charlas sobre el origen de algún tema musical o la biografía de algún cantante en boga. Los adecos también aprovechaban cualquier acto público para clavarle una estocada al régimen: bajo ese esquema, sugirieron a los hermanos usar, como tema de aquellos carnavales de 1957, el estribillo de “María Cristina me quiere gobernar”, interpretado por el conocido trovador cubano, Ñico Saquito.

Con un objetivo premeditado, instruyeron a los chicos sobre la historia de esta creación y ellos, emocionados, se lanzaron con el cuento sin percatarse por un momento que, con la explicación, cuestionaban la dictadura de Pérez Jiménez. La crónica se iniciaba con el rey español Fernando VII quien, al morir, dejaba el poder regente en manos de su esposa María Cristina de Borbón-Dos Sicilias. Su hija pequeña (futura Isabel II) tenía para entonces tres años, por lo cual debía esperar la mayoría de edad para poder ejercer como reina. El nombramiento hizo estallar la Primera Guerra Carlista entre 1833-1840, ya que Carlos María Isidro de Borbón, hermano de Fernando VII, pretendiente al trono español,

declaró ilegal la regencia de la viuda de su hermano, así como la entronización futura de su sobrina Isabel, pues habiendo ejercido él como heredero durante la mayor parte del reinado de su hermano, gozaba de todos los derechos para sucederle. También se murmuraba que la infanta no era hija de Fernando, porque, al parecer, María Cristina le había puesto los cuernos con su guardia de corps, Agustín Fernando Muñoz y Sánchez. Para echarle más leña al fuego, la Reina Regente contraería matrimonio con aquel el mismo año de la muerte de su marido. La relación no fue vista positivamente por el pueblo español y bautizaron pícaramente al sargento de la guardia como Fernando VIII. Los carlistas se hicieron fuertes en la zona vasca y navarra, y la Reina Regente se sirvió del apoyo de los liberales para defender los intereses de su hija. Es en medio de ese ambiente bélico, cuando aparece la canción popular.

María Cristina me quiere gobernar

Y yo le sigo, le sigo la corriente,

Porque no quiero que diga la gente

Que María Cristina me quiere gobernar.

El estribillo hacía referencia a la regente, María Cristina, pero, lo que nunca se supo con exactitud, fue si la cantaban los Carlistas a los Liberales o los Liberales a los Carlistas, o, sencillamente, era una coplilla para burlarse de Agustín Fernando Muñoz y Sánchez. Con sumo entusiasmo, los chicos narraban la versión adeca sobre la famosa canción y de su amplia influencia en los países caribeños, por ser estos un lugar a donde se mar-

chaban los exiliados políticos. Culminaban su perorata afirmando que la misma fue grabada con unas estrofas nuevas por el cantautor cubano Benito Antonio Fernández Ortiz, en los años 30, convirtiéndose en una de las coplas más conocidas de la música cubana. Según su exposición, en España la canción era todo un éxito. El Hit Parade de todas las emisoras radiales. En el país, a Erasmo Axuaje, la cantinela le sonó a desafío betancurista; sin embargo, cuando una comisión de la censura le preguntó al respecto, dijo que afortunadamente en Venezuela no existía un reinado, sino un generalato con las “botas” bien puestas, incapaz de caer en tan insignificantes provocaciones.

A Furtado los relatos de su padre le parecían tan extraordinarios como aquellos de Memín Pingüín, el célebre personaje de las historietas mejicanas que todos los chicos de la barriada adoraban por parecerse a ellos mismos. Distintos eran los folletines fantasiosos de los súper héroes americanos, puro entretenimiento y ficción, destinados a mitigar los minutos de espera hasta oírse los tres timbrazos secundados por el apagón de luces, anunciando el inicio de la función en el cine Alameda. Los comics se vendían a la entrada, y luego se cambiaban por otros no repetidos a la salida, con lo cual los chicos no solamente despachaban, sino también se daban el vuelto.

“Desde muy pequeño siempre sentí mucha atracción por los dibujos y las caricaturas. Por ello, mientras escuchaba a papá narrar todos aquellos acontecimientos de su Guipúzcoa natal,

para terminar en San Agustín del Sur, escribía trazos para no olvidarlos, porque estaba seguro que cada cuento salido de su boca podía convertirse en uno de esos tantos suplementos que a diario yo consumía desafortadamente". El párrafo lo utiliza Marcos Marín como una confidencia dramatizada. Palabras inexistentes, atribuidas, en algunos casos, a un chico adolescente o en otros, a un anciano vencido por los años, borrachín insigne y dueño de una imaginación prodigiosa, llamado Furtado Azuaje Díaz. Las mismas no correspondían a las entrevistas que celebraban a diario, ni mucho menos a los folletines escritos por el viejo, esparcidos a lo largo de su escritorio.

"Los intercambios de los comics se daban todos los fines de semana en las exhibiciones de matiné, vespertina y noche, aunque también había función en la mayoría de los cines caraqueños que se iniciaban a las once de la mañana y terminaban a la una de la tarde". Era otra parte del diálogo que a Marcos le pareció válido para ser intercalado en esa, su historia de ficción. Al fin y al cabo, ya "el viejo" no fruncía el ceño, ni colocaba los codos sobre la barra con las manos en las sienes para aprobar o desaprobar lo escrito. Solamente pedía un trago más y decía

–Ay Marquito, por Dios –y asomaba una sonrisa.

|La colección del niño Azuaje se iniciaba con los folletines de "Superman", y continuaba con toda la liga de la justicia en donde entraba, desde la mujer Maravilla, pasando por Batman, "El Fantasma que Camina" y Linterna Verde, hasta los Cuatro Fantásticos. Entre los western, cosechaba "obras" como el

Sargento Preston de la policía Montada y Rin Tin Tin. De los mejicanos, el chico juntaba todos los pasquines de El Santo, El Zorro, Blue Demon y Memín Pingüín. Con este último se identificaba ya que el personaje era igual a los chicos del barrio con quienes compartía la venta de historietas los fines de semana a las puertas del cine Alameda. Investigando acerca del personaje, Marcos subrayaba: “Si bien Memín Pingüín fue creado por la escritora Yolanda Vargas Dulché y dibujado originalmente por Alberto Cabrera, como un elogio a la pobreza, el concepto que Furtado padre le dio al hijo del contenido moral de la historieta, parecía ser más bien arrancado de las páginas del Manual de Carreño”.

Marcos Marín pasaba todo el fin de semana dedicado a revisar las notas procesadas durante las amenas conversaciones con Furtado en las barras de los botiquines cercanos. Atado de manos ante lo incomprensible de la lectura, Marcos acudía a una inventiva que ya antes le había dado resultados y de la cual el viejo no había hecho ningún reparo. Apenas terminaba el desayuno, se enclaustraba en el estudio hasta altas horas de la noche. Para Rosalba, la situación había llegado demasiado lejos. Ya ni compartía la cama con ella. Esa noche le gritó con toda la ironía de la cual era capaz: “Seguro te vas a convertir en un García Márquez”. Ella, por primera vez en varios meses, había elaborado una cena exquisita para recordar sus quince años de matrimonio. Él había olvidado por completo la fecha.

–Estás enamorado de ese viejo decrepito –le gritó– Me estás resultado hasta medio raro...Casi no te conozco.

Marcos escuchó incólume la andanada de insultos y esperó que ella se alejara del estudio. La altanería se convirtió en susurros y, entonces, él continuó para cerrar...

“El relato del padre se iniciaba con un halago a los valores de la amistad y la familia. Decía que el lenguaje “muy mexicano”, era de una gran limpieza, nada burdo. Y a pesar de algunos números, como el 214 y el 118, Memín, en sus sueños, pecaba de canibal o bien descubría a un niño decapitado dentro de una maleta no eran precisamente los más recomendables, el resto de la colección bien valía la pena conservarla como tesoro gráfico. El personaje alcanzó una difusión sin precedentes en varios países de habla hispana, incluso en otros idiomas, convirtiéndose en un icono de la historieta mexicana, según se percató el joven Azuaje años después. En las Filipinas, el Ministerio de Educación hizo obligatoria su lectura en las escuelas, pues el texto enaltecía los valores humanos hacia la familia y el Estado.”

No solamente en las funciones de fin de semana el pequeño Furtado intercambiaba las historietas repetidas, también se hacía de unos cuantos centavos con la venta de las mismas. Desde tempranas horas de la mañana, apenas tomaba el desayuno, el chico se lanzaba a las puertas del Alameda, en donde ya la competencia tomaba los mejores lugares para anunciar sus ofertas. El negocio daba buenos resultados porque la mayoría del público leyendo historietas, antes de la función, lograba soportar el terrible calor

apenas mitigado por los inmensos extractores de aire, colocados a lo alto, boquetes por donde, ocasionalmente y desde los tejados vecinos, la muchachada alcanzaba la gloria al ver uno que otro seno en las películas no aptas para menores. Los aires acondicionados aún brillaban por su ausencia y el humo de los cigarrillos se apoderaba de todos los espacios.

En competencia con los hermanos Azuaje, los Díaz buscaban también diversos modos de subsistencia. Si bien los Azuajes se valían de distintos artilugios que iban desde la fabricación de bebidas hasta la distribución de panfletos y ventas de comic, los segundos se inventaron, quizás, la primera franquicia delivery de la historia con sus carruchas de rolineras reciclables. Los tramos más largos que recorrían a velocidad sanguínea, iban desde el mercado de Quinta Crespo hasta finales de la urbanización el Paraíso. Los más cortos no pasaban de Puente Hierro, San Agustín y La Yerbera, de tal modo que, los fines de semana, a tracción de sangre se ganaban algo de dinero que les permitía asistir a función de matiné del cine Alameda. Para Pichón, este pasatiempo no era nada desdeñable, siempre y cuando cumplieran con sus obligaciones en el puesto de verduras y frutas, ubicado en uno de los pasadizos más transitado del mercado. Todo lo contrario, al fin y al cabo, los chicos se partían el lomo cada fin de semana desde muy temprano, sin ningún tipo de recompensa. Lo único gratis obtenido en su labor era el típico desayuno con tostadas y caraoatas refritas en el chiringuito de la Negra Dorotea, aliada de todos los vendedores en cuestiones de santería y despojos yerberos para deshacerse de la pava. Ellos crecieron entre los estudios y el trabajo de caleteros hasta pasada la adolescencia,

cuando cada uno escogió una profesión con la cual resolverse la vida, en aquellos tiempos remotos de dictadura y carnavales apoteósicos. De toda la familia Díaz Coutinhos, solamente a Maria Barbarita se le ocurrió tener descendencia. Se enamoró de un loco poeta, músico y trovador del barrio, que se parecía mucho a su tío Pichón por esa demencia de estar siempre en contra del sistema. Su hermana Yolanda y su prima Petra Juana se dedicaron al baile y hasta formaron parte de la Agrupación Venezolana de Danzas Nacionalistas, fundada en 1962 por el coreógrafo Manuel Rodríguez Cárdenas. Desde muy jóvenes se destacaron por esa cadencia corpórea, que las llevaba a formar siluetas en el aire bajo los sonidos del tambor. Montarían con el tiempo un taller de danza folklórica en un galpón de San Agustín, influenciadas por sus primos Zamudio y Martín, los galanes de las temporadas carnavalescas, quienes percibieron un negocio fructífero mezclando la rumba con su alquimia ética, siguiendo así los pasos del abuelo Homero.

El otro barcito al cual entraron sin ninguna pretensión, era mucho más modesto y sencillo que el de costumbre. La rutina los obligaba a buscar nuevos derroteros. No se trataba de carteras solitarias con tarjetas de crédito vencidas como las de Marcos Marín. En realidad, a Furtado Azuaje no le importaban los precios porque, al parecer, su cuenta bancaria le permitía vivir cómodamente y a sus anchas. Tampoco era un viejo pichirre, pero, por alguna razón, le encantaban los arrabales, tanto como charlar

con los parroquianos, aunque en ocasiones se hicieran los polacos. Sólo cuando el viejo, sabio y veterano, pedía una botella de “Etiqueta Negra”, el escenario cambiaba como por arte de magia: encontraba un auditorio dispuesto a escucharle todas sus barrabasadas sin quejarse y, claro, sin contradecir ninguna de sus opiniones; muchas de ellas hirientes y desalmadas.

–Vente, vámonos para El Moderno –había sugerido aquella tarde en el Guernica para enfilarse directo hacia la esquina de Puente Anauco.

Marcos para nada se quejaba pues el viejo, como decidió llamarlo desde que éste también resolvió designarlo con el diminutivo de Marquito, tenía buen gusto por la bebida y aunque en los arrabales el precio de los tragos era casi tan elevado como en los otros prestigiosos locales de la zona, en estos últimos, la gente era más “sifrina”, según opinión de Furtado, y la barra, que era el lugar propio para cultivar las amistades e intercambiar opiniones, terminaba convertida en una estancia funeraria de gente ensimismada, sumergida en su propio chiquero. El sol pegaba fuerte ese agosto y, caminar un par de cuadras, convertía las gotas de sudor en verdaderos riachuelos que bajaban en caída limpia hasta el despeñadero de sus barbillas. Al penetrar en el nuevo local, se refrescaron con el aire acondicionado. La barra estaba saturada hasta más no poder, pero dos butacas al fondo lucían bien dispuestas a recibirlos, con la condición de hablar a gritos si querían mantener una conversación coherente. Cosa imposible para Furtado en vista de su afonía crónica. En ese extremo del mostrador, la licuadora no paraba de sonar, mientras agitaba zumos de frutas, para quienes, a esa hora del mediodía, no les

apetecía ningún tipo de licor; o bien, para aquellos dispuestos a combinar ingredientes mortales, semejantes a los preparados por los hermanitos Azuaje en la famosa taguara de Catia. Y los había, pues las copas multicolores, conteniendo delicias de cocteles, estaban destinadas a un grupo de mujeres que celebraban un acontecimiento especial. Marcos lo intuyó por los regalos colocados sobre una de las pocas mesas, estratégicamente ubicadas al final del corredor. Un mesón solitario, sin ningún otro obstáculo cercano, con clientes perturbadores o parlanchines. Allí, una chica llamó su atención. Vista de un ramalazo: morena, tetas naturales y puntiagudas, rostro bronceado con sutileza, sarcillos de gitana, cabellos alambrados y ojos aceitunados era, sin duda alguna, la agasajada. “No tendrá más de treinta años”, pensó Marcos Marín. La alegría de las muchachas era contagiosa y atraía la curiosidad de todos los apostados en el mostrador, incluyendo a las otras mujeres que, al notar el interés de sus hombres en las chicas, optaban por propinarles un codazo nada disimulado en las costillas para sacarlos de sus aspavientos. Cada manifestación de júbilo proveniente de aquella mesa causaba un impacto milagroso en los visitantes. Muy simpáticas las mozas, pero solamente una de ellas rebozaba de hermosura. Con sus aires de grandeza, se sabía única y admirada, las otras la adoraban por envidia o por celos. Todas rivalizaban por su afecto. En la barra, también había competencia. Quienes tenían las mejores butacas la podían disfrutar de frente en toda su magnificencia, el resto de los asistentes, debía girar la cabeza revelando su lujurioso fisgoneo. Marcos y Furtado no eran los más providenciales y se hallaban en unos muy malos lugares, en comparación con el resto de la clientela. Desde allí, prácticamente a espaldas de las chicas, el paisaje no les

auguraba una segura perspectiva hacia aquel paraíso de ninfas. ¿Cuándo se retirarán los de la esquina con asientos vi ai pi? Pensó, Marcos Marín.

De pronto, para su asombro, Furtado abandona el asiento y corre directo hacia la mesa en cuestión, abriendo los brazos como un pelícano a punto de alzar su vuelo. La chica que brillaba como un sol, al verlo se levanta sorprendida y grita “¡padrino! Él la abraza, la besa y le alborota los cabellos con sus dedos, ella se deja, ríe y lo presenta ante las demás muchachas. Las Manos se entrelazan, los besos recorren las mejillas. Él pronuncia unas palabras que no llegan a oídos de Marcos Marín. Esa bendita licuadora con su estruendo. Todas ellas ríen. Una de las mozas se levanta en busca de una silla y le hace un gesto amable al viejo para que las acompañe. Él lanza una ojeada hacia donde Marcos se encuentra y parece disculparse ante la propuesta. Las jóvenes desvían sus miradas hacia la dirección del escritor fantasma y tres de ellas le dispensan una señal de cortesía con las manos. Marcos, a lo lejos, responde al saludo. El viejo se vuelve hacia las chicas y le habla a la morena casi al oído. Ahora, Marcos falla en su intento de leer los labios. Ella se ríe de nuevo, él se contagia con su risa. Ella, entonces, se dirige a las demás mozuelas igual de sonrientes y él observa un gesto de aprobación con sus cabezas. Acto seguido, una de las chicas abre espacio y otra silla es colocada a la mesa. Furtado, entonces, le hace señas a Marcos y este se acerca.

—Hola, Marcos Marín —se presentó alargando su mano y agregó—...Escritor fantasma.

—María Estilita Castro...—y ella agregó en son de burla:

ahijada, estirando sus dos manos para tomar la diestra de Marcos, como si tratara de dejar en ella la suavidad de sus manos adherida en sus delicados dedos.

—Es la hija de Ramón Castro... —intervino Furtado para tranquilizar a Marcos, quien aún no salía de su asombro—... El fundador del Grupo Madera —aclaró de nuevo el viejo, mientras pasaba un brazo por sobre los hombros de la chica, para apretarla contra su costado.

—Ella baila y canta. Es prima de María Margarita y de Asunta, las hijas de Germán. ¿Te acuerdas? El hijo mayor de mi tío Pichón.

—Por cierto, ¿qué hay de ellas, padrino?

—Viviendo lejos de este país, hija mía, como todo aquel que busca reconocimiento, porque como reza el dicho: nadie es profeta en su tierra.

Ramón Castro, se había casado con María Barbarita, la hija mayor de Sebastiana, y habían procreado este portentoso de muchacha con sangre de Madeira y piel canela propia de los pobladores de Barlovento de la costa. Si bien, el Coutinho corría por su sangre y se mimetizaba en una nariz pequeña y afilada, hecha para incrementar la luz virginal que brotaba de aquellos ojos aceitunados; el negro, por su parte, no sólo estaba en el apellido costeño, sino en aquella sonrisa amplia y magistral, en la madeja de cabellos en su estado natural, sin tintes ni cremas, ni aceites, ni químicos de ningún tipo; y en la sandunga, esa gracia, ese salero, en cada partícula de su rostro, brillante como una constelación de estrella

que, en vez, de luz arrojaban endorfinas en caída libre, danzando en busca de un cauce indefinido para decantarse frente a los ojos de Marcos Marín. Ella era la prueba fehaciente, e indiscutible, palmaria y manifiesta, de lo contado hasta ahora por “Don Furtado”. Ella era para la historia de estos tres apellidos, nada menos y nada más, que el eslabón perdido, el cáliz de plata e incluso, el manto sagrado.

–Sigo viviendo en San Agustín –dijo la chica, como adivinando la pregunta a punto de surgir de los labios del novelista.

En las primeras de cambio, Marcos pareció caerle bien a la ahijada de las mil y una noches. Sherezade, fue lo primero que le vino a la mente. De eso, el padrino se percató de inmediato. La frase “escritor fantasma”, probablemente le llamó la atención. Al notar el interés de la chica con respecto a su invitado, el viejo aprovechó la oportunidad para llenarlo de elogios. Le confiesa que Marcos se ha estado documentando porque está interesado en escribir una novela sobre la familia.

–Me entrevista a diario y así aprovechamos para, como siempre, hacer mi rutina por las tascas de La Candelaria.

–¡¡Qué maravilla!! –exclama ella–. Si hasta puede salir de allí un guion para una película, padrino.

Si con la frase “escritor fantasma”, Marcos captó la atención de la chica, en reciprocidad, con la idea de poder extraer de la novela un guion de cine, ella había acaparado la atención de Marcos.

–Hace unos meses nos encontramos en uno de mis tantos arrabales –acota el viejo y ella ríe–...Incluyendo el de la tía Jóvita. ¿Recuerdas? Te lo conté una vez en otro de tus cumpleaños.

–El Guernica –confirma ella.

–Que antes se llamaba Batasuna –corrige Marcos, haciendo alarde sobre algunos datos valiosos de la familia

–Estabas más pequeña por supuesto, teníamos algo de tiempo sin vernos y fíjate, te encuentro en uno de mis sitios predilectos, y eso porque hoy se me ocurrió cambiar de lugar.

–Qué bueno, padrino... –agrega ella sin que la sonrisa, que muestra desde la llegada de los dos hombres, desaparezca de su rostro.

Y entonces, Furtado se explaya narrándole anécdotas sobre la tía, ya conocidas por Marcos Marín. Eso, sin añadir que el escritorcito desde hacía ya rato, venía haciendo de las suyas con sus fabulaciones particulares. ¿Recuerdas? Le dice a cada instante.

–Ella, cuando llegó al país estuvo primero cocinando en aquel club improvisado de vascos inmigrantes. Luego, gracias a la ayuda económica de papá, se vino para la parroquia y se hizo socia del este local que para entonces se llamaba El Batasuna. ¿Recuerdas?... Creo habértelo contado aquella tarde –y la chica sigue riendo y afirmando con la cabeza, con la mirada y con un sí que brota de sus labios milagrosos en cada momento.

–Sí, padrino, claro que sí. Esos cuentos son inolvidables

Los años sesenta no trascendieron con la velocidad esperada por Furtado Azuaje. Siendo adolescente, con la cara curtida por el acné, fue testigo de la caída de la dictadura en 1958. Jura que vio a más de uno de los confidentes de la Seguridad Nacional colgando de un poste de luz en plena calle de San Agustín del Sur, en el mismo callejón en donde había sido asesinado Leonardo Ruiz Pineda. Tampoco deja dudas al comentar los muchos cadáveres abandonados a lo ancho y largo de la avenida Bolívar. Todos de presumibles agentes y colaboradores de la SN. Entre ellos no estaría Giusseppe Lamotta, cuyo nombre había cambiado a Gerardo Lamata, pues nada tenía que ver con cuestiones de seguridad del Estado. El venezolano-italiano era ahora un empresario respetable a quien se le había asignado, por orden presidencial, la construcción de la urbanización 2 de diciembre. Dicho emporio contaría con 9.176 apartamentos en un total de 38 súper bloques de 150, 300 y 450 apartamentos de 15 pisos y 42 bloques pequeños, más 17 jardines de infancia, 8 guarderías, 25 edificios de comercios, 5 escuelas primarias, 2 mercados y 2 centros cívicos para una población aproximada de 60 mil habitantes. Para el momento en que Pérez Jiménez es derrocado, el 23 de enero de 1958, los apartamentos aún no habían sido vendidos ni adjudicados, con lo cual comenzó la toma de los mismos y más de 4.000 de ellos fueron invadidos por la “plebe”. Para ese momento, ya Lamata o Lamotta había cobrado una sustanciosa suma de dinero en dólares y había asignado las respectivas comisiones producto de la so-

brevaloración del complejo habitacional. Una bicoca que lo llevaría a vivir el resto de sus días como un jeque árabe en la España Franquista.

—Muchos funcionarios policiales de la SN, fueron lanzados al río Guaire, y los que intentaron refugiarse en zonas populares, eran ajusticiados a tiro de pistola.

Marcos toma nota de la afirmación de Furtado sin asombrarse pues, con respecto al apogeo de las dictaduras y de sus caídas, ya conocía muchas historias escalofriantes por boca de Rosalba.

—El pueblo “*mal agradecido*” —agregó Furtado a modo de burla— al cual se le había entregado todo un emporio de apartamentos para sustituir la ranchería en donde habitaban, tal cual sucede en nuestros días, se apoderaba de los inmuebles arrasando con todo a diestra y siniestra.

Así, de aquel lejano: *¡viva Pérez Jiménez!*, al insulto cercano: *¡muera el dictador!*, apenas transcurrió un mes con 22 días. La urbanización denominada 2 de diciembre en honor a la toma de posesión del General y la cual había sido diseñada por el arquitecto Guido Bermúdez, basándose en el modelo de “*la Cité Radieuse*” de Le Corbusier, se convertiría nueve años después del derrocamiento de la dictadura en la parroquia 23 de enero.

En una de esas reuniones diarias de barra, Furtado le había contado al escritor que cuando Filomena, su madre, intentó aventurarse a tomar uno de los apartamentos en el sector de la Silsa, aupada por una de las vecinas del barrio, Furtado padre, con

una severidad desconocida hasta el momento, le atenazó el brazo y sólo dijo:

–Usted no se mueve de aquí. Este país se jodió....

“Con aquellas palabras, Furtado padre, sin quererlo, acababa de predecir el futuro de los venezolanos. Había descubierto una genética de la rapiña dormida, pero al acecho, la cual despertaría trece años después, con un lema que asombró al mundo “ta barato, dame dos”; una frase acuñada que se popularizó durante el primer mandato de Carlos Andrés Pérez, en vista de la cantidad de efectivo que corría por las calles, con el que la gente podía adquirir bienes de consumo a precios irrisorios.

Marcos tomaba nota para luego, en la protección del hogar escribir: *“El fin de la dictadura no acabo la inestabilidad política en Venezuela. Con la caída de Pérez Jiménez, se impuso la canción infantil la vaca lechera, con una letra modificada, refiriéndose al Douglas C-54 “Skymaster”, con cuatro motores, en el cual el dictador abandonó el país.*

*“Tengo una vaca lechera,
que se parece a Caldera
me da leche condensada
¡Ay! que vaca tan sagrada
tolón, tolón.*

tolón, tolón.

Tengo una vaca lechera

no es una vaca cualquiera

tiene el rabo colorado

como Gustavo Machado

tolón, tolón,

tolón, tolón.

La canción, aludía al doctor Rafael Caldera, de Organización Política Electoral Independiente; También al bachiller Rómulo Betancourt, líder del partido AD Acción Democrática y a los abogados Jovito Villalba y Gustavo Machado, candidatos presidenciales de URD y del Partido Comunista de Venezuela. A ellos se les endilgaba la consumación del golpe. Una injusticia política, pues por fuera quedaron decenas de luchadores quienes, bajo el anonimato y en la clandestinidad, combatieron la dictadura desde sus mismos inicios. La Junta Militar quedaría integrada por el Contralmirante Wolfgang Larrazábal y los coroneles Abel Romero Villate, Roberto Casanova, Carlos Luis Araque y Pedro José Quevedo. La constitución de la misma es comunicada por el Mayor, Gregorio López, en un mensaje transmitido a las 2:00 de la madrugada por Radio Caracas Radio, Radio Caracas Televisión y Radio Nacional de Venezuela, con narración especial de Erasmo Axuaje, a quien, luego del cambio político, nadie le criticó el hecho de haber sido el locutor oficial en los actos gubernamentales de la dictadura. *“A estas alturas, –escribe el tocayo del dictador–*

Marcos Pérez Jiménez descendía en el aeropuerto de Barajas. Madrid recibía así, al General y a su fortuna con los brazos abiertos. Esa misma noche una cena de gala lo esperaba en casa del empresario venezolano-italiano Gerardo Lamata. La Codorníu se desbordaba de las copas a los gritos de ¡¡¡ Viva el general!!!!

Tal cual como se había pautado, las elecciones nacionales se realizaron al poco tiempo, y surgieron tres candidatos principales, junto a tres partidos que enarbolaron sus banderas colocando a sus respectivos líderes a la cabeza de la campaña electoral. Betancourt encabezaba así la plancha de Acción Democrática, Wolfgang Larrazábal la de URD y Rafael Caldera la de Copei. AD contó con 1.284.092 votos, URD logró el segundo lugar con 903.479 y COPEI se conformó con 423.262 votos. En la familia Díaz y en la Azuaje todos votaron por el líder adeco. El entusiasmo de la negra Gimena Saldivia por su ídolo, no hacía más que causarle trastornos a su marido Pichón. Sobre todo, cuando ella, en su afán proselitista, subía el cerro en caminata olímpica, con cientos de panfletos para promocionar a su candidato. Desde tempranas horas de la mañana, una vez que Pichón abandonaba el hogar para dirigirse a su puesto en los pasillos del mercado, la negra salía despepitada hacia la tipografía de Furtado, donde estaba el depósito más cercano de la propaganda electoral adeca. Provista con paquetes de panfletos, emprendía su periplo casa por casa, acompañando la entrega con una cantaleta a todo pulmón acerca de las “multisápidas hallacas” de diciembre. Estas –decía– si bien eran verdes por fuera, haciendo alusión al partido de Caldera y amarillas por dentro, como el color de la tarjeta de Unión Republicana Democrática, solamente se comían

una vez al año, mientras la arepa pilada, blanca como el membrete de Acción Democrática y, tradición venezolana, se consumía a diario. Con esto dejaba en claro que los adecos gobernarían por siglos.

Todo el barrio estaba repleto de propaganda electoral. Los afiches, los folletos y los murales se veían por todas partes y la negra Gimena Saldivia se movilizaba con un entusiasmo nunca visto por los habitantes del sector, con su carga proselitista, incrementando así el chisme de que, ciertamente, a Pichón le habían montado los cuernos con el concejal adeco. Como el pueblo nunca había votado tan masivamente en toda la historia política venezolana, el acontecimiento, a finales de los años cincuenta, se convirtió en una gran fiesta electoral. El eslogan utilizado por AD para la contienda electoral fue “Contra el miedo, vota blanco”. La consigna surgía como respuesta a quienes se dedicaban a divulgar frases sugiriendo un regreso de la dictadura si AD ganaba la contienda. El lema surtió el efecto deseado en los votantes y Betancourt ganaría la Presidencia con casi el 50 % de los sufragios emitidos.

Pero aquellos rumores de Golpe de Estado no estaban tan alejados de la realidad y aunque no llegaron a concretarse, apenas a dos años de haber tomado posesión del cargo, al presidente le tocó enfrentar un atentado contra su vida y dos intentos de interrupción del hilo constitucional. En cuanto a la primera acción, el líder democrático expresaría: *“Quiero decirle al pueblo de Venezuela que debe tener confianza plena en la estabilidad de su gobierno y en la decisión del presidente que él eligió para cumplir su mandato, como he venido diciendo y hoy reitero, hasta el 19*

de abril de 1964. Nunca he ignorado los riesgos que comporta empeñarse en darle una orientación democrática seria al país (...) No me cabe la menor duda de que en el atentado de ayer tiene metida su mano ensangrentada la dictadura dominicana. Pero esa dictadura vive su hora pre agónica, son los postreros coletazos de un animal prehistórico incompatible con el siglo XX”.

El primer levantamiento militar se produciría, más temprano que tarde, en 1962, y se le denominaría “el Carupanazo”. El segundo, a casi un mes de distancia, fue bautizado por la jerga popular, como “El Porteñazo”. Para completar los malos augurios, su gobierno fue blanco de una escalada guerrillera, que heredarían tanto su sucesor y militante de su partido: Raúl Leoni, como el líder de COPEI, Rafael Caldera. *“Insurrecciones locas –escribía en un final de capítulo, Marcos Marín– en donde unos buscaban establecer una dictadura, y otros la revolución bolchevique”.*

–La locura dictatorial o totalitarismo militar, se reactivaría unos treinta años después –Furtado, al leer el texto, asomaría una sonrisa antes de continuar, pues ya sospechaba que Marcos guardaba cierta simpatía por el personaje a punto de ser nombrado– ...Con este coronelito llamado Hugo Chávez Frías, a quien se le subirían los humos a la cabeza.

–Y pensar... –agregó con sarcasmo–...que como militar no pasó de vender confituras en la cantina del cuartel. Los intelectuales que lo acompañaron en la aventura, para no sentirse en minusvalía frente a tamaño ignorante, justificaron su trabajo en aquel local como un camuflaje para pasar desapercibido.

–Qué vainón nos echamos –lo dijo gritado a todo gañote

ante la concurrencia— Así estamos de jodidos con nuestro analfabetismo. Hasta lo convertimos en un estadista, que ni Bismarck, para no sentirnos gobernados por Mario Moreno Cantínflas y los tres chiflados.

Marcos permaneció en silencio junto al resto de la clientela. Chávez había ganado limpiamente las elecciones en 1998, luego de haber intentado un Golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez seis años antes. Una vez en el cargo había convocado a una Asamblea Constituyente para así elaborar una nueva Constitución. El viejo no olvidaba, “aquel acto desleal contra su presidente. Una acción irresponsable que abrió la puerta para que el país se fuera por un voladero sin fin”

—Es nuestra genética... —confesó nostálgico, recordando la versión del padre—... Somos la miseria de América Latina, a pesar de todas nuestras riquezas.

Marcos no estuvo de acuerdo. No podía estarlo, pues se sentía aludido. Para el momento, el país atravesaba otra de sus tantas crisis políticas. La corrupción se incrementaba, los precios del petróleo se venían abajo y se iniciaba una escasez de alimentos y medicinas en gran escala. Todo esto originaba un enorme malestar social. Pero no era para tanto. Y menos para soltar una frase tan contundente como aquella. El viejo, en anteriores conversaciones había dejado bien claro su simpatía por el partido blanco. Y ciertamente, había realizado una pasantía por las izquierdas, influenciado por los primos, pero finalmente, había regresado al redil. Contradicciones de la familia. Cuando su primo Germán Adolfo era adeco, él militaba en el partido comunista y

más tarde ambos cambiaron sus roles.

Sin embargo, al notar el desagrado en el rostro del escritor ante aquella frase: "...Ser la miseria de la América Latina", le atajo la pregunta que Marcos Marín, aun con deseos, nunca hizo.

—No encuentro un ejemplo en dónde los ciudadanos manden a morir a otro país a su propio libertador.

No dijo más, pero parecía tener toda una serie de argumentos históricos bajo de la manga, para acabar destrozándole, si a Marcos Marín se le hubiese ocurrido contrariarlo. Para el escritor, toda aquella perorata era producto de una dosis letal de alcohol en la sangre, unida al resentimiento ante una izquierda despreciada por el viejo, que gobernaba el país bajo la sombra de la gesta cubana de enero de 1959; fue esa su respuesta inconsciente, para justificarse así mismo, el no haber manifestado su desacuerdo ante la dureza de aquella opinión.

Ambos hombres se sentaron a la mesa casi al mismo instante, uno al lado del otro, tal cual las chicas habían dispuesto las sillas. De inmediato vino el brindis. El tercero, dijo una de ellas, la menos agraciada, pero súper simpática y parlanchina, quién por puro milagro, y porque Dios es muy grande, no le robaba el puesto, en llamar la atención, a la cumpleañera. "Las feas son así, tienen un no sé qué encantador" —pensó, Marcos Marín—. Cosas de la naturaleza. Ella les otorga cierta magia para manipular escenarios. Era un criterio mantenido por él desde su época estudiantil o un simple recuerdo oculto en su memoria del olvidado Eudoro García. Una excusa machista según la cual "quien folla con feas, folla más". Levantando sus copas, las chicas

atienden a un llamado del padrino, quien sugiere un brindis por su sobrina. Marcos lo hace con su tradicional ron Santa Teresa, convertido ahora en cuba libre, y, “Don Furtado”, con su infaltable doce años, Etiqueta Negra...hielo entero y agua Perrier.

–Quítame ese “Don” que ya me tienes hasta la coronilla.

Lo dice en voz alta y con el humor de siempre, pero no se está dirigiendo a Marcos. Él es la excusa para no sentirse tan viejo ante las chicas. Ellas, desde la presentación, no han dejado de quitarle el título aristocrático, usado antiguamente con los apellidos.

Apuntando hacia Marcos, el viejo se anima a narrar que, de todos los grupos culturales nacidos en San Agustín del Sur, el que más notoriedad conquistó desde mediados de los años setenta fue el grupo Madera. Todo un semillero de cultura popular.

–Ahí está mi ahijada para corroborar lo que digo –y hace un movimiento, un leve giro de cabeza hacia ella. Y ella, María Estilita, desde su esquina, responde con el mismo gesto en señal de aprobación, siempre mostrando esa sonrisa amplia y contagiosa en medio de unos labios carmín, finos y provocativos.

–De allí surgieron personajes fantásticos y a mi familia me remito... –lo dice con orgullo, siempre señalando a la ahijada... Pintores, actores, escultores, escritores, músicos, bailarines y pare usted de contar. Todos, al igual que este servidor, ya no estamos en el barrio. La mayoría se instaló en otros países. Ciudades como París, Berlín, Londres, Madrid, Suiza, y otras tantas en el continente, los recibieron como anteriormente recibimos nosotros

a sus inmigrantes... Con los brazos abiertos y las oportunidades a un cruce de puertas.

—Ahí está mi ahijada para confirmar todo lo dicho... —de nuevo se dirige al escritor con una mirada pícara, algo traviesa, pues siempre había sospechado, que este en todos sus encuentros, había dudado de cada uno de sus relatos étlicos. Al notar el poco interés de la concurrencia acerca de la conversa, el viejo cambia de inmediato el tema...

—Marcos... es un escritor fantasma... —expresa para convertirlo en el centro del debate y obligarlo a entretener al auditorio—...Pero yo lo estoy desenterrando con la historia de la familia, —agrega—... Buen muchacho —y aclara— ... Lo único malo es que no le gustan las corridas de toros...

—¡No puede ser! —exclamó María Estilita, soltando una carcajada digna de su padrino. Luego, con cierta modestia y en un tono de marcada condescendencia, apuntó—...Yo también las odio... En eso, mi padrino y yo tenemos opiniones encontradas, sin posibilidad de acuerdo.

—Para mí son bellos... —agregó la feíta entrometida—... Estilizados, arriesgados, valientes. Me encantan cuando mueven ese trapo y esquivan al animal payá y pacá. Y al final le meten ese cuchillazo por el lomo para enviarlos a un supermercado a punto de convertirse en bistec. Todo un espectáculo para nuestro beneficio gastronómico y hasta ahí aguantó “Don” Furtado. La tormenta estaba a punto de desatarse.

Si bien para los inicios de los años setenta la violencia social se había calmado luego de la pacificación auspiciada por el gobierno de Rafael Caldera, el debate político se incrementó y nuevos movimientos, así como liderazgos salían a la luz, debido a las divisiones internas en los partidos tradicionales. Atrás había quedado la invasión por Machurucuto, enviada desde Cuba, para derrocar el mandato de Raúl Leoni. La asonada se llevó a cabo en mayo de 1967 y no duró más de ocho horas, aunque los guerrilleros sobrevivientes hablaron por años de aquello como una gesta heroica, emancipadora, la cual, en la realidad, no pasó de ser una vulgar y patética escaramuza digna de Ripley. Leoni culminó su mandato sin ningún otro accidente capaz de perturbarle el sueño y para el año siguiente ya le tocaba al Doctor Rafael Caldera, cargar con los trastos rotos hasta 1973.

El social cristiano, había ganado en buena pugna las elecciones del 68 y, en las siguientes, quiso imponer a su ministro de relaciones interiores, Lorenzo Fernández, quien había sido el adalid en las negociaciones con la guerrilla para lograr la pacificación. Su campaña se basó en la tradición familiar de la moral y las buenas costumbres. Una visión conservadora que intentaba enfrentar la rebeldía juvenil en un mundo convulsionado internacionalmente. Fernández no pudo con el líder de AD, Carlos Andrés Pérez, cuya connotación más explícita en su propuesta de gobierno estaba sustentada en un arcaico proverbio de la cultura nacional: “vive de tus padres, hasta que puedas vivir de tus hijos”. Durante su mandato el país fue conocido con el apodo de la “Venezuela Saudita”, debido al flujo de dólares que ingresaron por

la exportación del petróleo venezolano como consecuencia del embargo de crudo hacia occidente, impuesto por el bloque árabe de la OPEP, que intentaba castigar así a los países que habían apoyado a Israel durante la guerra de Yom Kipur.

—En esa década todos nos creíamos millonarios —suelta Furtado una perla, para agregar que viajar a Miami era como salir en Caracas de una barriada a la otra.

—La gente se fotografiaba en el Omni International Mall y llegaba al aeropuerto de Maiquetía cargado con artefactos eléctricos de todo tipo. Los más pobres, por su lado, también hacían de las suyas en la ciudad fronteriza de Cúcuta, en donde las mujeres contrabandeaban colonias y prendas de vestir, mientras los maridos se divertían de lo lindo en la famosa Casa de las Muñecas, derrochando montañas de dinero, alardeando de nuestra riqueza.

—¿Y en qué momento nos volvimos tan pobres? —Preguntó, Marcos Marín, dándole rienda suelta a la rabia que desde hacía semanas lo estaba consumiendo internamente. A lo que el viejo sólo se limitó a expresar como respuesta.

—La pobreza no se mide por el dinero, hijo, sino por la cultura de un país —se frotó las sienes y luego agrego—. Y a este, desde tiempos remotos se lo viene comiendo el atraso. ¿Sabes por qué Pérez ganó aquellas elecciones? Porque jamás mencionó la frase “trabajo para todos”

Cuando Germán Adolfo Díaz Saldivia se graduó como abogado en la UCV con una demora de dos años, luego de un cierre patético propiciado por el presidente Rafael Caldera, a principios de los años setenta, la fiesta en el barrio no se hizo esperar. Aunque Pichón Díaz no la pasó muy bien, pues todo el mundo comentaba el enorme parecido del juriconsulto con el líder máximo de Acción Democrática, el resto de los invitados lo llenaron de halagos. La orquesta que amenizaba todas las fiestas para esa década era la Billos Caracas Boys. Entre sus mejores voces se destacaban los cantantes Cheo García, Manolo Monterrey, Rafa Galindo, Memo Morales y Felipe Pirela. Cinco reyes de la pachanga, el porro, las guarachas, los boleros y el merengue dominicano. Por otro lado, comenzaban a imponerse una variedad de grupos de salsa, inspirados en la recién creada “Fania All Stars”. Esto introducía una división generacional en el barrio. Los jóvenes adoraban a Jerry Masucci y los mayorcitos, no transigían ante aquellos nuevos arreglos. Así, la vida en la vecindad iba evolucionando con gran rapidez, acorde con un crecimiento inexplicable de la pobreza, en un país lleno de riquezas naturales con el agregado de ser una potencia petrolera capaz de avergonzar a los países árabes.

Si bien Germán era el retrato fiel de Betancourt, Marcelo y Mario Moreno, por el contrario, eran el perfecto reflejo de Pichón. Cosa que no enorgullecía mucho al padre como podía pensarse, debido al supuesto andar con movimientos amanerados, que horadaban la muy buena fama de justiciero que se ganó a pulso, ahuyentado malandrines en la época dura de los sesenta. Los hijos le argumentaban que, por falta de tiempo para los

ensayos entre las clases y el teatro universitario, cualquier momento era bueno para internalizar sus personajes. Frente a la explicación, el padre no se daba por entendido y los sentenciaba con frases muy duras. Frases que, a la final, no hacían mella en sus muchachos, quienes no podían tener un mayor entusiasmo por el oficio desempeñado.

–Esas mariconerías por el barrio no me las calo. Aquí ni de vaina –criticaba Pichón con una vehemencia que rayaba en la paranoia, arrancándose con las manos, los pocos cabellos encanecidos y medio estables de la parte trasera de su cabeza.

–Allá ustedes y su cuerda de locas... –murmuraba por los rincones caminando de un lado al otro, preguntándose por qué a él, por qué Dios tenía que castigarlo de esa manera. Acaso no había sido un buen ejemplo de hombría.

–... ¿De dónde me vino este karma? –Se quejaba ante su mujer– ¿Quién los motivo a esas desviaciones?... y a estas alturas... ¡Dios! dame tolerancia y paciencia –era su frase final antes de encerrarse en el cuarto batiendo la puerta.

–La culpa la tiene Germán –pensaba mientras se iba desnudando para colocarse el pijama.

–Ese si tenía que haber salido mariposón –y entonces asomaba una sonrisa para sus adentros, pues por más que intentara pensar mal de su primogénito, el amor que guardaba hacia él se lo impedía. “Nada que ver, Germán es todo un hombre hecho y derecho... Y aunque sea un cacho no me importa... Allá los chismes de vecindad, pero quien lo graduó fui yo, no el de Miraflores...”

Pasarían años para que Pichón Díaz sintiera orgullo. Germán Adolfo terminaría como uno de los concejales más jóvenes para las elecciones de 1968, militando en el Movimiento Electoral del Pueblo. Se había destacado como dirigente estudiantil en la Universidad Central de Venezuela. Era un estupendo orador y si bien siendo adolescente había sentido mucha atracción por Acción Democrática, ahora, convertido en todo un hombre, los aires novedosos de un partido izquierdista, disociado del comunismo ortodoxo, llamó su atención. Por ello no duró mucho tiempo en el MEP, esa organización que le cambió la vida, tan bien dirigida por el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, y, para 1971, se fue a engrosar las filas del recién creado Movimiento al Socialismo. Un partido que sumaba todas las inconformidades juveniles ante la política polarizada de AD y Copei. Su ponencia en el primer congreso del partido, celebrado dos años antes de las elecciones ganadas por Carlos Andrés Pérez, sorprendió a los viejos dirigentes y desde entonces se ganó un lugar de respeto en la militancia. Debido a este nuevo viraje de Germán hacia una izquierda moderada, Pichón iba incrementando su apego por el hijo mayor.

Una de sus grandes anécdotas, contada con merecido engrandecimiento, era aquella que siendo su hijo el conductor designado para llevar al célebre escritor colombiano, Gabriel García Márquez, a recibir el premio de literatura Rómulo Gallegos por la obra “Cien Años de Soledad”, se vio obligado a desviar la trayectoria de su Volkswagen hacia San Agustín del Sur, su barrio, su santuario, su arrabal, para pedirle a él, a su padre, al mismísimo ¡¡Pichón Díaz!! a él que lo había graduado, a quien ya no le

importaba la jiribilla del barrio, unas monedas para llenar el tanque de gasolina, pues tanto el insigne escritor como su hijo se encontraban, para el momento, sin un centavo en el bolsillo.

—Vaya escritorcito este —había mascullado una vez soltadas las dos monedas de a bolívar, para que, de ñapa, también disfrutaran de un refrigerio de empanadas con un par de tercios Polar en el tarantín de Sebastiana. Un anexo a la panadería El Trigal de Madeira, en donde se despachaban clandestinamente todo tipo de bebidas alcohólicas las 24 horas del día. Luego, les dio la espalda dirigiéndose hacia su otro puesto de frutas y verduras vespertino, ubicado en la avenida principal del barrio. A la llegada, extrajo del bolsillo trasero del pantalón, la pequeña botella de San Tomé y luego de un trago, gritó a gañote limpio

—¡¡¡ El kilo a 0,25...Todo a 0,25!!! más caro que la gasolina...—y soltó una carcajada digna de aplausos provenientes de los comerciantes a su lado.

Lleno de orgullo se encontraba con aquella graduación. Sí, orgullo. Una palabra cargada de dignidad, honra, humildad, y contentura para él. No aquella otra definición leída en el Pequeño Larousse Ilustrado, herencia de Germán cuando estudiaba bachillerato: soberbia, inmodestia, altivez... No, no, no, cómo decirle a su hijo, graduado de abogado y ahora concejal por San Agustín, lo que sentía (*concejal como había sido aquel otro innombrable a quien odiaba, pero en fin...éste era de izquierda*), cuando el significado era distinto, diferente a su... y entonces él, en su ignorancia, dudaba sobre el significado de la palabra orgullo. ¿Cómo podría manifestarle a su hijo esa cosa extraña que sentía

por dentro? Si en aquel gordo mamotreto ninguno de los sinónimos coincidía con sus emociones a flor de piel: la duda lo estaba lapidando hasta la entrada de Germán, quien lo sorprendió en plena angustia existencial y entonces, con suma paciencia le explicó:

–No papá. Esa altivez o arrogancia de la cual te habla el diccionario, significa contentura, agradecimiento, querencia, adoración, apego, ternura, predilección... Amor por lo logrado cuando te follaste a mamá para darme existencia.

Con aquella expresión quedaba zanjada para el hijo y para el padre la poca importancia de un polvo volátil, circunstancial y secreto, pues ninguno de los dos mencionó sus respectivas sospechas. Y así, con lágrimas en sus ojos, ante su primogénito que no era su hijo... Pero sí lo era, porque lo había criado... Su gran hijo, porque lo había graduado, su hijo porque gracias a su crianza izquierdista, había dejado de pensar en Acción Democrática, y era concejal de izquierda, al fin, Pichón, el padre afligido ante tantos sinónimos imposibles de interpretar, entendió perfectamente el significado de la palabra orgullo. Y lloró, lloró... como un “mariposón” (*dirían con los años sus hijos teatreros*) al recordar el momento de aquel parto. El primero de su negra. La negra, Gimena Saldivia. Con respecto a los otros dos vagos, ya vería más adelante. Pensó sin soltar prenda

– ¿Cómo comerse un toro de Lidia? hija. ¡Por favor! Tanto

que cuesta criarlos para llevarlos al ruedo. Más bien debemos defender su pase a retiro, en vez de convertirlos en morcillas y chorizos. Se trata de una jubilación bien merecida.

–Te digo algo, si me ponen un trozo de carne ahora mismo frente a mis narices soy capaz de irme en llanto y meterme a vegetariano. –Toda la mesa ríe, parecía un mal chiste, pero sólo María Estilita sabe que su padrino está ofendido y, de inmediato, busca cambiar la tónica para evitar algún conflicto.

–Padrino, explique cómo se llama el “trapo ese” y los movimientos “payá y pacá” –lo dice imitando la voz de la feíta, a sabiendas que el padrino se olvidará de la culinaria, apenas comience a hablar de su afición por las corridas.

–Se llama capote, hija. ¡Capote!. Y el payá y paca puede ser una verónica, una chicuelina o una gaonera –las risas francas surgen de nuevo y ya el humor del “Don” regresaba a su punto inicial.

–¿Y la gorra?... –pregunta de ipso facto, la feíta bonita.

–Ahhh no chica, ya está bueno de tauromaquia –responde el viejo estirando medio cuerpo sobre la mesa para besarla en las mejillas, mientras ella se alegra de haber ganado su venia.

Mientras Germán se dedicaba a la actividad política, Marcelo y Mario Moreno lo hacían en las tablas, pero igualmente cada escena de teatro, para aquellos momentos era una revelación política. Y la punta de lanza se llamó: el Grupo Raja Tablas. Nacido un mes después de recién creado “Movimiento al

Socialismo”, casualidad que unía a tres hermanos con los mismos intereses, patentados en oficios distintos, un domingo 28 de febrero de 1971, el grupo Raja Tablas estrenó el musical “Tu país está feliz”, dirigido por el argentino Carlos Giménez. La obra dividió en dos partes radicales la historia del teatro venezolano. No era de extrañar que Marcelo y Mario Moreno Díaz formaran parte del elenco, pues el joven director, huyendo de la alta conflictividad política y social generada durante la Revolución Argentina, llegaba a Venezuela con la idea de reclutar para el teatro lo mejor de las tablas universitarias. Eran los tiempos en la nación del sur de Juan Carlos Onganía, Roberto Marcelo Levingston y Alejandro Agustín Lanusse, dictadores que terminaron siendo niños de pecho, ante el futuro previsto para ese país, luego de la presidencia de Cámpora, de Peron y de la subrepticia toma de posesión de Isabelita Duarte

“Tu país está feliz” inició su puesta en escena por una semana, pero al final se mantuvo por más de tres años en la cartelera nacional e incluso a nivel internacional. *“La obra reflejaba a la Venezuela de la época, la feliz en apariencia y la desdichada interiormente, debido a su gran descomposición social”*. Cuando sus hermanos saltaron del teatro universitario para el grupo Rajatablas, ya Germán era un notable dirigente del Movimiento al Socialismo y bajo su manto, Marcelo y Mario Moreno, buscaron conjugar su actividad teatral con la política de ese nuevo socialismo a la venezolana, impulsado por el partido de Teodoro Petkof y Pompeyo Márquez. Esto resultó un respiro profundo para su homofóbico padre, quien comenzó a ceder en el trato que les dispensaba pues, a pesar de teatreros, sus hijos no

podían ser tan maricones como él había pensado. “Porque para ser de izquierda, en ese momento, había que tener, más que ideas, unas bolas bien puestas”.

Si bien los chicos Díaz se habían encaminado por el mundo de la actuación, dos de las chicas Coutinhos también habían logrado consagrarse a través de los años con sus movimientos de caderas. Sinuosidades que las convertían en la sensación de las fiestas de carnaval y originaban envidia entre las compañeras contratadas por la agrupación de Yolanda Moreno y su marido Manuel Rodríguez Cárdenas. Nunca quisieron competir en el mundo de los reinados de parroquia a pesar de su extraña belleza, pero en cuanto a los desfiles y las carrozas, resultaban ser la principal atracción de todos los barrios caraqueños. Ningún ser podía bailar como ellas al son de los tambores, nadie podría jamás mover las caderas y el culo con la cadencia de ese ritmo contagioso, de esas bellezas cuya virginidad se podía oler a metros de distancia, porque hasta el momento no se les conocía hombre. En Caracas no había blanco, ni negro, ni mulato capaz de mover las piernas de esa manera. Para ellos existía la salsa, el joropo y los vales de quinceañeras. ¡Qué horror! Aunque se bailaran con alpargatas o zapatos de patente. El tambor era distinto, se sentía en la planta de los pies, en la piel compenetrándose con la superficie árida, con el asfalto caliente y el cemento estriado, áspero, escabroso. Con la tierra levantando polvareda al son del tum tum y de una repetición constante. Súplica del negro birriando entrando al ruedo y tratando de seducir a su negra. Cuerpos sudorosos y frenéticos, cuerpos de negros presumiendo de su virilidad, para al final, rendirse sacados a golpes de cadera por esas

mujeres portentosas, de piel canela y senos tan firmes y duros como el cuero del tambor. Témpanos que soportaban con ímpetu los golpes de las baquetas, mientras un canto brotaba de una garganta hiriente, agotada ya por las horas: ¿Y qué es lo que quiere el negro? Preguntaba el solista, ahogado en medio del trance, para que el coro respondiera: “El negro lo que quiere es cuca”. Y el eco se repitió una y otra vez”. Y qué es lo que quiere el negro”...”el negro lo que quiere es...Esas eran las hermanitas y primas Coutinhos. La envidia del barrio. El deseo inalcanzable del tambor, la sandunga y el guaguancó, solo conquistables a fuerza de música, a fuerza de propuestas novedosas. Esos eran también los Azuaje Díaz: Zamudio y Aquiles animando las fiestas, marcando, como los animales, su territorio: “Afinándose” como gritaba Zamudio desde la tarima, micrófono en mano, a punto de que partieran las carrozas a enfrentar a los contrincantes, con sus tambores y su cantar. Esa palabra, “afinque”, la recordaría María Barbarita Coutinhos Díaz, la madre de María Estilita Castro Coutinhos, años después, retozando en brazos de Juan Ramón Castro, luego de una noche milagrosa de placer: “La fuerza de un afinque”. Afinque de Marín.

–Padrino, cuente el por qué le pusieron ese nombre tan...
tan. –Tan ridículo...Ni tanto ahijada, ni tanto

–Cuente, pues....

–El nombre de Furtado fue obra de mi padre, pues ya lo

tenía previsto; así mismo me lo contó, que si era varón me llamaría como él. Para aquel momento, yo pasaba los días en el local buscando el tal “ratón de imprenta”. La discusión con mi madre acerca de mi nombre duró varios días. Y, finalmente, mi padre logró convencerla de dejar un legado, no precisamente de nombres, sino de impresores. Algo parecido a los Homeros Díaz, buenos servidores de la taberna taurina de Maracay.

—Entonces se llamará Furtado. Dios me lo proteja de la burla, habría dicho mi madre luego de muchos intentos por llamarme Exequiades. Y punto, no se hable más del asunto.

—Con los años, papá me dio una explicación, sin yo pedírsela.

—¿Recuerdas los cuentos del abuelo? dijo mirándome a los ojos, una tarde de desencuentros con el ratón de imprenta... Por él te puse el nombre. No fue precisamente para dejar un legado de impresores. Eso se lo dije a tu madre como excusa... —Y había toda una historia detrás de aquel viejo cuento del padre de Furtado... Una iglesia, un bombardeo, un ¡Dios nos libre! Y... Un “espero que éste feo nombre perdure pues yo no llegare a ver a mis nietos.” De eso y muchas más historias de la familia le hablaba Furtado padre a Furtado hijo, para verlo escribir sus garabatos cada tarde, una vez llegado de la escuela primaria, en sus libreticas de acordeón, bajo el taki tac taki tac de la imprenta. Era una especie de competencia entre dos apellidos y un legado. Un enfrentamiento sinuoso entre la guerra civil española, corriendo por las venas de los Axuajes, hasta los tuétanos, y la odisea de unos Díaz, colmados de fortunas e infortunios.

Le saltaron las lágrimas y se quitó los anteojos de lectura que comenzaban a empañarse. Marcos no quiso interrumpirlo y la idea de salir del Guernica con la excusa de fumarse un cigarrillo le vino de perlas. Había dejado el vicio hacía ya varios años, pero, en ocasiones como esta, pedía un cigarrillo y se lo colocaba en los labios sin llegar a encenderlo. Se levantó de la butaca y dejó al viejo sumido en sus cavilaciones. Traspasó la puerta y sintió la bocanada de aire cálido, pesado de las tres de la tarde: “Eso te va a matar” le había reclamado Rosalba, en cierta oportunidad, cuando intentó encender un cigarrillo en busca de una frase coherente, imposibilitada de brotar por sí misma.

Con el cigarrillo entre los dedos recordó aquellos tiempos cuando se desempeñaba como periodista y todas las redacciones de la competencia estaban invadidas por las Remington. El humo, junto al olor del café, se adueñaba de toda la sala y, para los viciosos, se hacía imposible escribir una cuartilla sin un cigarrillo que abriera las puertas oscuras, metalizadas del pensamiento. “1500 caracteres” era la orden del director para completar una columna de 4 centímetro de ancho por 32 de largo. Pasábamos la tarde a la espera de algún acontecimiento improbable, deseando que no se cayera un aviso para no tener que resolver la página a última hora antes de que saliera para el taller.

—¡¡Hasta cuando!!... —gritó Marcos una mañana durante su guardia respectiva.

¿Por qué siempre le tocaban esas emergencias? Aquello era el infierno cotidiano. Las cosas no eran tan sencillas como ahora, cuando se dedica a escribir historias para los demás. El

periodismo hoy en día está lleno de comodidades. No hace falta mucha imaginación para escribir y las herramientas siempre se encuentran disponibles acudiendo a la nube del señor Google para colocar a la memoria en su justo lugar.

Esa salida a respirar el aire fresco de la tarde, cuando ya la cuadra se había despejado de los caminantes citadinos y de los trabajadores ambulantes, con un cigarrillo apagado en los labios, le sirvió de excusa para dejar a un hombre a solas, con sus recuerdos y nostalgias. Al entrar, una frase del viejo dio pie a un cambio vertiginoso de local.

—Mañana nos vamos para El Moderno... —dijo de pronto— ... Un local que de moderno no tiene nada, pero es de la puta madre. Ideal para enamorarse, aunque no me creas... como siempre.

Y tenía razón el viejo... de moderno, ni las neveras. El Guernica, antes denominado el Batasuna, en donde la tía Jóvita Axuaje, alias “la Maga”, no salía de la cocina, quedaba enterrado en los recuerdos.

Y allí se encontraban celebrando una casualidad que a Marcos Marín le pareció un milagro, un enfoque sólo posible en la imaginación de un Furtado Azuaje Díaz. Un instante precedero con una ahijada, una feíta bellita y un oximorón como el de Lope de Vega; un silbido, surgiendo de su alma cual canto de sirenas, que, en vez de llevarlos a la muerte, los transportaba a la gloria.

“Sosiega un poco, airado temeroso,

*Humilde vencedor, niño gigante,
Cobarde matador, firme inconstante,
Traidor leal, rendido victorioso.
Déjame en paz, pacífico furioso,
Villano hidalgo, tímido arrogante,
Cuerdo loco.,
Ciego lince, seguro cauteloso... “*

–Sabionda ignorante de corridas de toros tristes y deslumbrantes. –Agregó con varios etcéteras el viejo Furtado desbordando de risas contagiosas a toda la clientela, para quienes aquella mesa era un anfiteatro y, por supuesto, con la idea de deslumbrar a las otras tres morenas, que festejaron con aplausos y elogios las ocurrencias del “Don”, quien ya no podía desprenderse de aquel título nobiliario, porque si bien ellas lo usaban como señal de respeto, asumiendo la diferencia de edad, él, por su parte, había decidido entenderlo como señal de altivez, tal cual lo definía el Diccionario de la Real Academia Española.. Aunque para ellas se tratase de un Don Perico de los Palotes, para él no existía mejor elogio al pensar que ellas se referían a un “Don Quijote de la Mancha”, al “Don Pascuale” de Donizetti o al “Don Juan Tenorio” de Zorrilla.

Festejaban ellas, levantando los tarros de cerveza ya vacíos y los cocteles de frutas y licores dulces que se dejaban colar bajo la más extrema cautela. “No fuese a ser que al viejito verde le

gustasen las ninfas y, auxiliado por el licor, terminara con la feíta bellita en uno de esos hotelitos de tolerancia que se distribuyen en la parroquia, estratégicamente, para no darles mala fama a los sibaritas de oficio y a los borrachos de luna llena”. Ríen ellas a mandíbula batiente y las paredes, escarchadas y marchitas de El Moderno, se encienden con aquella luz de alegría juvenil, sólo posible bajo los efluvios del alcohol. Mañana será otro día y el mundo regresará a su pasado imborrable.

–Cuenta, padrino, cuenta.

Y Marcos, desde su asiento, debió confesar un desliz. Hasta este momento trascendental, no había creído una sola palabra de lo narrado por el viejo. Se la había jugado con base en su condición de alcohólico y escritor fracasado. Pensaba que el anciano edulcoraba pocas verdades con muchas fantasías; al fin y al cabo, pagaba las cuentas y también cancelaba la historia con su nombre en la portada, por primera vez. Tal combinación no había sido, ni de allí al Japón, un mal negocio.

–Hace 30 años se produjo aquella desdicha, querida ahijada. La misma fecha de tu cumpleaños. Recuerdo haberte levantado en mis brazos, un mes antes de ocurrida la tragedia, cuando mi compadre desapareció en medio de esos torrentes de aguas turbias, milagrosos para el Amazonas y pavorosos para nuestra familia. Aquello fue el infierno mismo. La fecha de tu nacimiento, signada por la fecha de la muerte de tu padre y, fíjate ahora, cómo brindamos en el mismo día y en la misma fecha. Él no estuvo para tu aniversario, tenías que soplar tus cinco velitas y me dejó encargado del festín. “Hágalo mi compadre” me dijo.

Usted sabe más que yo de eso. Y dígame que la adoro. Usted la conoce, ella será muy pequeña, pero tiene un oído musical del carajo. Dígame que le llevo aromas de árboles que no existen en la ciudad y también, mi compadre, dígame que aquí las estrellas están al alcance de la mano. Usted tiene el don de la palabra, compadre y la virtud del pincel. Cuénteles todo con su voz de poeta y pínteles esta conversación como sólo usted sabe hacerlo

—Aquella mañana se callaron los tambores... —recitó el “Don”—... “Un vaho invisible se fue apoderando del barrio, y un azote de tristeza cayó sobre todos como un rocío premonitorio. Era temprano y, por eso, muchos niños aún dormían aprovechando el asueto de vacaciones. Los tambores estaban mojados y navegaban como balsas sobre las aguas turbias del Orinoco; con ellos iban muchos compañeros, pero los cueros no hacían ruido”. (El diálogo no existe por boca del viejo. Marcos lo extrae de una página de Internet, en ocasión de celebrarse en San Agustín un homenaje al grupo Madera)

“La tragedia había ocurrido un 15 de agosto del 1980. Aquellos jóvenes soñadores y voluntariosos se habían ahogado en aquel torrente, cuando buscaban nuevos sonidos y aventuras musicales. Según “Don Furtado”, a ellos no los movía la idea de ganar dinero, porque no cobraban; tampoco la notoriedad, porque en esos lugares no había medios de comunicación con poder para hacerle saber al mundo sobre su existencia”. Escribió Marcos, recordando aquel momento de tristeza.

—A ellos, los movía el rescate de los valores culturales de los pueblos negros de Barlovento y del mundo... —explicó

Furtado, con el pensamiento puesto en el pasado— ... En eso tenían más de tres años y ya estaban calando en los gustos de la gente. Sonaban mucho en todas las rocolas de los pueblos costeros.

—Y les digo a ustedes, mis vírgenes hermosas, —ellas ríen y se denuncian mutuamente—... Tanto de un lado como del otro, con razón o sin ella, en el barrio todo el mundo adoraba al Grupo Madera, creado por mi compadre Juan Ramón Castro. El padre de esta criatura...

Las chicas cruzaron miradas entre ellas. ¿Quién era ese Juan Ramón Castro? Hasta ahora ni siquiera se habían enterado que la agasajada tenía padre. Y si de música se trataba, nada como “Sentimiento Muerto” o “Zapato 3”.

—O el viejito Ricardo Arjona. Soltó la feíta bellita.

A lo que, Marcos Marín, agrego sin deseos de crear polémica.

—“Hung Up” by Madonna.

Del Moderno salieron al final de la tarde, antes de que las sombras de la noche cubrieran las calles y avenidas y las dejaran solitarias de seres humanos. Luego de intercambiar teléfonos con María Estilita, aprovechándose de los elogios del padrino, Marcos y Furtado acompañaron a las mujeres hasta el automóvil aparcado en una cuadra cuyo nombre entre esquinas dejaba mucho que

desear: “Peligro a Pelelojo”. Luego vino el choque de manos y uno que otro beso en la mejilla...Pero algo sucedió con ella, con María Estilita, mejor dicho, algo sobrevino entre ambos. Fue un cruce de miradas, una sonrisa a destiempo, una manera de dejar la mano de Marcos aprisionada por segundos entre las suyas... Como si no quisiera desprenderse de un sueño sublime y melódico. Ninguno pudo adivinar lo que estaba sucediendo con sus cuerpos. El sugirió verse al día siguiente, y ella aceptó. Toda la noche soñaría con esos grandes ojos aceitunados.

Se citaron en el Urrutia, aquel local vasco, sobre el cual Marcos había escrito un libro un tiempo atrás y cuyo propietario siempre estuvo esperándolo para lucirse ante sus clientes, con aquella biografía que superó todas las expectativas, al punto que, sin llegar a ninguna vitrina de librerías, se habían vendido más de cinco mil ejemplares en su propio restaurant. Marcos llegó puntual y ella se había anticipado. Apenas el escritor atravesó el portal, Fernando Franjo, el encargado y mano derecha del propietario, se le acercó con su humor característico.

–¡Negros aquí no queremos! En cambio, en “El Mesón de Andrés”, los adoran, y no sé por qué –Marcos, soltó la carcajada. Se trataba de una vieja pugna de celos entre él y Andrés Rodríguez por un escritor fantasma, –Marcos, soltó la carcajada y dirigiéndose a la mesa donde ya había divisado a María Estilita, le respondió

–Dile eso a ella... –con la sonrisa en los labios, María Estilita esperaba con una copa de vino tinto a medio tomar.

–¡¡Me cago en Dios!! –gritó el hombre. ¡¡Negra más

bella!!, y, dirigiéndose a ella, se presentó mostrando un coqueteo muy habitual en él. Ella mostró sus dientes blanquísimos dando a entender que, si de coqueteo se trataba, ella era la reina. En ese momento, Marcos descubrió el amor a primera vista. Se acostaría con ella. Eso ya estaba decretado. El problema era de tiempo... ¡Ay Rosalba!, hasta aquí llegamos. Pensó. Aquí se acabaron tus quejas, tus reclamos incomprensibles, tus malas caras y ese “Yo mantengo la casa...”. Rosalba estás en peligro, mi querida y odiada Rosalba. Quince años de alegrías y tristezas, mi querida Rosalba”. Conjeturó. Quince años que estaba dispuesto a mandar al traste frente a ese monumento de mujer con sus cabellos alambrados.

Acababa de llegar de Madrid –le contó ella– y había visitado la tasca Sergio Díaz, el mataó. Logró alcanzar la Coruña buscando alternativas de vida, intentando, como los anteriores jóvenes de San Agustín, encontrar futuro en otro país. Desde allí había saltado hasta Berlín y, finalmente, regresado de nuevo al país con el rabo entre las piernas.

–Para nosotros, la cosa por allá no es fácil. Por más estudios y posgrados terminas como sirvienta en una casa de familia. Eso es muy triste. La generación de mi padrino fue bien recibida...la nuestra nada que ver

Había estudiado arte en la Universidad Central de Venezuela y compartía sus estudios con danza contemporánea. También cantaba y estaba a punto de grabar un CD bajo su propio financiamiento. Hacía poco se había divorciado y tenía un hijo a las puertas de la adolescencia. En medio de la charla, extrajo el

celular e inició el ciclo de fotografías familiares, mostrándolas con la avidez de quien busca reconciliarse con el pasado. Con cada una, venía toda una historia de los Díaz. Él escuchaba absorto o quizás fingiendo una esmerada atención. Y en eso estuvieron un buen tiempo hasta que, Fernando Franjo, se acercó y como un salva vidas ante un nadador en apuros, logró que la conversa tomara otros rumbos. Dijo ser fanática de la fotografía y su obsesión eran las flores; así como otros tenían debilidades por los rostros, por las manos, por el blanco y negro, o por el fetiche de los pies, ella era una enamorada de la naturaleza.

—Todo pasa por algo... —especuló—...Este encuentro estaba previsto por los astros...

Con esa frase, ella colocó a Marcos en tres y dos, porque él no creía en nada de eso. El destino no era cosa del azar, el destino se fabricaba, se hacía, se construía, se manipulaba, según su visión pragmática de la vida. Sin embargo, no quiso oponerse a su criterio, no valía la pena una tonta discusión sobre el devenir, en vez de maravillarse con sus ojos, con su mirada, con sus labios y su sonrisa, siempre iluminando su rostro. Toda una obra de arte que ya le hubiera gustado pintar al padrino.

—Todo lo que sucede es siempre lo mejor, era un dicho de mi madre. Agregó Marcos a su comentario mintiendo.

En realidad, era una frase del “negro José Rivero”. Así se lo presentó Furtado y Marcos no perdió oportunidad para constatar una vez más varias dudas en sus escritos. ¿Había sido el azar, producto de la casualidad aquel tropiezo, o una de las tantas improvisaciones fabricadas por Furtado? ¿Una trampa quizás?

Rivero fue uno de los bailarines del grupo Madera quien milagrosamente salvaría su vida –contó–, pues una resaca de ron con cervezas no le permitió dejar la cama a tiempo y, cuando llegó al aeropuerto, ya el avión despegaba hacia su destino final. El nombre le vino a la mente y Marcos, entonces, le preguntó si lo conocía. Y por supuesto.

–Claro... ahora vive en Miami, lejos del barrio, como muchos otros... –Respondió ella con conocimiento de causa–. A él lo conocí hace poco cuando vino de visita. En cambio, a los Rengifo, a los Álvarez: uno de ellos fue mi amante por un tiempo, y a los Poleos los conozco de toda la vida... En el barrio crecimos bajo la leyenda del “Afinque de Marín. Por cierto, ¿tu apellido no es Marín? Fíjate, nada es casual.

El tema de aquellas familias le salió a Marcos por sí solo, aunque hablar de tragedias nunca fue su intención. A su pesar, ella comenzó a enumerar apellidos y nombres de memoria, como una repetidora automática, mientras su dedo índice giraba en los bordes de la tercera copa de vino, como si quisiera poner música a sus palabras. Un recuerdo involuntario, unas lápidas con secuencias, tomas en cámara lenta, convertidas en frases largas y cortas que surgían de sus labios: “Luis, y Ricardo Orta, Jesús “Chú” Quintero, y su hermano Ricardo, Nilda Ramos, Tibisay Ramos, Alejandrina Ramos, Lesvy Hernández, Héctor Romero, Carlos Daniel Palacios, Alfredo Sanoja, Felipe Rengifo y Marcela González.

–No viajaron en aquella fecha trágica... –Agregó–... Nelly Ramos, el mismo José Rivero, Faride Mijares y Miriam

Orta.

Mencionó otros nombres y apellidos de algunos miembros del grupo en sus inicios como: Ángel Silvera, Eva Francia, Mirna Istúriz, Oscar Escudero, Cecilia Becerrit, Felipe Blanco y Fili Guerrero, a los cuales, más adelante, Marcos contactaría. Eso le dijo él a ella, aunque no tenía pensado hacerlo. Fue entonces con clara intención que decidió interrumpirla con una anécdota sobre las tragedias acuíferas. Dijo:

–Que vaina con la naturaleza... Los ríos nos han ganado tres batallas feroces.

–Cierto –agregó ella y ambos las enumeraron al unísono, como si se tratara de una competencia entre quien las recordaría primero:

–La del Orinoco, la del río Limón y la de la tragedia de Vargas –y rieron por la acción de haber rivalizado tontamente entre ellos.

–Te entiendo perfectamente –dijo ella, luego, cuando sus ojos bajaron, con cierta tristeza, para posarse en la copa a punto de vaciarse con el último trago.

Y, entonces, Marcos le contó que, a él, el periódico para el que trabajaba tiempo atrás lo mató en la tragedia del río Limón. Ella soltó una risotada fenomenal y como siempre, Marcos se contagió de inmediato.

–Me mataron –repitió a carcajadas– y reía, y volvía a decir lo mismo...

–Me mataron...¡¡que bolas!! ... –y ambos estaban desternillados de la risa con las lágrimas saliendo como chorros de agua, como torrentes, como si sus palabras, por sí solas, hubieran inventado un panegírico, con esa bobada de los ríos y sus batallas ganadas, como si se hubieran fumado un porro de marihuana.

Sobre la primera tragedia, ella dejó caer cierta duda, cierta sospecha de que Juan Ramón Castro podía estar vivo y oculto en otro país, como si se tratara de uno de esos personajes de las películas del FBI, en donde, luego de una denuncia, se acogen al llamado programa de protección de testigos. ¿De dónde sacaba aquella idea? Si bien la tragedia del río Orinoco había afectado a unas cuantas familias con los sucesivos recuerdos y leyendas, la del río Limón fue devastadora y, la de Vargas, increíblemente apocalíptica. Esa naturaleza amada por María Estilita Castro podía ser criminal cuando la mano del hombre interviene para cambiar su curso. Cotejarlas había sido un exabrupto.

–Nada comparable –enfaticó ella.

–Terrible –agregó Franjo, quien se había acercado a la mesa para hacer unas sugerencias sobre el menú del día.

–Tres mil muertos y un responsable –dijo Marcos, aludiendo al gobierno. Un lance para averiguar de qué lado político se encontraba la chica de sus sueños.

–Sí, –dijo ella, y él entendió de inmediato su coincidencia en esta materia con el padrino.

Furtado Azuaje era todo un personaje en el barrio español de La Candelaria, así como en las cuadras de Sabana Grande y de Chacao. Se le recordaba como miembro del viejo grupo de intelectuales que para finales de los sesenta se habían agrupado en la llamada “República del Este”. En esa época había convivido con los poetas Caupolicán Ovalles, Adriano González León y Saúl Alvarado, sempiterno ministro de “vasos comunicantes”. Lares de bohemia y rebeldía caraqueña. En la Candelaria, Furtado había creado una pandilla multisecular, dentro de la cual Marcos Marín lucía como un adolescente marchito. Personajes que se les unían, una vez apoderados de una barra. Había de todo: escritores, poetas, politiqueros, empresarios, plomeros, relojeros, albañiles, migrantes e inmigrantes, médicos, periodistas, artistas en decadencia...vendedores... y mesoneros, evidentemente. En fin, una abultada masa de figuras decididas a compartir la buena vida, apostados a una barra en donde acordaban y desacordaban opiniones, sin exclusión alguna, porque, al decir de Furtado, “todos eran importantes” y, ninguno de ellos merecía un trato diferente:

–Aquí las distinciones de clase no existen

A diario, una vez que compartía con Rosalba un par de tazas de café y esta traspasaba la puerta para salir a la universidad, Marcos, se dedicaba a ordenar las notas tomadas en la víspera. Eso, si acaso Furtado había agregado algo nuevo a las aventuras aleteando sobre su cabeza. La mayoría de las veces no lo aprove-

chaba mucho, pues, de vez en cuando, repetía las mismas anécdotas como si nunca se la hubiera narrado con anterioridad. Para ambos ya no había apuro. El diálogo habitual se daba o no se daba, pero los tragos siempre estaban a la disposición y, con respecto a ellos, ninguno de los dos anteponía obstáculos. Marcos muy pocas veces llegaba a casa en horas nocturnas. Lo había hecho en varias ocasiones, abusando del último Metro. Rosalba, su mujer, se lo advirtió en una oportunidad: “Mira que la calle no está para fiesta”. Esa tarde al abrir la puerta se sorprendió ya que no la esperaba tan temprano. Mal encarada, el beso de bienvenida no fue nada amistoso, el olor a ron, tampoco. Los bebedores expertos suelen tomar vodka o ginebra porque evita el tufo del alcohol. La cerveza es sumamente escandalosa y el ron delata a la distancia.

—Mira, no te he dicho nada hasta ahora, amor, pero estoy trabajando en una historia maravillosa. Un culebrón capaz de competir con El Derecho de Nacer. Una vaina que según escuché le dijo un día el Gabo a Soledad: “estoy escribiendo una novela parecida a un bolero” —lo mencionó con la emoción puesta en cada palabra, aunque con la lengua enrevesada por el alcohol.

—Que bolero ni que ocho cuartos...—contesto ella, airada— ... Anda a buscar trabajo como lo hacías antes. Eso es lo que tienes que hacer ¡coño! Y cortó el diálogo con un portazo. Esa noche le tocó dormir en el sofá en compañía de la gata Fidelina.

Del “ta barato dame dos”, como frase prodigiosa de la época de Carlos Andrés Pérez al, “he recibido un país hipotecado”, máxima lapidaria de Luis Herrera Campíns, los gloriosos años

setenta, pasaron a ser la vergüenza horrorosa de los ochenta: para el periodo presidencial 1979-1984, estábamos en la ruina total. Ya no éramos sauditas, habiendo el Estado contraído importantes deudas con instituciones financieras extranjeras; se debían unos 25 millardos de dólares que dejaban al país sumido en una crisis de grandes proporciones. Mientras esto sucedía a nivel nacional, en la barriada, a Pichón Díaz no se le pasaba la rabieta de considerar la actuación como excusa de maricones encerrados en el closet. Por estar sus hijos militando en la izquierda, daba un poco su brazo a torcer, sin embargo, no cesaba en su sospecha, pues a una edad para sentar cabeza, aún permanecían en la bohemia, compartiendo la misma casa con sus padres, y, para colmo, dedicados al arte culinario. Para evitar la burla de que era objeto por los viejos del barrio, buscaba vivir de la fama conquistada en los sesenta como miembro de la guerrilla urbana. Puras historias que si los escuchas le daban cuerda, contaba y recontaba siempre de manera diferente. Lo hacía en el puesto de verduras y frutas del mercado de Quinta Crespo, en la licorería del pasaje seis, narrando cómo fue asesinado Ruiz Pineda, siempre colocando como protagonista de esa conspiración a Rómulo Betancourt, y en las reuniones de zaguán, sentado en su mecedora contemplando el atardecer. Cuando los vecinos de tiempos remotos, pasaban frente al portón, veían en él la mismísima imagen de Homero Díaz, con su pocillo de peltre en las manos colmado de anís El Mono.

Marcelo Agustín y Mario Moreno compartían actividades entre el teatro y el recién creado grupo Madera, igual que las primas, hijas de Sebastiana y de Hortensia. Solamente María

Bárbara permanecía aislada, pues no le gustaba estar cerca de esos “bochinches”. La realidad de esa decisión era escueta: el fuego de los celos la consumía en su interior cuando observaba, a las mujeres del barrio, coquetear con Juan Ramón, quien ya tenía fama de mujeriego, y usaba los ensayos como excusa para llegar tarde al hogar. A pesar de las calamidades, la vida en el barrio continuaba su rutina y esto contrastaba con una serie de importantes obras de infraestructura que creaban una sensación de progreso, como el complejo habitacional de Parque Central, el teatro Teresa Carreño y la primera fase del Metro de Caracas. En la actividad deportiva, Herrera, creó el Parque Naciones Unidas, el cual sirvió para inaugurar los IX Juegos Panamericanos de 1983, así como otras obras de carácter social que servían de contrapeso a la crisis. Pero, si algo causó sensación luego de ver a Neil Armstrong dar el primer paso en la luna, fue la primera emisión de Televisión a color en todo el territorio. Y Mario Moreno Díaz, así como Marcelo Agustín, aquellos jóvenes llegados del teatro, descubrían cómo el maquillaje les cambiaba la edad en “Natalia de 8 a 9”.

El culebrón fue lanzado por la cadena RCTV, en el año de 1980... –Escribe Marcos Marín, en la soledad de su estudio, pensando que, si bien Rosalba se había encargado de corregirle muchos textos, este no formaría parte de sus dolores de cabeza... *El éxito no se hizo esperar y se inscribía dentro del género de la telenovela cultural. La concibió el maestro de las telenovelas, José Ignacio Cabrujas, quien, en el género pudo haber sido el sucesor, salvando las distancias, de Félix B. Caignet, genio de la radionovela latinoamericana y padre de El Derecho de Nacer*

(Radionovela que lo llevó a la fama en Cuba, América y el Mundo y que resultó de tal impacto que por ella llegaron a suspenderse sesiones del Congreso de la República y se cambiaron los horarios de misa en las iglesias). En fin, Natalia de 8 a 9 fue protagonizada magistralmente por las glorias de la actuación: Marina Baura y Gustavo Rodríguez. Dos figuras que, para Pichón, eran lo mejor que “había parido esta tierra” en materia de actuación, y eran de izquierda, tomándose, claro estaba, la concesión de deslindar de esta afirmación a Raúl Amundaray y a Conchita Obach.

La novela narraba la vida de un hogar aparentemente sólido, pero víctima de la rutina y de un agitado ritmo de vida, en el que la pareja sólo podía verse durante una hora al día, que resultó ser el título de la obra –al escribir este texto para redondear las lucubraciones de Furtado, Marcos se vio a sí mismo en su relación con Rosalba– Una hora para conversar, entre las tazas de café, a punto de comenzar las labores del nuevo día. Natalia hace lo imposible por preservar ese castillo de arena que se desmorona entre sus manos, mientras Juan Carlos, obstinado por el día a día, se entregará sin pensar a la posibilidad de un nuevo amor; echando por la borda su matrimonio, cuando a su vida llega Mariana (Y la tal Mariana, para Marcos, era María Estilita Castro) una joven y hermosa mujer que es su estudiante en la universidad. (¡Carajo! qué casualidad como todo se parecía a su vida... Claro con pequeñas diferencias) Tras el divorcio, el mundo de Natalia se derrumba y todo se vuelve un caos. (Tal baja no la podía hacer Marcos, porque le debía mucho a Rosalba y él no llegaba a ese nivel de desagrado... Pero ¿qué hacer entonces?) Natalia descubre que su hija menor de edad toma anticonceptivos. Ya no

es virgen y, para colmo, se involucra en el juego de las apuestas clandestinas. Debido a esto, cae detenida una noche. (Aquí, Marcos no se sintió aludido puesto que nunca se les ocurrió buscar descendencia) Juan Carlos, debido a lo ocurrido, amenaza a Natalia con despojarla de sus hijos. Tamaña irresponsabilidad no era aceptable para él. La amenaza lleva entonces a Natalia a buscar la manera de rehacer su vida y levantarse de sus propias cenizas, empieza a cocinar en su casa para varios restaurantes de la ciudad. De esta manera va haciéndose de una importante clientela logrando que crezca su fama como chef. Mientras Natalia triunfa, Juan Carlos se degrada y, para completar su desgracia, Mariana lo abandona... (¡¡Santo Dios!!, ahí no quisiera llegar él) Juan Carlos, entonces, debido a su despecho, se enreda con la mejor amiga de Natalia. (Esto sí que no podría sucederle porque las amigas de Rosalba lo odiaban) Cuando Natalia descubre aquella nueva bajeza, se da cuenta que mucha gente a su alrededor no vale la pena. Con el tiempo, el destino se encargará de demostrarle a Juan Carlos que Natalia sigue siendo el único y verdadero amor de su vida, pero tal vez sea ya demasiado tarde. Natalia desafiará sus principios para descubrir que merece algo más que migajas de amor en su vida... Hasta ahí dejó Marcos su divagación, y decidió mejor continuar con las notas y las anécdotas de Furtado.

En varios capítulos, a los hermanos Díaz les tocó aparecer haciendo unos personajes secundarios, que compartían con su actividad teatral. No habían hecho mención al padre acerca de esta actividad, debido a sus prejuicios con respecto a los artistas y, porque, a sus pasados 35 años, seguían viviendo en la vieja casa

de San Agustín. El descubrimiento lo hizo Pichón un lunes al llegar a casa temprano. Algo que no acostumbraba. No se quedó en el pasaje seis, donde a diario lo aguardaba la famosa licorería “El embrujo de la caña” y donde se habían hecho veteranos en estas lides sus sobrinos, Zamudio y Aquiles. No, el domingo de mercado le había molido el cuerpo, así que prefirió aprovechar las bondades de la mecedora forjada a hierro colado y tapizada en mimbre, herencia de Homero Díaz, para descansar la parte baja de la espalda. Se sentó frente al nuevo Phillips, recién comprado a crédito a los herederos de los antiguos árabes, a quienes su cuñado les imprimía los panfletos publicitarios. Un aparato a full color y a transistores. Los de tubo de rayos catódicos pasaban a la historia. Eran las 9 de la noche y de pronto, el sonido del televisor lo sacó de su letargo con aquella melodía del argentino Hugo Carragal. A Pichón le encantaba Marina Baura; aun tirándoselas de macho, no se pelaba una novela desde que Albertico Limonta lo embelesó en El Derecho de Nacer.

“Si estuviéramos frente a él en este instante –escribía Marcos Marín– veríamos a un hombre con los ojos a punto de saltar de sus órbitas. A un hombre que como un chiquillo no sabía si llorar o reír. Si saltar del sillón y ponerse a bailar al ritmo de la balada de Carragal o, permanecer como estaba, estupefacto, mondo y lirondo. Si, eran ellos, ahí en aquella pantalla de 32 pulgadas a todo color; sus manganzones, muy empolvados como si les hubieran encementado la cara. Actuando, mostrando toda su galantería. Ahhh que dirán en el barrio. Porque la televisión no es como el teatro. Ahí si son machos de verdad. Mírenlos cómo se codearán con todas esas estrellas... Y se acostarán con más de

una. Uyyy que envidia. Y gritaba...Negra, negra, ven para que veas a nuestros galanes, no te lo pierdas coooooññooco apúrate que ya viene la propaganda”. Pero la negra ya sabía desde mucho tiempo antes, que a sus hijos los iban a contratar para realizar unas pocas apariciones en “tilivisión”, pero fue incapaz de contárselo a su marido. Ahora, compartía con él ese secreto bien guardado. Esa condición de no soltar, ni por asomo, la lengua, promesa hecha a sus dos hijos menores. “Eso hasta que el viejo se convenza de que la actuación no es una profesión de maricones”, le había dicho Mario Moreno a su madre, cuando le confesó que los habían contratado para hacer unos personajes en “Natalia de 8 a 9”.

Luis Herrera culminó como pudo su período de gobierno y al gobierno de Jaime Lusinchi le tocaría sobrellevar una de las peores tragedias naturales que hayan podido ocurrir en el país. Al respecto, ya Marcos Marín le había adelantado algo a María Estilita, en momentos en que ella recordaba lo acontecido con su padre en el río Orinoco. Recién graduado en la Escuela de Periodismo y apenas con unos meses de iniciado en un diario vespertino de circulación nacional, le tocaba rellenar las páginas turísticas de los fines de semana.

–Anda y ve que encuentras de interesante por las costas de Aragua y hazte un buen reportaje para la página del domingo –le había sugerido su Jefe de Información, aquella tarde de un gris misterioso.

—¿Sin fotógrafo? —pregunto Marcos.

—Olvídate de eso, no hay viáticos para dos. Las fotos las sacamos del archivo

De modo que, a falta de un compañero, Marcos se lanzó en solitario con su propia cámara y su carcacha de Volkswagen, rumbo a su destino, pues ni siquiera un chofer, le habían asignado para la misión. Luego de un par de horas en la autopista, tomó la angosta carretera que lo conduciría hasta el pueblo de Ocumare de la costa. Todo un viaje increíble circundado por el río Limón. Una vez alcanzada la cima de la montaña, debía descender hasta la bahía de Cata, la cual para aquel momento se estaba convirtiendo en uno de los centros turísticos más apetecibles del país. De pronto, sin aviso alguno, se desprendió un aguacero que lo obligó a detenerse a un lado de la vía, debido a la inoperancia de su limpia parabrisas para poder observar la ruta con claridad. Lo que vino después fue catastrófico. El pequeño riachuelo de un momento a otro se convirtió en un torrente de magnitud incalculable, arrastrando todo lo que encontraba a su paso. Al notar la crecida de las aguas, Marcos no tuvo más remedio que dejarse llevar por el río carretera abajo. Llegó al pueblo a salvo, pero no contó nunca con que la violencia, desatada de las aguas, lo dejaría atrapado e incomunicado por varios días en aquel lodazal. Una vez rescatado junto a decenas de turistas por un guardacostas de la Armada, apenas tocó tierra firme, todo magullado como se encontraba, corrió raudo y veloz directo a su matutino... Ya había previsto una buena explicación, augurando un despido por haber estado ausente tantos días sin una excusa valedera. Y apenas iniciándose en las lides.

En la autopista hacia Caracas, en el bus dispuesto para el traslado de los accidentados, pensó que sería una buena estrategia llegar con los mismos harapos pestilentes y maltrechos, con los que había pasado aquellos cinco días enterrado en aquel poblado. Así se presentaría ante el director del periódico, a quien la redacción le tenía terror por sus actos despóticos. Episodios consistentes en romperles las cuartillas en pleno rostro a los periodistas, cuando no cumplían con el célebre lead, cuerpo y cola, tal cual dictaba el manual de estilo impuesto por su persona. “Eto e una mielda, cabrón” era su frase más hiriente, en perfecto cubano, para dejar petrificado a los novatos, hacer llorar a las pasantes y llevar a un cambio de profesión a los inseguros. Apenas entró a la redacción se escuchó un murmullo de asombro, todo un cuchicheo y comprendió de inmediato que iba a ser despedido.

Las murmuraciones, probablemente se debía a la descarga y al grito estruendoso que recibiría del cubano Romero. Con cierto recato, antes de saludar a sus colegas, tocó, tímidamente, la puerta del director... Diez minutos fueron suficientes. Al salir de la oficina, había descubierto su trágica muerte. Su deceso se detallaba a página completa. En ella se leía como los compañeros de trabajo, familiares, profesores de universidad y el gremio alababan su cortísima carrera. Leyó con asombro todo el reportaje lleno de elogios. El chico se perfilaba como un escritor de gran futuro. Las fotos eran de antología. Una lo presentaba vestido de uniforme de kaki cuando cursaba la secundaria con una vieja grabadora colgada a sus hombros. Con ella entrevistaba a un afamado locutor de radio, con lo cual ya se le notaba la vocación de ese portento. Otra, lo mostraba con toga y birrete, estrechando manos con el Rector,

Edmundo Chirinos, quien cayera en desgracia luego de fungir como psiquiatra del presidente Hugo Chávez, *de quien se decía golpeaba a la esposa por razones que sólo el psiquiatra sabría y que se llevaría a la tumba, tiempo después, junto a otros muchos secretos*. Más destacada aparecía una tercera fotografía hecha frente a su máquina Remington concentrado y con un cigarrillo en la comisura de los labios:

“Escribiendo uno de sus muchos textos maravillosos, dignos de un privilegiado, un erudito a su corta edad, un docto, un letrado. Alguien fuera de serie...Una lumbrera, pues”. Se leía en la leyenda.

Luego de reiniciarse en el periódico, una vez aclarada en otra página del matutino que “el novel periodista de planta, y encargado de los reportajes dominicales, Marcos Marín no estaba muerto...sino que estaba de parranda, lo destinaron a cubrir la fuente de política.

El período de Lusinchi estuvo caracterizado por escándalos de moralidad y abuso de poder. La relación extra-marital con su secretaria privada Blanca Ibáñez provocó denuncias en los medios de comunicación, debido a su notable influencia en las decisiones presidenciales. Ella nombraba y destituía funcionarios. Escogía los miembros de las Fuerzas Armadas a ser ascendidos y firmaba contratos con empresas transnacionales, sin cumplir con los requisitos previos de licitación. Durante este quinquenio, a Lusinchi le tocó justificar dos masacres de ciudadanos por tropas especiales del ejército. Una se denominó la tragedia de Yumare ocurrida el 8 de mayo de 1986 cuando nueve dirigentes sociales

fueron asesinados por un comando de la policía política. Y la otra se perpetró en el sector denominado El Amparo, poco antes de culminar su mandato, en donde fueron asesinados 14 pescadores por funcionarios policiales y militares del Comando Específico “José Antonio Páez” (Cejap), en una operación denominada “Anguila III”. En cuanto a los escándalos de corrupción administrativa, la denuncia se inició con la Oficina de Régimen de Cambio Diferencial, con la cual se financiaron decenas de las llamadas empresas de maletín. Es decir, instituciones fantasmas que recibían dólares a un cambio preferencial sin ejecutar los proyectos para los cuales se destinaba la divisa. Hubo un solo culpable: *“Detenido por peculado el chinito de Recadí”*, como había titulado Marcos Marín una nota, luego de instalarse en su nuevo escritorio como encargado de la fuente política.

Para Marcos Marín, el ir relleno con algunas experiencias personales las historias de Furtado Azuaje Díaz, le ha permitido no solamente contextualizar la novela en cada momento del proceso político venezolano, sino que también le ha concedido a su imaginación volar en el tiempo. Esto le ha regresado la autoestima perdida desde hacía varios años. Por ello, al recordar cada anécdota de sus mejores y peores momentos en el periodismo y colocarlas en el papel, escribe:

“En el período de Jaime Lusinchi existió una feroz mordaza contra los medios impresos que criticaban al gobierno. Blanca Ibáñez, su secretaria privada, amante y concubina

reconocida, se encargaba de castigarlos negándoles los recursos para la adquisición de papel en el extranjero. Bajo esta premisa, al presidente no se le podía tocar ni con el pétalo de una rosa. Sin embargo, debido a su amor por el vodka, aparte de cualquier otra bebida elaborada con alcohol superior a los 45 grados, incluyendo en última instancia hasta el agua del florero, Lusinchi era blanco de todos los reporteros gráficos, quienes, como paparazis, no perdían oportunidad para hacer sus gráficas en sus momentos de borrachera. Eso enardecía a la Ibáñez y le daba pie para ejercer toda clase de presión contra los medios audiovisuales e impresos de manera insolente y hasta rayando en la paranoia”.

Fueron muchos los cuestionamientos que, en materia de corrupción, se hicieron contra el gobierno de Lusinchi y aun así, este borrachín folclórico allanó el camino para que su partido lograra ganar de nuevo las elecciones con Carlos Andrés Pérez de candidato: “El gocho para el 88” fue la consigna de Pérez para alcanzar en la contienda el 52 por ciento de los votos, a pesar de que el país se enfrentaba a una deuda pública externa insolvente desde 1984. *Pero no todo fue malo en ese período del presidente Jaime Lusinchi. Durante su gestión de gobierno se construyeron en Caracas varias obras de importancia como el Paseo Vargas, el complejo habitacional Juan Pablo II, la Línea 2 del Metro de Caracas, así como una segunda fase de la central hidroeléctrica del Guri y unas 331.615 viviendas, entre otras obras de no menos envergadura. Estas acciones cobraron mucho más valor que sus borracheras y locuras con Blanca Ibáñez, para conquistar a un pueblo, amante de las dádivas, y lograr el continuismo político. La memoria colectiva no olvidaba el “ta barato dame dos” y el*

resultado de aquella elección sería catastrófico.

Habían transcurrido varias semanas desde el último encuentro entre ambos hombres, luego de aquella tarde glamurosa, del cumpleaños de María Estilita Castro. Marcos no había perdido el tiempo pues, como la oportunidad la pintaban calva, había aprovechado todos esos momentos para verse más a menudo y compartir algo más que opiniones con esa chica que lo traía de cabezas.

–Qué tal mi ahijada –preguntó el viejo, en forma directa y sin tapar las apariencias, sorprendiendo a Marcos Marín, quien no se esperaba esta arremetida a las primeras de cambio.

–¿Cuál, ahijada?

–Déjate de pendejadas, Marquito, seré viejo, pero la memoria no me falla todavía.

El viejo no se refería a los días en que Marcos estuvo indispuerto. Imaginaba que se había dedicado a poner en orden las notas y a escribir buena parte de la historia, pues habían transcurrido varias semanas sin las entregas acostumbradas de los lunes. Se había percatado del cruce de miradas aquella tarde de festejo, de cómo las manos de ambos se entrelazaron y permanecieron ahí quietas, inmóviles. Aferradas con feromonas. Sin embargo, Marcos se dio de inmediato por aludido y soltó la lengua pensando que el viejo había descubierto el secreto de esos

últimos encuentros con la chica de los ojos aceitunados. Invasado por la pena, dijo.

–Caramba viejo, no te puedo mentir, he estado saliendo con María Estilita, desde aquel día de su cumpleaños.

Furtado no se impresionó ante la confesión de quién él consideraba un muchacho grande, ingenuo para su edad. Ya la distancia entre ambos se iba ensanchando y él, en cada encuentro, envejecía cada vez más. Mientras Marcos, cada día se veía mucho más joven. Más enérgico, más vivo y entusiasta.

–Cuidado muchacho. Yo conozco a mi ahijada y no te auguro nada bueno si pretendes ir más allá de una amistad sincera –y sin esperar respuesta preguntó.

–¿Qué hay con tu mujer?

–Rosaura ¿no?, así es que se llama.

–Rosalba –aclaró Marcos.

Y, entonces, fue cuando descubrió que desde hacía algo de tiempo, incluso acabándose de conocer, aquel viejo fue un confidente excepcional, para con sus desencantos con su mujer, Rosalba... Rosalba Sayegh Richter.

Nativos de “Peor es Nada” o Peoresnada (“Vaya nombre”, comentó Marcos cuando una vez ella le confesó acerca del lugar de donde realmente provenía la familia) los Sayegh Richter aseguraban ser de Valparaíso. De nuevo, otra casualidad lo impactó. Los Díaz, acerca de los cuales escribía, habían ido a parar

desde San Agustín hasta “Sal Si Puedes”, una localidad rural de Chile, ubicada en la Región del Libertador General Bernardo O’Higgins. Provincia compartida con la misma región de “Peor Es Nada”. El cambio del gentilicio familiar de los Richter vino determinado por una salida magistral de la abuela Matilda de la Barra, quien era dueña y señora del único burdel de la zona, negocio con el cual logró enviar a las dos nietas mayores a estudiar a Santiago, la capital, todo gracias a los militares, quienes, luego del golpe protagonizado por Augusto Pinochet, terminaron siendo los clientes más generosos del lenocinio. Ella, Matilda de la Barra, inteligente por experiencia decimonónica, entendió que, si bien el derrocado Salvador Allende, siendo santiaguense, se había convertido en porteño de la noche a la mañana, las nietas podían igualmente optar por el mismo ejemplo. Al fin y al cabo, para todos los efectos, en la reputada Universidad de Chile sonaba mejor y daba más prestigio que el peoresnadino. “Gracias a Dios –habría pensado Matilda– las niñas no nacieron en el poblado vecino de Sal Si Puedes”.

Ya en Santiago, Rosalba se licenciaria en Letras y apenas cursando los primeros años en la universidad, al ser captada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, terminó formando parte de un grupo insurrecto clandestino, enfrentado al régimen militar. Meses después, era denunciada por “patriotas cooperantes” y acosada por los agentes de la Central Nacional de Información (organismo este que sustituía a la tenebrosa DINA), se vio obligada a salir del país, antes de serle allanada la residencia. La hermana no logró el mismo cometido, a pesar de las advertencias y fue hecha prisionera. El tiempo de cautiverio le dejó una huella

imborrable. Fueron cientos de mujeres, sometidas a las más aberrantes torturas en la denominada Villa Grimaldi. Según los relatos divulgados años después por las víctimas, los tormentos preferidos por la oficialidad media eran los sexuales. Las violaciones iban acompañadas de expresiones donde las menos ofensivas eran las de “puta comunista” o “perra maldita”. Con bajezas de esa calaña buscaban quebrarles su dignidad, logrando que muchas de ellas optaran por el suicidio.

Rosalba logró huir a través de los caminos verdes hasta llegar al Perú, donde el gobierno de Belaúnde Terry servía como puente para que, los perseguidos políticos del régimen chileno, pudiesen pedir asilo en países vecinos o en su mismo territorio. En una trayectoria de semanas, la futura mujer de Marcos Marín llegaría a Venezuela con la angustia carcomiéndole el alma ante la detención de su hermana menor, Lola Sayegh Richter. La abuela había hecho todo lo posible para que Rosalba no terminara en la tenebrosa Escuela de Suboficiales de Carabineros o en alguno de los más de trescientos Centros Clandestinos de Detención y Tortura. Lo logró pagando altas sumas de dinero, aunque para eso se vio constreñida a empeñar el burdel más cotizado de Peor es Nada. Lo dejó en manos de una comadre, prostituta de alta factura, quien, apenas observó a la dueña alejarse entre las estepas desérticas, no perdió oportunidad en ponerse de acuerdo con el general Maximiliano Rojas para no devolvérselo jamás. Al fin y al cabo, en el mercado interno, ella superaba con creces a la competencia. La abuela viajó a la capital, recomendada por el mismo general, quien era asiduo cliente del prostíbulo. Un hombre fuerte, de rostro inaccesible, el propio gorila del planeta de los simios a quien le

encantaba violar a las niñas campesinas de trece años, y cuya frase predilecta era: “*Las de 15 para mí son unas ancianas*”.

Más trabajo le costó obtener la liberación de Lola, pero, gracias a las confesiones del mismo Maximiliano Rojas Duprat, Matilda descubrió intimidades, o, mejor dicho, “debilidades” (como sostenía el amante de púberes) del General Manuel Quijadas Contreras, ex jefe Supremo de la DINA, quien, para el momento, aún tenía mucha influencia en las altas esferas gubernamentales. Maximiliano le contó a Matilda: “*Eso sí, en secreto sumarial, mi vieja*”, que, apenas Quijadas entró a la Escuela Militar como cadete, tenía ciertas preferencias por los chicos más rudos puestos a su cargo, a quienes asediaba en los baños comunitarios. Pasión que mantuvo luego, cuando, como profesor de la misma, intercambiaba favores sexuales, a fuerza de chantaje, por notas sobresalientes. Sostenía Maximiliano, que al General le encantaba todo tipo de depravaciones. Apetecía ser montado de una manera salvaje y en grupos de a tres; su apetito más lujurioso era alcanzar la máxima excitación, si este acto de libidinosidad se lo ejecutaban con una botella del mejor vino chileno de la reserva del Fundo Viejo Roble. La frase más distinguida de Contreras, encontrada por Marcos Marín al husmear en las redes sociales fue una en donde el General, cumpliendo condena, declaraba públicamente en julio del 2010 “*...me sentí orgulloso del trabajo al frente de dicho organismo, y no me arrepiento de nada*”, es decir (un agregado de Marcos Marín): *de sus atrocidades mientras ejerció como Director y máximo jefe de la espantosa DINA* (Marcos, quiso agregar en su escrito que al General le encantaba que la botella de vino del fundo se la metieran por detrás, una vez

descorchada, para cagarse adentro de ella, pero, por primera vez, fue censurado por Furtado Azuaje, al extremo que este le amenazara con impedir la publicación de la historia si no borraba ese párrafo, tan escatológico, del texto)

—Por años, la Lola no consiguió deshacerse de ese recuerdo macabro, cuando era ruleteada de uno a otro centro de reclusión. —Le contó Rosalba a Marcos, un domingo de nostalgia, cuando a la salida del cine compartían unas cervezas, luego de haber visto el documental de Patricio Guzmán titulado: “La Batalla de Chile”. Tiempos aquellos en que dedicaban los fines de semana para hacer de las suyas.

El recuerdo golpeó a Marcos tan fuerte, como si un ladrillo hubiese caído sobre su cabeza desde una altura de veinte pisos. Los mejores momentos de su vida con Rosalba pasaron por su mente como estrellas fugaces, desprendidas desde el más oscuro lugar del infinito. Una cinta de celuloide rodando en un “Victoria 5” a 24 fotogramas por segundo, como el que deseaba detallar al escribir sobre el cine Alameda.

—Te moví las fibras —le dijo Furtado, al notar esa extraña metamorfosis que se sufre con las remembranzas, o los bellos períodos compartidos en parejas, antes de ser barridos por la rutina.

—Sí, ya no sé ni qué coño es el amor...

La frase se quedó en el aire, porque ya era hora de entrar en materia, luego de un poco más de dos semanas sin compartir los tragos vespertinos. Habían regresado de nuevo al antiguo Guernica, donde su llegada fue festejada con bombos y platillos por los meseros, para darle paso al gerente, quien se acercó a la barra muy motivado, para saludarlo con efusividad nunca antes manifestada. Los primeros estaban encantados con la visita por aquello de las jugosas propinas dejadas siempre por el viejo, con trago de la casa incluido. Y el segundo, porque Furtado se gastaba la pasta como ningún otro cliente, aún en aquellos casos cuando sólo firmaba la cuenta por carecer de efectivo. Había pasado varios meses desaparecido y evidente que en el local todo era alabanzas y ofertas en materia de bebidas y propuestas culinarias, a base de productos recién llegados de Guipúzcoa. Allí retomaron la conversación truncada por la feíta bonita (a la cual Marcos Marín le había otorgado el sobrenombre de “la oximorónica”) durante la celebración con María Estilita Castro. El interés de Marcos, ahora, era doble, pues lo contado por el viejo durante todos estos meses, no era producto de su imaginación. Por otro lado, buscaba conocer más acerca de aquellas familias para seguir compartiendo, vivencias con la ahijada de ojos aceitunados y cabellos alambrados.

En sus recientes encuentros, ella había sorprendido a Marcos con una vieja teoría de la conspiración, en donde la realidad parecía confundirse con la ficción. La historia sugería que el padre, Juan Ramón Castro, no había muerto y que se encontraba en algún lugar remoto oculto de algo o de alguien, cuestión esta aun no aclarada con los años.

—Fíjate que dos años después sucedió la masacre de Cantaura —con esta afirmación, María Estilita buscó mezclar una operación militar, acaecida a finales del gobierno de Luis Herrera, con la posible huida de su padre a otro país en busca de protección.

Marcos, no muy convencido de esa historia, le había seguido la corriente. Quiso preguntar, pero evitó cualquier intento de contradecirla, por lo que dejó pasar la interrogante. Ya tocaría el tema en una próxima ocasión. Primero lo primero: preguntarle al padrino su opinión acerca de este supuesto y luego ya vería qué hacer con aquello. La confesión de María Estilita al escritor era producto de un rumor regado como pólvora en San Agustín del Sur. Voces interesadas intentaban apoderarse políticamente del legado de Castro, así como desprestigiar al gobierno de Herrera Campíns. Un criterio según el cual, lo concebido en la barriada podía convertirse en una incitación, capaz de regarse por los demás barrios de Caracas y minar el territorio nacional...Furtado soltó la risotada y lo hizo callar con una intervención magistral...

—Ahhh, mi estimado Marquito...Ya caíste en las garras de mi ahijada...Pobre de ti, muchacho —y volvió a sonreír con precaución, para no ofenderlo. Un carcajeo franco nada burlón, al escuchar de sus labios aquello de la teoría de la conspiración. Ya el mismo comentario lo había oído antes, pero por boca de su comadre y prima, María Barbarita, madre de María Estilita y fiel mujer de Juan Ramón Castro. Tanta ingenuidad en el escritor lo impresionaba. De ser cierto todo aquel cuento ultra revolucionario, su compadre se habría escondido en Cuba...

—Y no por lo que tú piensas...—aclaró—...Sino por el ape-

lido de Juan Ramón. Y volvió a mostrar los dientes dándole a su rostro una luminosidad casi angelical, como si una luz misteriosa se hubiese posado sobre toda su humanidad, de manera repentina. La fosforescencia se quedó estática ante el asombro del novelista, mientras “El vejete” (como comenzó a llamarlo para burlarse de él luego del aquel “Don” que le encasquetaron las chicas del Moderno) extraía para secarse las lágrimas, una nube de verano, que tímidamente permanecía intacta en el bolsillo superior de su paltó.

–Blanco adeco ese pañuelo –dijo Marcos tratando de satirizar la conversa.

–Más bien... –aclaró el viejo–...blanco de paz y señal de rendición.

Y agregó:

– ¿Sabes qué? ...En Asia, el blanco es el color tradicional del duelo.

No era de extrañar que por años se conservara la idea de María Estilita Castro. Eso sucede con los desaparecidos, al decir de una experta en psicología, a la cual, Marcos acudió para afinar dudas en sus notas.

–Difícilmente... –le comentó la experta–...La familia admite esta condición cuando no existe plena seguridad de la muerte de algún deudo.

La incertidumbre se basaba en un caso semejante ocurrido con una cirujana en el Amazonas, luego de estrellarse la avioneta

en la cual viajaba. Se la trató al inicio como una desaparecida y luego de un tiempo, al encontrarse sus restos, se le dio por muerta. Tales restos resultaron ser de un cochino salvaje, cuestión descubierta una vez efectuados en la morgue, los estudios de rigor. Al final, la doctora apareció con vida dos años después del accidente, luego de estar bajo los cuidados de un pueblo indígena. La tribu la mantuvo en terapia intensiva, asistida por su Chamán, quien resultó ser, para ella, un maestro en materia de medicina alternativa o naturista de lo más acreditado.

Apartando el tema, Furtado decidió regresar a lo suyo y le exigió al escritor agilizar los textos. Eso, si quería cobrar a tiempo. Marcos no entendió el apremio, aunque el viejo le repetía a menudo su deseo por tocar, con sus propias manos, la publicación de todo aquello. Deseaba palpar cada página entre sus dedos y sentir la misma emoción conseguida con los pinceles, cuando se posaban suavemente sobre el lienzo. “Era algo mágico y sublime, probablemente inentendible para el novelista”.

—La tragedia acabó con la familia, Marquito, la única de las mujeres capaz de sobrellevar ese golpe fue María Estilita, mi ahijada, y eso porque, a su corta edad, no tenía conciencia de aquella pérdida, como sí la tuvimos todos nosotros —dijo, mientras Marcos le dedicaba toda su atención.

—Todo se nos vino abajo —le repitió el viejo a Marcos Marín, mientras preguntaba por el precio de una botella de

Etiqueta Negra, tomando asiento en su lugar habitual del Guernica.

–Hoy dejas el ron de lado y te caes a whisky conmigo. Es hora de cambiar de bebida –le ordenó, agregando, que si no dejaba esa mala costumbre, el hígado o el corazón se lo iban a cobrar en algún momento.

–Verdaderamente ha sido terrible la tragedia vivida por esa familia –se compadeció, Marcos, ante lo expuesto por el viejo.

–Ni me lo digas. Me tocó pasar esa amargura y para salirme de ella un tiempo opté por irme a París, gracias al pintor Asdrúbal Colmenares, quien me apadrinó para abrirme campo en el oficio.

–Esos muchachos tenían madera de artistas... –agregó con pesar.

Brindaron como siempre y Marcos degustó la suavidad del whisky. Chasqueó la lengua y admitió que lo que estaba tomando, hasta ese momento, era pura gasolina de bajo octanaje.

–Ese ron conduce a la muerte... Te lo digo yo con conocimiento de causa.

De pronto, tronó los dedos. Algo le había venido a la mente. Un recuerdo lejano. Contó que cuando los primos entraron en las novelas televisadas, el mundo de su tío Pichón cambió.

–No encontraba como anunciarle a la barriada esa versión televisada de los chicos Díaz. “Ya protagonizaran”. Les decía a los vecinos mientras les regalaba un trago, cuando llegaba de re-

greso a la vieja casa de San Agustín.

La negra, Gimena Saldivia, por su parte, se paraba en el quicio de la puerta y, en su alborozo tradicional, conminaba a los más cercanos a cambiar de canal, mientras elogiaba a sus muchachos. Minutos fulgurantes de la negra que a los vecinos les llevaba a recordar sus instantes cumbres, en la campaña presidencial de Rómulo Betancourt, por los años sesenta.

—Y todo eso se les vino abajo, Marquito... —repitió de nuevo, quejándose—... Los primos no disfrutaron mucho su fama... Dos meses después eran reconocidos por mí y otros amigos, en la Morgue del hospital de Ciudad Bolívar, a donde trasladaron los cuerpos que lograron rescatar, gracias a los pescadores, luego del hundimiento de la chalana donde viajaban con su cantar... con su “Madera”.

Así, con aquella realidad frente a sus narices, las redundancias del viejo Furtado, que él, Marcos Marín, sustituía con relatos de su inventiva complementados con historias rescatadas de sus tradicionales compañeros de barra, no hacían falta. La realidad superaba la ficción.

Contó Furtado que, María Barbarita, la madre de su ahijada, aún no aceptaba la muerte del marido y las pesadillas la aquejaban desde aquella época.

—De las primas, ni hablar. Los cadáveres de las hijas de Sebastiana y Hortensia se encontraron sujetadas a un caño, destrozadas por los golpes con las piedras y corroídas por las pirañas. Vieja y aun intentando sobrevivir con su dulcería en decadencia y

su chiringuito licorero, Sebastiana no dejó el luto hasta su muerte. El esposo no vivió la tragedia, pues tal como siempre lo había manifestado en vida: *“a mí de aquí me sacan con los pies para adelante”*, en tiempos de una remodelación del barrio su deseo se cumplió a cabalidad. Peor resultó la desdicha acuífera en la humanidad de Hortensia y de su marido, Fernandito Coutinhos, quienes jamás dieron con el paradero de la suya. Ella terminó en una sección para enfermos mentales del hospital Vargas, una vez que comenzó a vagar desnuda por los callejones del barrio, con la mirada perdida encerrada en sí misma. Y él, luego de visitarla una tarde de domingo, llevándole un par de sus “famosos golfeados”, se lanzó desde el puente de El Guanábano, famoso por la cantidad de suicidas que lo escogían como túnel para acceder a la luz violeta.

Pichón, por su parte, al no poder superar la pérdida de sus dos hijos menores, se consagró cien por ciento a la bebida, y de esa condición no lo pudo despegar la negra Gimena Saldivia, quien recorría íntegramente la barriada para apartarlo de los rincones, en donde se quedaba dormido, en medio de bolsas de basura, latas de cervezas y perros callejeros. Muy conocida y querida en el barrio, aunque ya vivían en una zona de clase media, al este de la ciudad, gracias a las atinadas inversiones de Germán, los viejos residentes la llamaban cuando se topaban con su hombre, tumbado en alguno de los callejones de San Agustín. Hasta allá iba a parar la mujer para encontrarlo con una botella medio vacía de aguardiente blanco sobre su pecho y en completa indigencia. Y por más que Germán intentó ocupar el espacio de sus hermanos, jamás pudo lograr que aquel corazón destrozado

volviera a latir con el entusiasmo que sus hijos le producían cada vez que los veía actuando en la televisión. Pichón murió de mengua y su mujer de tristeza, culpándose por no haberlo sacado de esa terrible condición

–Qué te puedo decir, Marquito. –repetía el viejo con una tristeza profunda que parecía desgarrarle el corazón ante los recuerdos.

La imagen de Pérez, como el hombre del milagro económico de principio de los setenta, creada entre los votantes, contribuyó a darle de nuevo la presidencia. Sin embargo, la situación económica para los noventa venía empeorando paulatinamente al ir bajando los precios del petróleo. La moneda se había devaluado fuertemente, la inflación era muy alta y la deuda externa era una pesada carga para la república. En el plano exterior, Pérez mantenía una estrecha relación con otros jefes de gobiernos socialdemócratas, en donde se destacaban el español Felipe González y el demócratacristiano Helmut Kohl. En vista del panorama económico, Pérez se vio obligado a aplicar la receta del Fondo Monetario Internacional. Esto llevaba a tomar ciertas medidas impopulares con miras a cambiar toda una cultura “genética” creada a partir del boom petrolero durante su primer gobierno. Cultura de la cual se burlaba Furtado Azuaje. Las consecuencias no se hicieron esperar y la madrugada del 4 de febrero de 1992, un grupo inexperto de militares intentaron darle un Golpe de Estado.

Otro segundo intento de golpe ocurriría unos meses más tarde y resultó casi tan ridículo como el primero –continúa su escrito Marcos Marín– Sucedió una madrugada de noviembre. La ciudadanía quedaría atónita cuando las cámaras, bien dispuestas, de la televisora del Estado se posaron sobre la humanidad de los cabecillas, el resultado fue una ópera bufa de las acostumbradas por Felini en el cine italiano. O mejor aún –al decir de Furtado Azuaje– “una escena cantinflérica en blanco y negro de los años cuarenta. Acerca de lo bufó de la misma, se hace obligatorio recordar al gran José Ignacio Cabrujas (el hombre que concibió Natalia de 8 a 9), cuando, escribiendo en el “Diario de Caracas” acerca de la patética toma del canal televisivo del Estado, se refirió a los tomistas usando como referencia a un personaje que ningún venezolano olvidaría a través de los años. Cabrujas lo inmortalizaría con el siguiente título “El gordito de la camisa rosada”: “...Ni la destrucción del Muro de Berlín, ni Yeltsin inaugurando un Mac Donalds junto a la tumba de Lenin, hicieron tanto por la derechización nacional y quién sabe si planetaria, como el gordito aquel... “Inexpresivo como en mi vida he visto a nadie tan inexpresivo, triponazo, desaliñado de franela mal metida en la pretina, que es el peor desaliño de este mundo, inmóvil que ni tic hizo mientras el teniente hablaba, mondonguero esencial y ubicado a la izquierda del televisor como una cariátide de Borneo, celebrando el día de la tocineta, fulminó no solo al movimiento bolivariano y a los resabios del 26 de julio y al pensamiento de Mao- Tse Tung, sino a la mismísima Guerra Federal en pleno con Juan Crisóstomo Falcón incluido, por no evocar en este día aciago al general Zamora, un hombre que en materia de aspecto y ropa planchada, solía lucir decentísimo a la hora de encarar la

Historia”.

La payasada de febrero continuaría su ritmo en noviembre –anotó Marcos en su libreta– puesto que, una vez controlados los amotinados, los “especialistas” en comunicación del gobierno de Pérez, consideraron poner frente a las pantallas de los televisores al líder de la asonada para que dijera: “Por ahora fracasamos”. Sin percatarse de que entre el Cantiflas del cine Alameda, y el “Chacal de la trompeta”, de los Sábados Gigantes, este personaje le caía de perlas a un país cuya genética todavía recordaba a Albertico Limonta, el médico de los pobres en “El Derecho de Nacer”.

En plena madrugada, cinco horas antes de aparecer el comandante de los montoneros como galán en las pantallas de los televisores con su célebre “Por ahora”, los caraqueños despertaban sorprendidos con el sonido de ráfagas de metralla y el estruendo de varios F16 surcando los cielos. La resonancia destrozaba los débiles ventanales de los edificios más elevados de la ciudad. Ante tal algarabía, Marcos, apenas tomó el teléfono para comunicarse con la redacción, se topó con la voz del director: “encárgate”, le dijo. Marcos hizo entonces un par de llamadas y se puso en marcha, no precisamente a la sede del matutino... Tampoco al Palacio Presidencial. Mientras tanto, en Miraflores, tras unas horas de incertidumbre frente a la insurrección, y armado con una vieja Uzi israelí de los años 50 ya en desuso, el gocho, como llamaban al presidente Pérez, se encontraba echando

chispas. Sus más allegados tuvieron que convencerle de abandonar el lugar, pues el hombre insistía en caerse a plomo con los sediciosos, queriendo emular a Salvador Allende, tal cual como si se encontrara en el Palacio de la Moneda. Finalmente, una vez puesto en cintura por sus asesores militares, logra escapar en un viejo automóvil de su antecesor, Jaime Lusinchi, el cual se encontraba en reparación en el garaje del Palacio Presidencial. Así, a su pesar, y obligado a ocultarse en el asiento trasero, logró alcanzar la planta televisiva del empresario Gustavo Cisneros. Al toparse con Marcos Marín (quien ya se había adelantado a su llegada al canal), Pérez se sorprende, pero lo reconoce de inmediato. Era uno de los tantos periodistas que cubría la fuente de Miraflores. “*La primicia es tuya*”, le dijo en chanza, a pesar de la seriedad de la situación, para, acto seguido, dirigirse con su cortejo al estudio desde donde conminaría a los insurrectos a rendirse inmediatamente:... “*so riesgo de arrasar con todos, utilizando el poder conferido por la Constitución como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas*” (palabras más, palabras menos, o algo parecido, fue lo que Marcos Marín interpretó, en su nota de primera página, al día siguiente) Derrotada la sublevación por las fuerzas oficiales y recluidos sus cabecillas en prisión, saltando los intrínquilis de la payasada televisiva, Carlos Andrés Pérez se comprometió, ante la opinión pública, a corregir algunos aspectos de sus medidas; pero el proceso del deterioro del país ya no podría detenerse.

La coyuntura de aquel momento llevó a Acción Democrática a sufrir un duro revés a mano de los partidos COPEI, MAS y la Causa Radical en las elecciones municipales y regionales del

6 de diciembre de ese mismo año. Y para marzo de 1993, el Fiscal General de la República, Ramón Escovar Salom, con la anuencia de la dirigencia adeca (cosa que era evidente según el periodista político, Marcos Marín) introdujo una solicitud de antejuicio de mérito contra Pérez, por el delito de “peculado doloso y malversación de 250 millones de Bolívares equivalentes a 17 millones de dólares en esa época”. El dinero había sido extraído de la partida secreta, de cuyo manejo, Pérez era el único responsable. Durante el proceso se reveló que la suma había sido utilizada para la campaña presidencial de Violeta Chamorro en Nicaragua. Pérez fue detenido y lo sucedió en el cargo como Presidente Interino Ramón J. Velásquez. Al final, el presidente terminó viviendo exiliado con su amante, Cecilia Matos, repitiendo la misma historia que tanto criticó de su antecesor Jaime Lusinchi. Pero las desgracias para el país, apenas comenzaban y tal cual la tragedia de la familia Díaz, en los años ochenta, a partir de 1994, a Venezuela se la comería la Plaga.

“La llegada de Caldera al poder, terminó siendo como la cabalgata deportiva Gillete. El caballo ganaba por una cabeza con final de fotografía”. Durante su mandato, no logró sortear la debacle por la que el país se enrumbaba. En su primer año, le tocó manejar una fuerte crisis financiera iniciada con la quiebra de bancos y culminada con la fuga de inmensos capitales otorgados como auxilios financieros, para subvencionar a miles de ahorristas afectados. La confianza y credibilidad de los venezolanos y extranjeros en las instituciones bancarias fue perturbada gravemente, y antes de acudir a un banco, los ciudadanos preferían guardar el dinero bajo el colchón, cuando

lograban adquirir unos dólares en el mercado negro. A esto se le sumó la quiebra de más de setenta mil medianas y pequeñas empresas debido al control de cambio impuesto, que dificultó la obtención de divisas para adquirir insumos. No conforme con este desastre financiero y, como corolario, en su gobierno se implementó la magistral idea de suspender, con “carácter temporal”, algunas garantías constitucionales, relacionadas con la propiedad privada y la libre actividad económica.

Con esa salomónica decisión, el país se fue a la mierda, con el agregado de sobreeser y dejar en libertad a los militares responsables de los intentos golpistas de 1992. “Mayor estupidez no era posible”, escribió Marcos Marín en un recuento de aquellos cinco años pedido por su director, Carlos Romero, en la oportunidad en que, en pleno Congreso de la República, el 2 de febrero de 1999, el ex golpista se burlaba del viejo líder, frente a “la moribunda Constitución” mientras juraba velar por los derechos de todos los ciudadanos...bla, bla, bla, y si no que os demanden... bla ..bla..bla... Se autoproclamó presidente de todos los venezolanos. Dos meses después se convocaba a una Asamblea Constituyente y otro gallo cantaría en los años subsiguientes.

—Mi padre murió mientras yo exponía en París...—comentó Furtado de pronto con su rostro iluminado por la nostalgia—... Era de suponerse que lo hiciera en mi mejor momento. Esa noche, según cuenta mi madre, decidió dormir en el sofá para no molestarla y amaneció difunto. Sin un hilillo de sangre en la boca

y limpio como nunca antes había estado en sus buenos años, cuando la tinta le teñía hasta los huesos.

En vista de su ausencia y privado de tomar un avión a tiempo para llegar al velatorio, les tocó a Zamudio y a Aquiles encargarse de todo lo concerniente al funeral. Para ese momento, ya los viejos no vivían en aquella barriada colmada de aventuras y desventuras.

—Bajarlo desde la última planta resultó ser toda una odisea, pues ese día al elevador se le ocurrió detenerse en cada uno de los pisos y, al abrirse las puertas, el espectáculo, como ya te imaginaras, Marquito, era como una película de horror. Fue su última broma. Ataviado de flux y corbata, blanco como un papel y aún con los ojos abiertos, parecía sonreír para sus adentros en cada descenso.

En el apartamento, Aquiles permaneció al lado de la madre, mientras Zamudio y el forense acometieron la tarea de bajar con el cadáver. Así, flanqueado por ambos lados, Furtado padre, erguido en su rigor mortis, se iba despidiendo del condominio en cada parada. Los vecinos prestos para entrar, se tropezaban con aquel espectáculo y salían aterrados en busca de las escaleras. Una vez que el cadáver entró a la furgoneta, el doctor, junto al chofer, no dejaron de burlarse hasta llegar a la funeraria.

—Mi madre aguantó dos años más en solitario. Todos pensamos que se fue con la tristeza comiéndole el alma. Dos tragedias familiares la habían golpeado muy duro en menos de dos años... La llevamos al cementerio bajo un aguacero nunca visto...

como si el cielo llorara junto conmigo.

Zamudio murió debido a un asalto en el local y Aquiles lo cerró para siempre. El chico exigió el dinero de la caja con prontitud y Zamudio se tardó más de lo debido. Le disparó a quemarropa y luego huyó sin llevarse un centavo. Aquiles, por su lado, vivió feliz con sus ahorros. Hasta bastante viejo, no dejaba de tener conquistas. El día en que le dio el infarto, todas las mujeres se encontraban en su habitación y, todas ellas, hermanadas, lo llevaron hasta su última morada. Había exigido un cigarrillo, que no llegó a encender.

—A mi muerte, espero contar contigo, Marquito, cuando ese momento llegue...—Y calló de pronto. Respiró hondo y sólo agregó—... Pidamos el trago de la casa para salir huyendo que nosotros no somos vampiros —lo dijo luego de mirar el reloj en su muñeca, y hacer el típico ademán con su mano, para llamar al mesero.

Ese viernes era distinto a los otros. El ambiente estaba cargado luego del anuncio de la muerte del presidente Chávez, en Cuba. La televisión, la radio y la ciudadanía toda, no hacían sino hablar del tema. “*Que si ya estaba muerto desde hacía meses, y ahora era que lo anunciaban*”. “*Que era un truco para después inventar que el hombre, tal cual Jesucristo, resucitaría al tercer día*”. En fin, el abanico de especulaciones y habladurías, era tan grande como “*las mentiras del socialismo del siglo XXI y el hombre nuevo*”. Fueron las palabras de Furtado, apenas se enteró de la noticia. En medio de la algarabía ambos hombres decidieron que lo mejor era dejar los tragos para el próximo lunes.

—Eso si acaso... —agregó Furtado con sorna—. No se les vaya a ocurrir decretar una ley seca por ocho días de duelo. Entonces tendremos que beber encapillados.

Marcos llegó a casa esa noche con la tristeza a flor de piel. Abatimiento distinto a los sucesos del día y al alboroto político. Rosalba estaba acostumbrada a sus achaques depresivos, pero en esta oportunidad no pudo hacerse la desentendida. Se le notaba apesadumbrado, acabado. Llegaron casi al mismo instante con diferencias de minuto. Apenas entró, notó el vacío. Ese silencio extraño, poco habitual, pues Marcos jamás trabajaba sin un hilo musical acompañando el sonido del teclado. Había llegado, se notaba porque, a su estilo, siempre iba dejando las ropas por doquier. Rosalba se dirigió a la habitación y allí lo encontró. Prostrado, llorando una tristeza ajena. Gimiendo como nunca antes lo había visto. La desolación lo había tomado desprevenido aquella tarde. Lo embargaba una profunda conmoción. Ella buscó la manera de consolarlo como lo había hecho años atrás. Días después de haber regresado en viajes diferentes, montados en un guardacostas de la Armada, luego de padecer aquella inundación por la cual jamás regresó a la bahía de Cata.

Recién llegada de Chile, le habían recomendado el lugar como un oasis encantador de aguas cálidas, diferentes a las playas de Valparaíso: heladas y furiosas. Hasta allá fue a dar solitaria, sin más, para ser víctima de los embates de una población desesperada por la falta de alimentos. Allí conoció a aquel joven periodista, cuando se le acercó para ofrecerle una lata de sardinas con unas galletas de soda, rescatadas entre la turba, en momentos en que los helicópteros de la Defensa Civil, lanzaban bolsas de comida a

la bahía. Con el rostro todo cubierto de arena, así como en buena parte del cuerpo, ella esperaba recostada bajo la sombra de un cocotero. Marcos no pudo descubrir, inicialmente, aquel rostro enmascarado por la arenilla, pero se quedó impresionado ante unos ojos azules, vivaces, que llenaban todo el espacio de luz, a pesar de la tragedia vivida. Ella sonrió tras la arenilla y hubo de escupir las partículas que se le colaron dentro de la boca cuando quiso decir su nombre para presentarse. Tomó el obsequio y dijo:

–Gracias... Rosalba. –y estiró la mano para chocar la de Marcos.

–Y tu apellido –preguntó, Marcos, para satisfacer una tonta curiosidad que le vino a la mente: “Esos ojazos no pertenecían a esta tierra”.

–Sayegh Richter. –dijo ella.

–Ahh con razón...–hizo un ademán para agregar...Raza superior.

–Noo chico... –rió ella...raza chilena.

Entre sollozos le contó parte de la historia que desde hacía meses venía trabajando. Ella no le había creído, pues pensaba que andaba escribiendo otra biografía encargada por algún inepto de siempre en busca de una publicación para dárselas de importante. Eso la hacía odiar a Marcos. No tenía autoestima y mientras le pagaran, no le importaba convertir a un ignorante en un autodidacta. Esta vez se había equivocado y ella lamentaba no haberle creído. Marcos le habló del viejo Furtado, sobreviviente

del barrio San Agustín. Le contó de las familias Díaz, García y Azuaje. Del grupo Madera, del cine Alameda, de las bebidas fabricadas por Zamudio y Aquiles, y de cómo habían inventado un local en donde a uno de ellos le pusieron el remoquete de El Médico asesino. Le habló de Germán y de los cachos que la negra Gimena Saldivia le había puesto a su marido con un tal Rómulo Betancourt, quien terminaría siendo presidente de la República por los años sesenta. Y, de cómo, Germán, su hijo mayor, se parecía tanto al papá que este lo recibiría en el palacio de Miraflores con todos los honores. Entre lágrimas, le comentó lo ocurrido al Grupo Madera en el río Orinoco, y, de cómo casi toda la familia, excepto María Bárbara y Germán, habían fallecido ahogados. Le dijo que ese viejo loco poseía unos cuadernillos en donde había escrito que su familia venía de unos tal Asúa, españoles o vascos: “Qué se yo”; y de unos Díaz donde el más pendejo era el Cid Campeador. En este aparte, la risa se les confundió con el llanto y, entre sollozos, volvió a contarle que a todas estas existió un torero tuerto de un ojo y ciego del otro pero, aun así, logró correr una faena en donde consiguió cortar veinte orejas, seis patas, tres cachos y unos tantos rabos entre el vitoreo del público siendo proclamado como el mejor torero venezolano, de todos los tiempos, después de Cesar Girón.

Le habló de esto, de aquello y de lo otro, y así pasaron parte de la noche hasta llegarle su turno al cura Erandio, quien dejaba en casa el cuello clerical y se dedicaba a flirtear con las mozas por los lados de la urbanización El Conde. Lugar, donde para la época, vivían los ricos de San Agustín. Con esta acción el párroco se quitaba de encima la jiribilla de mariquito enconchado

puesta por los envidiosos del barrio, en vista de poseer un físico angelical. Pero nada hizo reír más a Rosalba, que el cuento sobre la paridera de las morochas Sebastiana y Hortensia cada doce meses, corriendo en la camioneta con la cual se repartía el pan de “El Trigal de Madeira”, ambas recostadas sobre los sacos de harina hacia la Maternidad Concepción Palacios y, su competencia con los nombres de las hijas para dignificar a los artistas más consagrados del cine mejicano. Les dio las cinco de la mañana y, sin percatarse de las horas, Marcos cerraba con broche de oro echando los cuentos del Tío Pichón y su antipatía por todo lo que le oliera a homosexualidad. Al final, se levantaron tan frescos como si hubiesen dormido como unos niños toda la noche. Hicieron el amor con la misma pasión del primer día, recordando ambos aquella ocasión, luego de su llegada al puerto de la Guaira, cuando se encontraron en un restaurante de Sabana Grande y él le contó lo sucedido en la redacción, cuando descubrió su propia muerte. “Soy difunto”, le dijo en esa oportunidad, mostrándole copia de la página del periódico y se desternillaron de la risa. Una escena que se repetiría años después en el mismo lugar y a la misma hora, en una fecha parecida con María Estilita Castro. Rosalba llevó los cafés a la cama, era sábado y ninguno de los dos estaba presuroso por salir de ella. Al primer sorbo, sonó el celular, era la voz de María Estilita.

–Hola Marcos... .Padrino murió anoche.

EPÍLOGO

Las tenues luces de los pasillos laterales del cine Alameda se encienden mientras los espectadores se levantan de sus butacas buscando la salida. Sólo unos pocos permanecen en sus asientos mientras los créditos se desplazan en forma vertical, bajo la banda sonora de un mambo de Pérez Prado:

Cast

Furtado Boniceto padre en la barra: Saúl Alvarado (QEPD)

Furtado hijo poeta en la barra: Adriano González León (QEPD)

Furtado Boniceto hijo en la historia: Raúl Azuaje

Furtado Boniceto hijo en la barra: Pablo Antillano y Alberto Centeno

Furtado Boniceto Impresor: Jaime Pérez (QEPD) y José Agustín Catalá (QEPD) Carlos Castillo (QEPD)

Furtado Boniceto artista: Luis Moros (QEPD)

Homero Díaz: Napoleón Centeno (QEPD)

Eudoro García: Héctor Hernández

Doctor Calixto Mercacho: Erick Moreira

Torero Sergio Díaz: Menta Verde

Erandio Díaz: Sacerdote bajo anonimato

Benito (Pichón) Díaz: Alfredo Padilla, Miguel Manríquez y muchos otros exguerrilleros de la época

Ortubia Díaz: Yajaira Pérez Peña

Sebastiana Díaz: Rosita Ulasio

Hortensia Díaz: Mirian Jiménez

Zamudio Azuaje burdelero: Simón Piña

Zamudio y Aquiles músicos del barrio: Henry y René Álvarez

Aquiles Azuaje mujeriego: Jesús Antonio Oliveros

Marcos Marín: Todos los amigos periodistas de barra

Rosalba Sayegh: Jacqueline Richter

María Estilita Coutihno Día: María Estilita Pérez

Demás personajes: Todos ficticios

FIN

Edición 2021
Todos los derechos reservados
para Barralibros. Editores
Caracas-Venezuela
Bogotá-Colombia
Barralibros@gmail.com
www.barralibros.es

